

Gy. Cat XXV

386

Reliquiae

DGCL
A

t. 170080
c. 1220653





BIOGRAFÍA

Ó COMPENDIO DE LA VIDA DE LA GLORIOSÍSIMA ESPAÑOLA

Y DOCTORA MÍSTICA

SANTA TERESA DE JESUS

COMPATRONA DE ESPAÑA.

ESCRITA

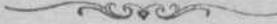
PARA LA BIOGRAFÍA UNIVERSAL ECLESIAÍSTICA

POR EL DIRECTOR DE LA MISMA

EL ILMO. SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

autor de la *Defensa de la definición dogmática de la Purísima Concepción*;
de la *Soberanía Temporal del Papa*; del *Culto de los Santos presentado como elemento social*
y de otras obras religiosas, científicas y literarias;
y Director de la Escuela Normal Central, Seminario de Maestros
de primera Enseñanza del Reino, etc. etc.

SEGUNDA EDICIÓN.



MADRID: 1868.

—
POR D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEbro,

Impresor de la Real Academia de Arqueología y Geografía del Príncipe Alfonso.

Colegiata, 6.

A S. A. R.

LA SERMA. SRA. INFANTA DE ESPAÑA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON Y DE BORBON,

AUGUSTA ESPOSA

DE S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON Y DE BRAGANZA,

MI AUGUSTO AMO Y SEÑOR,

dedica este pequeño opúsculo en señal de su verdadero afecto
y alta consideracion, respeto y gratitud

Su Humilde Criado

Q. B. SS. RR. PP.

Wasilio Sebastian Castellanos.

A. S. A. H.

LA SEÑORA D.ª ANTONIA DE ESPARZA

DOÑA ANTONIA CRISTINA DE BORBÓN Y DE BORBÓN,

ABUJADA SEÑORA

DE S. A. R. EL SERRMO. SR. INFANTE

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBÓN Y DE BRAGANZA,

EN ABRIL DE 1830.

Dejica este peduño opúsculo en señal de un verdadero afecto
y alta consideración, respeto y gratitud.

En Humilde Ordo

G. B. S. R. R. P.

Don Sebastian Gabriel

SANTA TERESA DE JESUS.

VAMOS á bosquejar del mejor modo que nuestra pequeñez lo permita, é implorando para ello la misericordia de Dios y el auxilio de su Santísima Madre Reina del Carmelo, y en vista de lo que han escrito autores respetables, la vida de una heroína española, de un ser ya celestial, de una virgen esclarecida, de una madre mística de altas y relevantes prendas, de un ángel de gracia, de la famosísima Sta. Teresa de Jesus, en fin, gloria de nuestra religion católica y de España, estrella brillantísima del Carmelo, doctora sapientísima de la Iglesia de Jesucristo y compatrona de nuestra pátria, que se ennoblece y honra en reconocerla por una de sus más excelsas y santas hijas. Cortisimos son nuestros recursos propios para tan árdua empresa, y debilísimas nuestras fuerzas para la grande obra que pretendemos emprender; pero confiando en la fe con que la abrazamos y en el entusiasmo que nos anima, y más que todo en la infinita bondad de Aquél que da fuerzas al débil y que presta ciencia al ignorante, cuando éste le pide con fe y esperanza enclavado en las leyes de la caridad cristiana, nos lanzamos con ánimo resuelto á tamaño trabajo, ayudados del apoyo que hemos buscado en autoridades respetabilísimas que nos han precedido en él, y aún en la de la misma Santa, que escribió su vida por obediencia, escrito tan piadoso como sapientísimo y sincero, que seguiremos fielmente en algunos puntos de nuestro relato, á fin de ocultar con tan ricas presecas la fealdad de la obra que se deba á nuestra pobre pluma.

El Ilmo. Obispo de Tarazona Fr. Diego de Yepes, de la órden de S. Jerónimo, confesor del rey de España D. Felipe II y de la esclarecida doctora Sta. Teresa, al escribir la vida de su ilustre é ilustrada confesada, que dedicó al pontifice Paulo-V, y publicó en Lisboa en 1614, empieza su obra ma-

nifestando las excelencias de Dios, y razona sábiamente sobre las de los santos que más se han distinguido por lo heróico de su piedad y virtudes; principio digno y hasta conveniente, y si se quiere necesario, de obras de esta clase, destinadas á ilustrar á los fieles en materias religiosas, que tanto les importa estudiar y saber. Este ilustrado prelado nos da conocimiento del origen de la religion Carmelitana, remontándose hasta el punto de partida en que se la ve ya iniciada en las Sagradas Escrituras y en la opinion de algunos padres de la Iglesia; y nosotros creemos que no será impropio de este lugar el que por via de introduccion á nuestra biografía de la Santa, toquemos este asunto, siquiera sea ligeramente, para conocimiento de los lectores que lo ignoren, y recuerdo de los que hayan podido olvidarle. Nació esta religion en el monte Carmelo. Considerase como á sus creadores, por permission de Dios, á los santos profetas Elías y Eliseo y por madre á la Santísima Virgen Maria, de suerte que en el primer caso empezó esta Orden ántes de la venida del Mesias unos novecientos veintitres años, continuando en los hijos de los profetas de la manera que en aquella edad se permitia en los que despreciaban las cosas terrenales por las divinas; y en el segundo, desde que la Madre del Salvador recibió la celestial misión de serlo de los pecadores. Aun ántes de la llegada del Salvador, mandó Dios un nuevo Elías que sostuviese esta religion, que con el transcurso del tiempo se habia debilitado; y este lo fué el gloriosísimo precursor del Hombre-Dios, S. Juan Bautista, el cual reformó lo que en la religion de Elías necesitaba reposicion, y así fué que la Iglesia tuvo en él una segunda fuente manantial de la gracia, de la que manó la institucion de los monjes. Con padres tan excelsos no podía ménos de afianzarse la religion del Carmelo, y máxime cuando desde la aparición para dicha de la humanidad de la Purísima Virgen, esta Señora la acogió bajo su manto protector, tratando familiarmente con los ermitaños del monte Carmelo, situado á legua y media de Nazaret. Reconociendo por Madre los ermitaños del Carmelo á la Virgen Santísima, la levantaron un templo para más honrarla el año 83 de la redencion, ó sea un oratorio, segun dice Juan, patriarca de Jérusalen. Con la esplendente y divina luz del Evangelio, aparecida por la inspirada predicacion de los apóstoles y de los discípulos de Jesucristo, fué engrandeciéndose la religion Carmelitana siguiendo los pasos de la primitiva Iglesia por desiertos y subterráneos, huyendo de la persecucion que la hacian los gentiles. Fué esta tan tenaz, y se presentaron de tal modo los monjes á morir en los martirios, para lograr la palma de la victoria con que habian de entrar triunfantes en el cielo, que la religion del Carmelo quedó casi extinguida, y quedara efectivamente extinguida si no viniera otro tercer Elías á renovarla, resucitándola de sus propias cenizas. Fué este protegido del Señor el glorioso S. Antonio, el cual

instruido en Egipto por los pocos monjes que aún quedaban , aprendió de tal modo su leccion , que haciéndose hábil y sabio maestro , restauró la disciplina monástica , elevándola aún á mayor altura de la que había tenido . De este núcleo salieron despues diferentes órdenes religiosas , que puede decirse deben su origen á la del Carmelo . Hilarion , discipulo de Antonio , reformó y renovó en Palestina este género de vida , volviendo la órden creada por Elias á la misma tierra en que había sido creada , pero aún con mayor perfeccion . Renovado el Carmelo , los religiosos que á él se acogieron empezaron á llevar vida más ordenada , y muy especialmente luego que el patriarca de Jerusalem llamado Juan , que había sido ántes carmelita , dió á Caprasio , prior de los ermitaños del monte Carmelo , la regla á que habían de sujetarse , observándola como ley de la Orden , obligatoria á cuantos abrazasen esta milicia mística . Pobláronse entónces los desiertos de Palestina y de Egipto de monjes carmelitas , y más de tres siglos se mantuvo la Orden en una gran prosperidad ; pero dirigió al cabo de este tiempo su sanguinaria persecucion contra los monjes el cruel Ahumar y los feroces tiranos que le siguieron , y casi concluyeron con los monjes , que murieron en el martirio confesando á Jesucristo . Las continuas y furiosas persecuciones dejaron pocos monjes en los países de Oriente , pero siempre se mantuvieron algunos en el Carmelo , si bien sin sujecion de ninguna clase más que la que á cada uno de ellos le placia ponerse . Empero llegó Aymerico , patriarca de Antioquia , y reuniendo á los monjes del Carmelo , les sujetó á llevar mejor vida que la que hasta entónces habían tenido ; pero al que más principalmente debe esta religion su prosperidad desde aquellos tiempos , es al glorioso S. Alberto , patriarca de Jerusalem , que había sido tambien monje en el mismo monte . El año 1100 de nuestra era fué cuando Aymerigo reunió á los Carmelitas , pero el santo patriarca Alberto , asistido de Dios , fué el que verdaderamente reanimó la Orden en 1171 con la regla que les dió , la cual siguió observándose por mucho tiempo con la mayor exactitud . Creyó el papa Inocencio IV mitigar algun tanto la severidad de la regla de los monjes del Carmelo , y así lo hizo , y no teniéndose por bastante esta variacion , el pontífice Eugenio IV , el año 1431 , hizo una reforma aún más importante que la de su antecesor . Como todas las cosas por santas que sean se gastan y relajan con el tiempo , la Orden llegó á perder en cierto modo el espíritu que imprimieron en ella sus primitivos padres Elias , Eliseo , S. Juan Bautista y san Antonio Abad ; la disciplina se separó de su verdadero cauce para caminar por distintos y cenagosos senderos . Dios , que no quería que de modo alguno se extinguiese una religion patrocinada por su Santísima Madre , quiso crear un ángel en el mundo que detuviese la ruina de tan grande obra , y que por el contrario la reparase de sus quebrantos , aumentase sus tesoros de gracia , y la

engrandeciese de mil maneras, para que el nombre del Carmelo fuese saludado por toda la tierra y se elevase hasta el cielo. Nació pues la protegida del cielo, la insigne Teresa de Jesus, para estrella del Carmelo y gloria de su patria, y esta mujer fuerte fué el ángel reparador que eligió el Todopoderoso para hacer que la obra de Elias renaciese de sus mismas cenizas y se levantase de su postracion para honra y gloria de Dios y delicia de su santa Iglesia. Si los gloriosos S. Francisco de Asís, Sto. Domingo, S. Ignacio de Loyola y otros insignes varones alcanzaron grande y merecida fama por las fundaciones religiosas que hicieron, ¿con cuánta más razon no debería alcanzarla una mujer que logró reformar tan hábilmente la que se hallaba casi arruinada y levantarla á mayor altura? Seguramente que á no ser por la voluntad de todo un Dios, que da fuerza á los débiles cuando así cumple á sus divinos designios, no hubiera podido una débil mujer llevar á cabo tan colosal empresa, pero eligióla para que siendo dechado de la perfeccion cristiana y de la vida monástica, ayudase en la grande obra del sostenimiento de su Iglesia y fuese una valerosa heroína, que con las poderosas armas de la oracion y de la humildad, hiciese guerra sin tregua á los enemigos de la pureza de la fe católica, que, á la alarmente voz del heresiarca Lutero, intentaban manchar y aun destruir la verdad del Evangelio con sus impuras doctrinas. Esta es una prueba más de las infinitas con que el Todopoderoso nos acredita la grandeza de su poder, y que jamás abandona á su Iglesia, pues que al empezar la herejía más terrible por el número y valer mundano de sus sectarios, nos suscitó una Santa Teresa de Jesus, una mujer fuerte que, con su vida ejemplar y su ardiente y fervorosa oracion, detuviese las ardientes lavas del Vesubio del infierno en su rápida carrera, para que no llegasen á incendiar y apear á la católica España, obra en que trabajó el famoso y glorioso S. Ignacio de Loyola, nuestro insigne compatriota, que creó un ejército poderosísimo, valeroso y sagaz, que, con la santidad de su doctrina y su profunda sabiduría cristiana, venció siempre y continua venciendo á los enemigos públicos y privados del catolicismo, en cuya grande empresa le ayudaron las milicias poderosas de los Agustinos, Franciscos, Benitos, Domingos y otros esforzados generales que levantaron la bandera de la fe del Crucificado para pelear sin tregua contra los encarnizados enemigos del cristianismo del Evangelio. En tan áspera borrasca no pudieron ménos de relajarse las reglas de la religion monástica, porque cuando la guerra es continua y larga, la ordenanza no es fácil se conserve en toda su pureza, y Teresa de Jesus acudió á reformar la suya, como mision que la encomendó su querido esposo y Señor, que la hizo madre cariñosa de los hijos del Carmelo, y vamos á ver de la manera que llenó este deber, relatando la preciosa historia de su vida lo mejor que podamos.

Hacia poco que Castilla habia perdido á una de sus más esclarecidas reinas, á D.^a Isabel I., apellidada con justa razon la Católica, á esa soberana que dió á conocer, como dijo muy oportunamente el eminente patricio y excelente literato español D. Diego Clemencin, que el *alma y el valor no tienen sexo*, porque se distinguió por su alma noble, grande y generosa, tanto como por su piedad y virtudes; y que con su denuedo y bizarría lanzó los restos de los hijos de Islam fuera de nuestra pátria, colocando sobre los muros de Granada, su último baluarte, el estandarte de la cruz, persiguiendo á los infieles hasta las abrasadas arenas del Africa. Reinaba á la sazón en la misma region ibérica la reina D.^a Juana, hija de la anterior y de D. Fernando V, rey de Aragon, que mediante á la perturbacion mental de ésta, gobernaba á Castilla, y madre del principe D. Carlos, que unió despues á España bajo su cetro por muerte de sus padres, y que al propio tiempo que fué rey de esta nacion, á la que hizo poderosa y temible por su valor y hazañas, fué tambien emperador de Alemania por muerte de su abuelo Maximiliano y el monarca más potente del mundo en aquella época. Dirigia la nave de San Pedro y gobernaba la Iglesia católica el pontifice romano Leon X, y la nacion española puede decirse se regeneraba, despues de la terrible lucha que por espacio de siete siglos habia sostenido con los prosélitos de Mahoma, el gran profeta de los musulmanes, cuando el dia 28 de Marzo del año de gracia 1514, segun unos, ó 1515, como pretenden otros, nació la seráfica madre SANTA TERESA DE JESUS, esclarecida vírgen entre las vírgenes españolas escogidas para esposas del Señor, y famosísima fundadora de un fecundísimo vergel de vírgenes consagradas á la religion Carmelitana. Vió la luz esta bienaventurada margarita del cielo en la antigua ciudad de Avila, una de las principales de la region y antiguo reino de Castilla la Vieja, y hoy capital de la provincia de su nombre, en la cual tuvieron tambien su cuna soberanos y notables señores españoles, que han dado nobilísimos timbres y blasones á su pátria. Nació en noble é ilustre alcurnia, de antigüedad respetable y de la cual salieron varones que la ilustraron y engrandecieron con sus hechos, y hembras que aumentaron en gran manera su esplendor con sus virtudes, si bien Teresa fué entre ellas la alhaja mas preciada, pues que nació ya provista y engalanada con preseas celestiales. Llamóse su padre D. Alonso de Cepeda, y su madre, que fué la segunda esposa de éste, D.^a Beatriz de Ahumada, de casa solariega é infanzona de Castilla, y ambos de especial virtud y de acendrada piedad. Aun cuando se nos tache de nimios, no podemos dejar de decir que nació en el dia en que la Sta. Iglesia católica recuerda al glorioso S. Bertholdo, santo de la órden Carmelitana, como para manifestar el cielo que si arrebatava para sí á un santo, mandaba á la tierra otro que le sustituyese, y dar á entender que en la órden del Carmelo no faltaria una estrella

refulgente que mantuviese la luz de la divina gracia, para honra y gloria de Dios y bien de las almas de los fieles. Dícenos el ilustrísimo Yepes, que pusieron los padres de nuestra Santa á ésta el nombre de TERESA guiados, á lo que se puede entender, por Dios, que sabia los milagros y maravillas que en ella y por ella habia de hacer; porque Teresa es lo mismo que *Tarasia*, nombre antiguo griego de mujeres, que quiere decir *milagrosa*, nombre que cuadraba bien á la que habia de ser un prodigio de naturaleza, una estrella milagrosa de la gracia, y un espectáculo de santidad y perfeccion al mundo. Criaron sus padres á Teresa en santas costumbres y en amor y temor á Dios; pero como esta angelical criatura manifestó desde la cuna buen natural y grande inclinacion á la virtud, les fué muy fácil hacerla comprender lo que debia á su Criador, al mundo y aún á sí misma, y tomó ella tan perfectamente la leccion que muy pronto pudo ser profesora de ella y dar á entender lo que habia de ser para el cielo y para el mundo. Su natural amable con todos, cariñosa por excelencia, su hermosura fisica, y sus relevantes prendas morales, la hicieron desde luego ser la niña más notable de Avila, de la cual se contaban por la ciudad mil agudezas de ingenio, que admiraban, por no creerse capaz de tal comprension á una niña que apenas habia empezado á articular palabras. Cuantos la veian y oian la tomaban gran cariño, de suerte que puede decirse que niña y doncella, seglar y monja, reformada y ántes de que diese esta tráza en su Orden, fué Teresa, segun Yepes, como la piedra iman con el hierro que le atrae á sí con fuerza desconocida, pero que estriba en su especial virtud. Gustaba nuestra Santa de oír contar historias de santos y de que se las leyesen, y aún cuando solo contaba siete años, se penetraba tanto de las verdades del cielo, que entró en ardientes deseos de conquistar la gloria á todo trance. Desde luego se conoce en los niños su inclinacion y si se estudiase con el cuidado que debiera sobre tan importante asunto por los padres observando á sus hijos, bien seguro de que podria fijárseles en la mision á que Dios les tiene destinados; pero por desgracia son pocos los que se cuidan de esto, y muchos los que contrarian las inclinaciones de los seres que han procreado, con lo cual les apartan del camino que podia más fácilmente conducirles á la felicidad temporal y aún á la eterna, para sumirles en un abismo de desventuras las más veces y perderles no pocas para la eternidad. Entreteniase la niña Teresa, no en jugar á las muñecas como las demás de su edad, y en imitar las costumbres de las señoras en la vida social, á que tan inclinadas son las muchachas en sus juegos, sino en hacer altarcitos adornar las santas imágenes de la veneracion de sus padres, y en edificar ermitas y oratorios, lo que era un presagio feliz de los conventos que habia de fundar y de las devociones á que habia de dar pábulo. Cuando ya supo leer, que fué bien pronto por el ansia que tenia de instruccion, buscaba los libros

devotos con preferencia á los demás en un principio, y se entusiasmaba tanto leyendo las vidas de los santos mártires, que se extasiaba contemplando la gloria que habian conquistado con su sangre, y hubiera dado todos los tesoros del mundo por cambiarse por una de las santas vírgenes inmoladas por los gentiles, por confesar el amor que tenian á Jesucristo. Oigámosla á ella misma sobre este particular en la vida propia que escribió por obediencia, pues que no hay pluma humana que pueda imitar ni el más débil de los rasgos que trazó aquella mano guiada por el amor de Dios, ni expresar aquellos conceptos inspirados por el Espíritu Santo, que mantenía ardiendo la llama del fuego de la gracia en aquel corazón abrasado de caridad. « Con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de nuestra Señora y de algunos santos, comenzó á despertarme de edad, á mi parecer, de seis á siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aún con los criados; tanto que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad, y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como á sus hijos: decía que de que no era libre no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad, con ser de harta hermosura jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacia caso de ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió; murió muy cristianamente. Eramos tres hermanas y nueve hermanos, todos parecieron á sus padres por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre, y ántes que comenzase á ofender á Dios, parece tenía alguna razón; porque yo hé lastima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado, y cuál mal me supe aprovechar de ellas. Pues mis hermanos ninguna cosa me ayudaban á servir á Dios. Tenía uno casi de mi edad y era el que yo más quería (D. Ramon Cepeda), aunque á todos tenía gran amor y ellos á mí; juntábamonos entrambos á leer vidas de santos; como veía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve los grandes bienes que leía haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habría para esto. Concertamos irnos á tierra de moros pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el ma-

yor embarazo. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamos de decir muchas veces: *para siempre, siempre, siempre*. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir á donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo: que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosnas como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas: y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.» Véase si puede contarse con más sencillez y más modestia, y con mayor espíritu de Dios, la vida propia, en lo cual siempre dirigen la pluma los hombres guiada por el amor propio y por la pasión á sí mismos, procurando exponer lo favorable y ocultar lo adverso, ó al menos disminuirlo, para que se vea siempre la figura por lo que tenga de agradable y sin que se presente de relieve la fealdad. Perdió Teresa á su buena madre cuando sólo contaba doce años, es decir, en la época en que empezando á fermentar en el corazón las pasiones, es más necesario que nunca una hábil directora que sepa encaminar la inteligencia para que no se descarrie, un buen jardinero que cuide que la planta que fué plantada en buen terreno y cultivada con esmero, no se tuerza al desarrollarse y crezca derecha y robusta, para que adquiriera toda la lozania de que es susceptible. Teresa conoció la falta que la hacía para guiarla por el camino de la vida la madre que la arrebató el cielo, y al mismo cielo acudió buscando directora que la sustituyese, y como pidió con fe y esperanza, la encontró aún más sabia y cariñosa que la que había perdido, como se ve por estas líneas trazadas por su humilde pluma. «Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco ménos; como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imágen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen soberana, en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé. ¡Oh, Señor mío! pues parece teneis determinado que me salve, plegue á Vuestra Magestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habeis hecho, ¿no tuviéades por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acata-

miento, que no se ensuciara tanto posada adonde tan continuo habiades de morar? Fatigame, Señor, aún decir esto, porque sé que fué mia toda la culpa, porque no me parece os quedó á Vos nada por hacer para que desde esta edad fuera toda vuestra. Cuando voy á quejarme de mis padres tampoco puedo, porque no veía en ellos sino todo bien. Pues pasando de esta edad, que comencé á entender las gracias de naturaleza que el Señor me habia dado, que segun decian eran muchas, cuando por ellas le habia de dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle, como ahora diré.»

La madre de Teresa, á pesar de su gran virtud y laboriosidad, fué muy dada á la lectura de libros de caballerías, que así se denominaban entónces las novelas en que se contaban cosas maravillosas como las de Amadis de Gaula, Don Bellianis y otros de los muchos libros contra los que esgrimió su péñola el fénix de los literatos españoles en su famosísimo *D. Quijote de la Mancha*, perla de inestimable valor de la literatura de nuestra patria. Oponiase el padre de Teresa á estas lecturas con justicia, porque temia que se aficionasen sus hijos á ellas, y sabia bien que no podian sacar nada bueno y sí aprender mucho malo, y así es que su esposa se libraba del buen Cepeda para leer esta clase de libros, y lo propio hacian Teresa y sus hermanos que, como temia aquél, se aficionaron á ellos con gran pasion. «Yo comencé, dice Sta. Teresa, á quedarme costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó á enfriar los deseos y comenzar á faltar en lo demás; y pareciame era malo, con gastar muchas horas del dia y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embecia, que si no libro nuevo, no me parece tenia contento. Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos, cabello y olores y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenia mala intencion, porque no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada, y cosas que me parecian á mí no eran ningun pecado, muchos años: ahora veo cuán malo debia ser. Tenia primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenian otra cabida para entrar, que era muy recatado; y pluguiera Dios que lo fuera de estos tambien, porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar á criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos, teníanme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento, les sustentaba plática, y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo peor fué mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos,

porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural ántes á lo peor que á lo mejor. » Gran leccion da Sta. Teresa á los padres en este relato, y bueno sería se aprovechasen del consejo de tan esclarecida Santa para librar á sus hijos de los desastres que acarrearán las malas compañías, y áun aquellas que siendo buenas se dejan arrastrar de las pasiones, ó no saben contener los impulsos de la naturaleza cuando la edad las despierta, sin que haya un fuerte freno que las detenga en la rápida marcha que los agujones de la carne les iacitan á emprender. Peligrosísima es la reunion de los jóvenes de distinto sexo entregados á su libertad, sin vigilantes que les guarden y sin buenos inspectores que les observen, y los padres deben evitarlo á todo trance, por más que el parentesco sea estrecho entre ellos, pues que la naturaleza muchas veces hace traicion á la razon cuando ésta no está completamente formada y amaestrada por la religion, que es la única que puede contrariar y vencer á la naturaleza impaciente y fogosa al empezar el desarrollo de las pasiones.

El reverendo Yepes, al manifestar lo que hemos dicho de la Santa, relativo á su propósito de ir con su hermano Ricardo á hacerse matar por Jesucristo dice: « Que se salieron de la casa de sus padres, determinados á ir á tierras de moros donde les cortasen las cabezas por Jesucristo, y que saliendo por una puerta de la ciudad de Avila, que llaman de Adaja, nombre del rio que pasa por ella, tomaron el camino por la puente adelante hasta que un tio suyo les topó y volvió á su casa, con harto gozo de su madre, que los hacia buscar por todas partes, con mucha tristeza y miedo no les hubiese sucedido alguna desgracia; que la madre les riñó de la ausencia que habian hecho, y que el hermano se excusaba diciendo que la niña le habia incitado y hecho tomar aquel camino. » Esto está en la tradicion de los habitantes de Avila y en algunas historias de la Santa; pero como ya hemos visto, Sta. Teresa no nos dice que hubiesen llegado á poner en práctica su resolucion, si bien parece desprenderse de su relato.

Como las malas inclinaciones de las personas buscan el inficionar á otras con sus pestíferos miasmas para cautivarlas y sujetarlas á los caprichos del demonio, que es el que las inspira, es preciso huir de las que nos las descubran, si no queremos tarde ó temprano caer en sus lazos; y para esto no hay mejor remedio que asociarnos á los que las tengan santas, y apartarnos del contacto de aquellas. Cuéntanos la Santa, que al paso que nada tomaba de una de sus hermanas, que era sumamente honesta y virtuosa, tomó y no poco de una parienta suya, que era de livianos tratos y entregada á las vanidades mundanas, porque lo malo se pega con más facilidad que lo bueno en nuestra flaca naturaleza. Y ciertamente que, segun lo que nos dice, si la Santa no hubiera sido tan celosa de su honra y tan amante de su Dios, hu-

quiera podido perder la estimacion del mundo y los goces del cielo y caído en el abismo del infierno, continuando la amistad de aquella señora que tan poco se cuidaba de su alma. «El temor de la honra, dice la Santa, tuvo fuerza para no la perder,» y despues de esto: «Nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion. Mas puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro; de los cuales me libró Dios de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad, que del todo no me perudiese: aunque no pudo ser tan secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha en mi padre. Porque no me parece habia tres meses que andaba en estas vanidades, cuando me llevaron á un monasterio que habia en este lugar, adonde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y esto con tan gran disimulacion, que sola yo y algun deudo lo supo; porque aguardaron á coyuntura que no pareciese novedad, porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre, no era bien.»

El monasterio de Agustinas de Nuestra Señora de Gracia fué el que tuvo la fortuna de albergar á Santa Teresa, cuando su padre tuvo la precaucion de quitarla de los peligros que empezaba á correr aquella inocente oveja, cuando una mala mano queria conducirla por distinto camino del que Dios la tenia señalado. Educábanse en este monasterio las doncellas de los nobles de Avila con el mayor recogimiento, aprendiendo los deberes que impone el Señor á la mujer, cualquiera que sea el estado á que esté destinada, y si bien en un principio sentó mal á Teresa la privacion de libertad á que se la reducía, y echó de ménos la compañía de su parienta, hermanos y amigas, y aquellos ratos de solaz que con ellos pasaba, no tardó en conformarse con esta nueva vida, y de la conformidad pasó por grados naturales á la satisfaccion de vivir entre personas virtuosas, que se van acercando á la perfeccion, que tiene por fin hallar la puerta del cielo con más facilidad y sin obstáculos mundanos. Oigamos á la Santa sobre este particular: «Los primeros ocho dias sentí mucho, y más la sospecha que tuve se habia entendido la vanidad mia, que no de estar allí; porque ya yo andaba cansada y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendia, y procuraba confesarme con brevedad: traia un desasosiego, que en ocho dias, y aún creo en ménos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento en donde quiera que estuviese, y á mí era muy querida; y puesto que yo estaba entónces yo enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religion y recatamiento. Aún con todo esto no me dejaba el demonio de tentar y buscar los de fuera, como me desasosegar con recaudos,

Como no habia lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma á tornarse á acostumar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios á quien pone en compañía de buenos. Paréceme andaba Su Majestad mirando y remirando por donde podia tornar á sí.» Que la Santa fluctuaba en el convento sobre el partido que debia tomar, lo declara ella misma cuando dice: «Una cosa tenia que parece me podia ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es que era el trato con quien, por via de casamiento, me parecia podia acabar en bien, é informada de con quien me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios.» De suerte que puede inferirse que algun enamoramiento ocupó, siquiera fuera pasajero, el corazon de aquella doncella, que solo debia ser de Dios, como lo fué, y ocuparse de tan alto esposo, trocándole por todos los acomodados por ventajosos que pudieran ser, pues que el que habia de poseer era el amante más galan, más rico y más poderoso, puesto que era el mismo Dios. Cuidaba de las señoritas educandas del convento una venerable madre de reconocida virtud y santidad de costumbres, y de tan afable carácter que todas las doncellas se la aficionaban en cuanto entraban, y así sucedió á Teresa, que el tiempo que estuvo á sus órdenes la amó entrañablemente, haciendo gran caso de sus amonestaciones y consejos. Conoció la religiosa á primera vista lo que pasaba en el corazon de Teresa, y como la vió dócil al propio tiempo y de gran penetracion y especial talento, trató de conquistarse con suavidad aquel corazon para educarle en la gracia de Dios y tranquilizarle, haciendo que desapareciesen las turbaciones que le molestaban con los recuerdos del mundo. Empezó su obra la religiosa afianzando á Teresa en la oracion, que es la preparacion más propia entre los buenos cristianos para empezar las buenas obras; y como Teresa era aficionada á orar desde que tuvo uso de razon, y en orar halló siempre satisfaccion y consuelo, en esto tuvo que trabajar poco su piadosa directora, porque el fervor de la Santa llegó hasta edificarla á ella misma. En amigable y santa conversacion, la religiosa fué inculcando en aquel dócil corazon las bellisimas máximas que se desprenden del Evangelio, y los deberes de la vida seglar y monástica, con la elocuencia que presta siempre Dios al que defiende su causa santa y enseña su doctrina sapientísima; y Teresa, que jamás se habia apartado del buen camino, á pesar de sus fútiles pasatiempos mundanos, iba recobrando en su alma la tranquilidad que el mundo habia tratado perturbar en ella, y el buen espíritu se iba arraigando haciendo cruda guerra á lo que el sentido exigia y la vida seglar la recordaba, despertando en su alma la idea de abrazar el estado religioso. Con esta idea sentia dentro de sí misma una reñida y sangrienta pelea, porque al paso que el espíritu la inclinaba con fuerza á ser religiosa, estimulándola á renunciar al mundo y á sus pompas, poniéndola

por delante todos los peligros que en él podía correr, el sentido la contradecía y apartaba de aquel buen propósito. Haciendo la religiosa sábias comparaciones entre la vida de las casadas y la de las que se consagran al Señor, comprendió fácilmente la Santa, que si bien en ambas puede servirse á Dios y llegarse á la perfeccion, el primer estado ofrecia más dificultades que el segundo para lograr este fin, por los obstáculos que á cada paso suscita el demonio en el mundo, en el que le es más fácil perseguir á las almas y sorprenderlas, que en el claustro, casa de Dios, en la que le es más difícil la entrada para tender sus lazos y ejercer sus diabólicas artes. Sin embargo de esto, más de tres meses halló la Santa perturbacion en su corazon sobre la eleccion de estado, batallando el espíritu con el sentido, excitado éste por el demonio que la representaba muy halagüeños los goces del mundo, y muy tristes los de la vida monástica, que procuraba hacer penosa, aflictiva y aún desesperante, para asustarla y separarla del buen camino. En esta contradiccion de ideas acertó á leer las Epistolas de S. Jerónimo, que la edificaron de tal modo que se decidió á abrazar la vida religiosa; pero como consultase el asunto con su padre, y no le encontrase tan conforme como quisiera en su propósito, volvió su corazon á vacilar, hasta que por fin se decidió á seguir el consejo de S. Jerónimo, tomando á Cristo por esposo, aún cuando para ello tuviese que desobedecer á su padre, que era lo que más queria en el mundo, pues que ya una vez convencida de su vocacion, se acordó del precepto que ordena que se deje á los padres por Dios, cuando estos contradigan la voluntad de aquél, y persuadiendo á su hermano Antonio á que se hiciese religioso, salió con él un día, y en el monasterio de la Encarnacion de Avila tomó el habito de religiosa. Quiso Dios probarla con algunas enfermedades en este tiempo, de las que se valió el demonio para persuadirla de que no podría sufrir en su estado delicado las austeridades y trabajos que trae consigo la vida monástica; pero sabiendo los muchos que sufrió Jesucristo para redimirnos, y que en las mayores tribulaciones y congojas asiste Dios á los afligidos para consolarlos, venció al enemigo con las armas de la oracion y de la conformidad, que son tan potentes que jamás ha dejado de vencer en la pelea quien con fe las usa y con ellas se defiende ó ataca. Acordábase la Santa de sus primeros años, en los que tanto gusto tenia en orar, y de que habiendo visto un día un cuadro de la Samaritana en el acto de decir á Cristo: «Señor, dadme de esa agua,» quedó ella con tal deseo y ansias del agua divina de la gracia que se la pedia al Señor, aún siendo niña, á cada instante con el mayor fervor, y en esta ocasion la sirvió de mucho este recuerdo para acercarse al pozo, en que pedia, como la Samaritana, al único que podía apagar su ardiente sed. Agravándose el mal estado de salud de la Santa, la sacó su padre del convento y la llevó á su casa para procurar su

restablecimiento; y como se mejorase algun tanto, y se la mandase por los médicos variar de aires, la condujo su padre á una aldea cercana, en la que vivia su hermana mayor doña María de Cepeda, que la amaba entrañablemente; y al pasar por el pueblo de Hortigosa, en donde habitaba Pedro Sanchez de Cepeda, hermano de su padre, varon de especial virtud, que vivia apartado del mundo, en los días que se detuvieron en la casa, este tio amoroso la dió á leer libros santos, y entre ellos uno titulado *Tercer abecedario*, que enseña el mejor método para orar, lo cual fortificó mucho su alma, que hacia mucho tiempo buscaba y no hallaba, segun ella misma dice, quien la dirigiese bien en este asunto. Pasósenos decir que el monasterio de la Encarnacion, en que tomó el hábito la Santa, es de la orden de Nuestra Señora del Cármen, y uno de los principales y más antiguos de la ciudad, y que se inclinó á él más que á otro alguno, porque se hallaba en él una grande amiga suya, llamada Juana Suarez, mujer de especial virtud y digna de su amistad. Aún no habia cumplido Teresa los veinte años, cuando tomó el hábito el año 1553, el día 2 de Noviembre, festividad en que la Iglesia ruega por las ánimas de los difuntos; y recibió tanto contento con el hábito, que le consideró un fuerte escudo contra las tentaciones del demonio y los impulsos de la carne, consolándose de haber tomado esta determinacion sin consentimiento de su padre, que no tardó en perdonarla una desobediencia que seguramente habia de redundar en bien de sus almas. Pasó el año de noviciado edificando en sus ejercicios á todas las monjas, que la querian entrañablemente por su amabilidad y buen carácter, lo que hacia resaltase más la belleza y gracia de que la habia dotado la naturaleza, con una discrecion y talento que cautivaba en sus conversaciones. Profesó la Santa con contento de todas las religiosas, que se gloriaban de que hubiese el convento adquirido tan rica joya, y más del alma de Teresa, que venció en ella al demonio, que con tal tenacidad habia procurado apartarla de los brazos de aquel divino Esposo, que ya la poseia en espíritu aun antes de adquirir tan santos lazos.

Volviendo á tomar ahora nuestro interrumpido relato, y á continuar el viaje emprendido á causa de las enfermedades de la Santa, que se agravaron despues de la profesion y que no acertaron á curar los mejores médicos de Avila, añadiremos á lo expresado, que no profesándose entónces clausura en aquel monasterio, fué fácil el sacar su padre á Teresa, en compañía de su amiga Juana, para que la cuidase y consolase. La primera diligencia de su padre fué, como hemos visto, la de llevarla á Castellanos de la Cañada, pueblo en donde vivia su hija mayor doña María, que obsequió mucho á su hermana, y despues á la de su tio, que fué quien la proporcionó la lectura del libro *Tercera parte del abecedario de Osuna*, en el que estudió el mé-

todo de oracion denominado de recogimiento y quietud, lectura que tanto consoló su alma, y en especial el artículo *Camino de Oracion*, que en él se enseña, y el cual se determinó á seguir como mejor pudiese, no desviándose de los pasos y reglas que allí se marcan, de suerte que este libro vino á ser para Teresa el instrumento de las misericordias de Dios para con ella. Practicando los santos ejercicios marcados en el libro, estuvo la Santa nueve meses en la expresada aldea, á pesar de los continuos padecimientos, desmayos y palpitaciones de corazon, que tanto la hacian sufrir; pero luego que llegó la primavera, que era el tiempo que se aguardaba para su curacion, su padre la llevó á Becedas, en compañía de su hermana Maria y de su amiga Juana, en donde habia una mujer que curaba toda clase de enfermedades, y que esperaban lograrse sanarla. Empeñóse la cura; pero fueron tan fuertes los remedios que se aplicaron, que en vez de aliviar á la Santa en los tres meses que duró, la empeoraron de tal modo, que quedó como extenuada y tan débil que apenas podia tenerse en pié. Encogiéronse los nervios, causándola acerbísimos dolores, y la fiebre la hizo caer en un estado de tisis, de suerte que empezó á temerse por su vida con sobrada razon; y como á todos estos males la Santa experimentase una afliccion de alma inconsolable, se apoderó de ella tan profunda tristeza, que causaba lástima á cuantos la veian. Empero como Dios aprieta, pero no ahoga á sus criaturas cuando las tiene reservadas para altos fines, de estos mismos males la vinieron los bienes que despues la hizo el Todopoderoso, empezando por un milagro. Habia en aquel lugar un clérigo de mala vida y costumbres, que le escandalizaba con su conducta y demasías, el cual habia perdido la honra y la fama. Aficionóse este sacerdote á la Santa, y le causó tanta admiracion sus virtudes y santidad, que se edificó y confesó á Teresa el mal estado en que tenia su alma. Dolióse ésta de ver á aquel ministro del Señor tan ciego y perdido, y empezó á rogar á Dios con tan ardiente fervor por que sacase á aquella alma de las manos del demonio que la tenia aprisionada, que fué oida de su divina misericordia, que la dió gracia y sobrada elocuencia para lograr la conversion del sacerdote, el cual, arrepentido de todas veras de cuanto habia ofendido al Criador y á la sociedad, cambióse de tal modo, que dejó admirados á todos por su penitencia y fervorosa piedad, en la que murió al cabo de un año en buena opinion y reverenciado de aquel pueblo mismo que ántes habia escandalizado con sus excesos: este puede considerarse como el primer milagro que obró Dios por intercesion de Sta. Teresa. La paciencia con que la sierva del Señor sufría sus dolores, y el contento que sentía su alma y se revelaba en su semblante, tenia maravillados á todos: oíasele conversar en sus ensueños con su divino Esposo, con tan devotas y cariñosas palabras, que los que la oían se fervorizaban y la consideraban en aquel

óxtasis ante el trono del Altísimo, asistida de los divinos espíritus. Viéndola su padre en estado tan lamentable de salud, y temiendo muriese en la aldea, se apresuró á volverla á Avila, lo que se tuvo que hacer con mucho trabajo y precauciones, creyendo todos que pereceria en el camino; pero no sucedió así, porque la sostuvo Dios en tan penoso viaje hasta la ciudad. Llamó el buen Cepeda á los mejores médicos para que conferenciasen sobre la enfermedad de su hija, y todos fueron de opinion de que estaba próxima su muerte, de modo que quedó desabuciada. El dia de la fiesta de la Asuncion la acometió un síncope tan extraordinario que quedó como muerta, y así estuvo durante cuatro dias. La administraron el sacramento de la Extremauncion, corrióse la noticia de su muerte por toda la ciudad y áun fuera de ella, de modo que en un monasterio de Carmelitas se la hicieron ya los honras fúnebres: abierta ya la sepultura, las monjas se preparaban á enterrar el cadáver, y lo hubieran verificado si su padre no lo impidiese, porque no queria creer que su hija estuviese muerta, y manifestando á voz en grito que aquella su hija no era para enterrar. En efecto, el amor de padre, asistido de la inspiracion divina, detuvo el enterramiento, y al cabo de aquellos cuatro dias de amargura para todos, volvió la Santa en su sentido, y hallóse, dice el prelado Yepes, con la cera en los ojos y las lágrimas en los de su padre y hermanos, que la lloraban como muerta. El mismo Yepes nos dice, que al volver Sta. Teresa de este su letargo, empezó á decir que porqué la habian llamado; que estaba en el cielo, y que su padre y su amiga Juana habian de salvarse por su medio; que vió tambien los monasterios que habia de fundar y lo que habia de hacer en la Orden, y cuántas almas se habian de salvar por su intercesion; que habia de morir santa, y por último, que en su sepulcro se habia de poner un paño de brocado: cosas que la Santa no contaba, y si se le recordaban, decia que eran frenesí, porque la daba vergüenza haber dicho en público lo que habia visto. Su confesor el P. Fr. Domingo Bañes, de la órden de Sto. Domingo y catedrático de Salamanca, predicando en 1587 en el colegio de Carmelitas descalzos, añadió á la vision referida, que la Santa habia visto tambien el infierno en aquel paraismo, y otras muchas cosas que ocultaba, pero que á él habia contado en su cualidad de confesor, por lo que no podia decirlas. En cuanto la Santa se repuso algun tanto de su catalepsis, hizo llamasen inmediatamente á un confesor, que la recibió en el sacramento de la penitencia; confesóse lo mejor que pudo, y comulgó con mucha devocion y lágrimas. Duraron los acerbos dolores que padecia, y se aumentaron despues de su paraismo hasta la pascua de la Natividad del Señor, en que se mitigaron algun tanto. En cuanto se vió libre de agudos dolores, sin embargo de que no la faltaban repeticiones dolorosas de vez en cuando, y del estado de ex-

trema debilidad y postracion en que se hallaba, rogó con lágrimas de deseo que se la volviese á su convento; y como esto, al parecer de todos, se convirtiese en manía y la contradiccion la empeorase, se la condujo á él con todas las precauciones posibles, y así fué que «á la que esperaban las monjas muerta, como ya dijimos, recibieron con alma, pero en tal estado, que el cuerpo peor que muerto para dar pena el verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que sólo los huesos tenia: estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad; y si no fué estos principios con gran alegría, porque todo se me hacia nonada comparado con los dolores y tormentos del principio, estaba muy conforme con la voluntad de Dios, aunque me dejase así siempre.» Solo deseaba la Santa sanar para poder servir á Dios en las tareas de la comunidad ayudando á sus compañeras, pues por lo demás, como en la enfermería podia dedicarse más horas á la oracion, que era su pasion favorita, se hallaba muy contenta. Confesábase muy á menudo, y conversaba tanto con Dios en la oracion, que tenia edificadas á todas las religiosas, que se maravillaban de la paciencia que el Señor la daba, paciencia que á no venir de tan alto, parecia imposible poderse sufrir tanto mal con tanta conformidad y alegría.

Veinte y tres años tenia la Santa y llevaba ya cinco de religiosa, cuando Dios la restableció la salud y quedó tan amiga de la soledad, porque en ella podia ocuparse más y más en la oracion, que la buscaba con ánsia siempre; pero era una devocion sólida de la que participaba el alma y el corazón, sencilla y fervorosa y sin gatzmoñería, de que no gustaba; puesto que esta ilustrada virgen nos dice sobre este particular: «Comencé á hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podria sufrir, y á ellas les hacia devocion; despues se ha dado á entender no convenian, que eran supersticiosas.» Como viese, segun ella misma dice, que no habia pedido cosa por intercesion del bendito patriarca S. José que no hubiese logrado, le eligió por especial abogado, y asegura «que no conocia persona que de veras le sea devota á este Santo, que no la vea más aprovechada en la virtud», y pide por amor de Dios haga la prueba quien no la creyere, y verá el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca y tenerle devocion. Su ardiente devocion se aumentó con tan alto apoyo, y recordando el Canto V místico, repetía á cada paso: *Abreme, hermana mia, esposa mia, paloma mia*; no cesando de llamar á la puerta del cielo su corazón, en la firme persuasion de que al alma que llama con fe, esperanza y caridad, la abre el divino Esposo las puertas de su cámara para concederla los gozes eternos.

El demonio volvió á tentar á la Santa de una manera decidida, para procurar su condenacion con nuevas inventivas, introduciéndose hasta en sus oraciones, y llevando su imaginacion de las cosas divinas á las materiales, ó como si dijéramos, del cielo á la tierra, para ver de pervertirla; pero como queria Dios á su sierva muy perfecta, porque la habia escogido para que fuese dechado de perfeccion y maestra por la que la alcanzasen otras muchas personas, y así, como dice un autor, no la dejaba entibiar en sus santos propósitos, sino que luego la corregía y tiraba del freno. Un dia que estaba á la puerta del monasterio perdiendo tiempo con una persona, se le mostró Cristo Señor nuestro atado á la columna, muy llagado, y particularmente en un brazo junto al codo, con lo cual quedó la Santa tan maravillada y turbada, que no quisiera ver más á aquella persona con quien estaba. Quedó á la Santa tan fija en su alma aquella vision espiritual, que cuando fundó el monasterio de Carmelitas de S. José en Avila, hizo pintar la escena expresada en una ermita del mismo. A pesar de la vision, volvió la Santa á caer en distracciones, acosada del enemigo de su alma, porque de este modo queria Dios probar su fe y vencer al demonio, como lo hizo con David, S. Pablo, la Magdalena y otros muchos santos, á los que permitiéndoles caer, les levantó despues con gran provecho suyo y nuestro, puesto que con semejantes ejemplos concebimos ánimo y esperanza para no desconfiar de Dios cuando caemos en la tentacion. Empero si la Santa cayó en ella, jamás faltó ni áun de pensamiento en la deshonestidad y torpeza, que siempre aborreció, y su pecado estribaba en conversaciones y trato con personas de poca virtud, que si ella fuera ménos amante de Dios, hubieran podido lograr apartarla de su divino Esposo. Un año duró este trastejo del demonio con la Santa, sin que en este tiempo, á pesar de ello, abandonase ninguno de sus deberes de comunidad, la frecuencia de los santos Sacramentos, ni sus rezos ordinarios, siendo humilde, obediente y observadora exactisima de la regla. Tampoco cayó en este tiempo en aquellos pecados de que adolecen las mujeres, como enemistades, rencillas, murmuraciones, envidias, y así lo expresa ella misma cuando dice: « Cuando yo considero que aunque era tan malisima, traia algun cuidado de servir á Dios y no hacer algunas cosas, que veo que como quien no hace nada se las tragan en el mundo; y en fin, pasaba grandes enfermedades, y con mucha paciencia, que el Señor me daba, no era inclinada á murmurar ni decir mal de nadie. No me parece queria mal á nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuese ofensa grave del Señor. » Véase por esto que el temor de Dios la enfrenó para huir de todo lo que podia hacerla caer en el pecado mortal, y así es que como lo veian así sus confesores, la aseguraban que no habia culpa mortal en el trato y familiaridad que tenia. « Informada de

quien me confesaba y de otras personas en muchas cosas, me decían que no iba contra Dios. » Quisiera la Santa tener confesores más ilustrados que los que tenía cuando dice : « Buen letrado nunca me engañó : estos otros tampoco me querían engañar ; sino no sabían más. Yo pensaba que sí, y que no era obligada más á creerlos : como era cosa ancha lo que me decían, y de más libertad que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de muchos. » Con lo cual enseña la Santa lo útil de buscar confesores ilustrados, y lo perjudicial de dar con ignorantes, pues que si bien todos deben considerarse buenos para el verdadero penitente, y en todos debe considerar al confesar sus pecados, sólo aquellos pueden sacarle de ciertas dudas, y buscar el remedio más eficaz para sanar el alma con mayor prontitud que los segundos.

Dió Dios á su padre la última enfermedad, y avisada la Santa de la gravedad del autor de sus dias quiso asistirle por sí misma, pues que en nadie queria confiar el cuidado de prenda de tanto valor para ella ; y como en aquella época se permitiese salir del convento á las monjas con motivos de esta especie, salió del suyo con una de sus compañeras, y se dirigió á consolar al buen Cepeda, que se hallaba esperando su último fin en el lecho del dolor. « Fuile yo á curar, dice la Santa, estando yo más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que, á cuanto entendía, estuviese en pecado mortal en todo este tiempo más perdido que digo ; porque entendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera. Pasé harto trabajo en su enfermedad ; creí le serví algo de lo que él había pasado en las mias. Con estar yo harto mala, me esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo el bien y regalo, porque en un ser me le hacía ; tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena, y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando le veía acabar su vida, porque le queria mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte que murió y la gana que tenía de morirse, los consejos que nos daba despues de haber recibido la Extremauncion, el encargarnos lo encomendásemos á Dios y le pidiésemos misericordia para él, y que siempre le sirviésemos, que mirásemos se acababa todo ; y con lágrimas nos decia la pena grande que tenía de no haberle servido, que quisiera ser un fraile, digo haber sido de los más estrechos que hubiera. » Dícenos la Santa que quince dias ántes le dió el Señor á entender á su padre que había de morirse de aquella enfermedad, pues que ántes de este tiempo no lo pensaba, áun cuando se hallaba muy malo, y que áun cuando los médicos le decían que no había peligro, él, léjos de creerlos, se puso á disponer todas las cosas de su alma con gran prisa. Cuéntanos tambien con la mayor sencillez que la

enfermedad fué un gran dolor de espalda, que jamás se le quitaba, habiendo momentos que le era insoportable, y que entónces recordaba á su padre cuando el Señor llevó la cruz á cuestras, pues que en sus dolores le queria advertir lo que Jesucristo pasaria en aquel trance dolorosísimo, lo cual le consoló de tal modo, que no volvió á quejarse. Añade que estuvo tres dias en la agonía falto de sentido, pero que se le volvió tan entero ántes de espirar, que diciendo él mismo el Credo, se quedó muerto como un ángel, asegurando su confesor que no dudaba habia ido derecho al cielo, porque conocia lo bien que se habia preparado para presentarse limpio de culpa ante el supremo tribunal de Dios.

Muchas veces de un mal nace un bien, y aquí sucedió así, pues que si en lo mundano fué un mal la muerte del padre de Sta. Teresa, si bien él lograría el mayor de todos los bienes, que es la gloria eterna, la Santa logró con su fallecimiento un bien por que hace tiempo suspiraba, que era un director espiritual piadoso, sabio y capaz de comprender lo que pasaba en su alma, para que pudiese dirigirla y consolarla. Era este confesor un fraile dominico llamado Vicente Varron, persona docta y muy espiritual, el que empezando por confesar á la santa doncella, tomó á su cargo el aprovechamiento de su alma, haciéndola volver á la oracion, dándola á conocer la perdicion que podia causarla el separarse de esta fuente de la gracia, cuyas aguas siempre sanan y purifican. Hacia el buen religioso confesar á Teresa de quince en quince dias, y poco á poco fué curándola de sus naturales distracciones y fijándola en la oracion, dándose desde entónces á ella por espacio de diez y ocho años, hasta que un dia, mirando á un crucifijo que tenia en su oratorio, se mostró vertiendo lágrimas delante de la santa imágen, pidiendo tan de veras su favor y ayuda, que se sintió toda mudada, y con gran ánimo y fortaleza para servir á Dios cuanto pudiese, favoreciéndola de allí adelante el Señor con grandes visitas y altísima contemplacion. La mucha humildad de la Santa la hacia dudar de si sería bueno su espíritu ó tendria algunas imperfecciones; y por lo tanto buscaba maestro diestro espiritual que la encaminase, deseando para esto tratar sobre el particular con los PP. de la Compañía de Jesus, pues que dice en su vida: «Como Su Majestad queria ya darme luz para que no le ofendiese, y conociese lo mucho que le debia, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quienes tratar, que ya tenia noticia de algunas; porque habiendo venido aquí los de la Compañía de Jesus, á quienes yo, sin conocer á ninguno, era aficionada de sólo saber el modo que llevaban de vida y oracion; mas no me hallaba digna de hablarles ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacia más temer; porque tratar con ellos y ser la que era, hacíaseme cosa récia.» Y despues añade: «Tambien me daba pena que me viesen en

casa tratar con gente tan santa como la de la Compañía de Jesus, porque temia mi ruindad, y parecíame que quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pensamientos; y que si esto no hacia, que era peor; y asi procuré con la sacristana y portera no lo dijese á nadie.» Decidida la Santa, empezó á tratar espiritualmente con los jesuitas; y cuenta muy largamente cuán notable mejoría sintió en ello, y cómo la pusieron en mayor perfeccion y mortificación, asegurándola ser bueno su espíritu. Entre los PP. Jesuitas con quienes consultó la Santa sobre el estado de su alma, fué uno el glorioso S. Francisco de Borja, el que habiendo sido duque de Gandía, virey por el emperador Carlos V, y su principal privado y ministro, habia abandonado sus estados y familia, sus palacios, favor y grandezas de la corte por amor á Jesucristo, buscando á Dios en la humildad, por la que trocó la púrpura por el negro y tosco sayal de la Compañía de Jesus; el mando por la obediencia; el ostentoso palacio por la pobre y estrecha celda; y en fin, los regalos y comodidades de la regalada vida cortesana por las asperezas de la penitencia más austera y ejemplar; considérese lo que tan gran santo influiría en el alma de Sta. Teresa de Jesus, pues que siendo ambos héroes de la religion católica, sus grandes almas no pudieron ménos de entenderse en cuanto á las cosas divinas y santas, de que tratarian en sus conversaciones espirituales y en la confesion. Empero el jesuita que por mas tiempo dirigió espiritualmente á la Santa, fué el ilustrado y extático varon el P. Baltasar Alvarez. Este siervo de Dios fué quien más la aprovechó en sus principios; como confiesa la misma Santa, y la acabó de desarraigar el corazon de todo lo que no era Dios y su mayor gloria, por lo que quedó la Santa por su gran humildad muy agradecida y devota de esta religion (tan combatida hoy por los ingratos y desnaturalizados católicos), como en sus obras lo muestra tantas veces, y por toda su vida tuvo afecto y recurrió á los PP. de la Compañía y á los de la esclarecida religion de Sto. Domingo, de los cuales fué tambien muy aficionada por su virtud y saber, pues que siempre buscaba los hombres de ciencia y de letras, en los que creía encontrar quien pudiera sacarla de sus dudas, y dirigirla por los buenos senderos para alcanzar la verdadera sabiduría, de la cual es Dios el maestro y el cielo la cátedra por excelencia. Con lo que la animó S. Francisco de Borja, concibió Teresa gran ódio de si misma, quebrantando en todo su voluntad y haciendo grandes penitencias, y sobre esto vamos á seguir á los autores que han escrito su vida, y áun á ella misma en algunos puntos. Vistióse Santa Teresa de un silicio de hoja de lata, á manera de rayo en la parte que tocaba á la carne, de modo que la punzaba por mil partes al menor movimiento que hacia, y la llagaba lastimosamente haciéndola depósitos de materia; y las curaba renovándolas á cada paso, golpeándose para que la mo-

lestasen más. Llegó á estar tan encarnizada contra sí misma una vez, que reuniendo una porción de zarzas en su lecho y desnudándose, se echó y revolvió sobre ellas, con lo que vino su cuerpo á hacerse todo una llaga, que manaba sangre por todos lados. Aun esto no bastaba á la Santa, pues que como concibiese que aún la quedaban imperfecciones que corregir, lo consultó con el P. Alvarez, que la aconsejó que para contentar á Dios ninguna cosa habia de dejar de hacer por él, y que para ello habia de dejar algunas amistades que aún tenia. La Santa creyó que esto sería caer en desagradecida, pues que ellas no habian pecado; pero el padre la dijo que lo encomendase á Dios por algunos días, rezando el himno *Veni, Creator Spiritus*, para que Dios la iluminase sobre lo mejor; y como lo hiciese así la Santa, hallándose un dia en oracion suplicándole la ayudase á contentarle en todo, la vino un gran arrobamiento, en que sintió que su divina Majestad la decía: *No quiero que tengas conversacion con los hombres, sino con los ángeles*; lo que se imprimió de tal modo en su corazon, que nunca jamás tuvo ya amistad ni afecto á persona alguna que no fuese por Dios y segun Dios. Puede decirse que pasaba todo el dia en oracion, pues vivia de tal modo procurando en todo contentar al Señor, que le tenía siempre presente como testigo de su vida, mostrándose el Señor poco á poco á su sierva. Hallándose un dia en oracion vió solas las manos del Señor tan hermosas, que era imposible encarecerlas; y de allí á pocos dias vió tambien aquel divino rostro, con lo que quedó como absorta y elevada, y mucho más creció su admiracion cuando vió su humanidad sacratísima con la misma hermosura y majestad con que habia resucitado despues de su crucifixion. Por más de tres años confiesa Sta. Teresa que vió á Cristo nuestro Señor, siempre á su lado derecho, haciéndola compañía y hablando á su alma, enseñándola y consolándola en sus trabajos, y manteniéndola en su alta y fervorosa oracion. Estando extasiada en esta, y contemplando la pasion y muerte del Señor, vió á este divino Salvador del mundo mostrándola la llaga de la mano izquierda, y que con la derecha sacaba un gran clavo que tenia metido en ella, y con él sacaba parte de su carne sacratísima, diciendo que quien aquello habia pasado por ella que no dudase haria cuanto pidiese. Estando la Santa en presencia de Cristo, teniendo una cruz en la mano, sintió en su fervorosa oracion que se la tomó el Señor en la suya y volviósela á dar, pero muy mejorada de como se la habia tomado, quedando la cruz formada de cuatro piedras grandes, mucho más preciosas que diamantes; quedando en ellas esculpidas las cinco llagas, y aunque todos los que miraban aquella cruz la tenian por de madera, la Santa la veia siempre de la manera expresada. Con los divinos favores que recibia en su continua oracion, crecia tanto el fuego de su amor al divino Esposo, que de vez en cuan-

do veia con los ojos de verdad un ángel á su lado izquierdo, de hermoso rostro, y tan encendido que la parecia serafin, el cual tenia en las manos un largo dardo de oro con fuego en su punta, y sentia que se le metía el ángel en el corazon y traspasándola las entrañas, cuando le sacaba la parecia que se las llevaba tras sí con gran dolor; pero dejándola abrasada en amor de Dios. Tambien se la manifestó el Espíritu Santo, que es el amor divino, en figura de un hermosísimo mancebo, rodeado de muy encendidas llamas, y la quedó tan impresa esta visión, que la tuvo presente hasta la muerte, aun cuando se hallase ocupada, pareciéndola algunas veces que traia un velo delante cuya cortina se corria para que la viese mejor. Mandó la Santa que la pintasen en un relicario pequeño esta vision, el cual tenia siempre consigo y despues fué á parar al duque de Alba, D. Fernando de Toledo, que le llevaba siempre en el pecho para consuelo suyo. Entre sus visiones místicas refiere la Santa que vió á la Santísima Trinidad en todo su esplendor y gloria; y al manifestar otras visiones con que la regalaba Dios, dice: «Estando yo un dia en oracion, sentí estar el alma tan dentro de Dios, que no parecia habia mundo, sino embebida en él, se me dió á entender aquel verso de la *Magnificat*: *Exultavit spiritus meus, in Deo salutari meo*, de manera que no se me puede olvidar.» Y en otra parte expresa: «Habiendo acabado de comulgar el dia de S. Agustin, (sino que fué cosa intelectual y que pasó muy presto) como las tres personas de la Santísima Trinidad, que yo traigo en mi alma esculpidas, son tan una esencia, por una pintura extraña se me dió á entender, y por una luz tan clara, que ha hecho bien diferente operacion que de sólo tenerlo por fe. He quedado de aquí á no poder pensar en ninguna de las personas divinas sin entender que están todas tres. De manera que estuve hoy considerando cómo siendo tan una cosa, habia tomado carne humana el Hijo de Dios. Dióme el Señor á entender cómo con ser una cosa, eran distintas personas: son unas grandezas que de nuevo deseo al alma de salir de este embarazo que hace el cuerpo para no gozar de ellas, que aunque parece no son para nuestra bajeza, de entender algo de ellas queda una ganancia en el alma (con pesar en un punto), sin comparacion mayor, que con muchos años de meditacion y sin saber entender cómo.» Vió en sus oraciones además de esto muchas veces á la Virgen Santísima, al bienaventurado S. José y á los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, que parecia la hacian compañía á su lado izquierdo. Vió á un serafin y á muchos ángeles: Vió á Sto. Domingo en compañía de Cristo nuestro Redentor, prometiéndola ayudarla en sus fundaciones, y otra vez le vió en compañía de Sta. Catalina de Sena; á Sta. Clara la vió en el dia de su fiesta, la cual la prometió ayuda, y despues á S. Francisco, y como pasado algun tiempo viese el que estaba pintado en la enfermería de Avila, dijo que se parecia

mucho al que estaba en el cielo. Vió tambien á S. Alberto, santo de su Orden, en compañía de Cristo. Vió los diez mil mártires el dia de su festividad, los que la prometieron acompañarla en la hora de su muerte. Vió muy glorioso al P. Fr. Pedro de Alcántara y á la Sta. madre Catalina de Córdoba, ermitaña de su hábito y mujer de admirable penitencia y perfeccion. Y finalmente, tuvo muchas visiones de almas que vió salir del purgatorio, otras ir al infierno y otras que estaban en pecado mortal, y tambien en su piadosa y exaltada devocion vió en el cielo las almas de su padre y de su madre. Otras muchas visiones tuvo la Santa, pues que su ardiente pasion á Dios, teniéndola más en el cielo que en la tierra y embriagada de amor divino, la hacia ver cuánto su gran fe podia alcanzar de la misericordia del Todopoderoso, que se complacia en presentar á su humilde sierva imágenes vivas de sus bondades para satisfacer sus deseos, procurarla consuelos espirituales, y dotarla de la ciencia para que pudiese enseñar la verdad de su doctrina y atraer las almas á su gracia.

Sobre todos los favores que la Santa recibió de Dios, cuando probada ya con tantas tribulaciones y trabajos, con tan delicados y penosos sentimientos fué renovada como el ave fénix en el fuego del amor divino que en ella ardia, fué muy particular aquel en que el mismo Cristo la desposó consigo, y fué de esta manera: Estando un dia para comulgar, aparecióla el Señor con gran resplandor y hermosura, y celebró con su esposa el divino ayuntamiento y desposorio, que explica de este modo Sta. Teresa: «Representóseme el Señor por vision imaginaria muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: Mira este clavo que es señal que serás mi esposa desde hoy, hasta hora no lo habias merecido. De aquí adelante, no sólo como á Criador, como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mia; mi honra es ya tuya y la tuya mia. Hizome tanta operacion esta merced, que no podia caber en mí y quedé como desatinada, y dije al Señor que ó ensachase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecia la podia sufrir el natural. Estuve asi todo el dia muy embobada: he sentido despues buen provecho y mayor confusion y afligimiento de ver que no sirvo en nada con tan grandes mercedes.» Y de allí adelante el ordinario lenguaje que entre Cristo y la Santa habia, eran estas palabras que el Señor la decia en su espíritu, con que su Majestad y ella se regalaban y enamoraban más cada dia: *Hija, ya eres toda mia, yo soy tuyo*, y deshecha de gozo, le decia la Santa: *Qué se me da á mí, Señor, de mí sino de vos*. Hallándose una vez rezando en el coro, fué levantada su alma en espíritu y mostróla el Señor la hermosura que este desposorio habia causado en su alma. «Parecíame, dice la Santa, ser mi alma como un espejo, clara toda, sin haber espaldas, ni lados, ni alto, ni bajo que no estuviese toda clara. Y

en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor como le suelo ver. Dióseme á entender que estar un alma en pecado mortal, es cubrirse este espejo de una gran niebla y quedar muy negro, y así no se puede representar ni ver este Señor aunque esté siempre presente dándonos el ser. El ilustrísimo prelado de Tarazona Fr. Diego de Yepes, del que ya hemos hablado, y que fué algun tiempo confesor de la Santa, nos cuenta en la vida que ya dijimos escribió de ella, algunas de las visiones que le consultó y de las cuales se han puesto en el libro de Santa Teresa, porque ella no las habia escrito por modestia. Dijole que habia tenido una revelacion en que Dios la habia dado á entender la hermosura de un alma en gracia, que viene á ser la del espejo clarísimo de que ya hemos hecho mencion. Manifestóle asimismo que mandándole un confesor que escribiese un tratado de oracion para sus hijas, y hallándose pensando, vísperas de la Santísima Trinidad, qué motivo tomaria para este libro, se le dió Dios mostrándole un globo hermosísimo de cristal, á manera de castillo, en el cual veia siete moradas y en la sétima, que se hallaba en el centro, estaba el Rey de la gloria con grandísimo resplandor, el que hermoseaba é ilustraba todas las demas moradas, viendo que todos los que estaban dentro de la cerca que rodeaba el castillo eran los que recibian luz gradualmente segun y que estaban más cerca de aquel centro luminoso, siendo todo tinieblas fuera de la cerca, por cuyo espacio andaban sapos, víboras y otros animales ponzoñosos; pero que despues vió que sin ausentarse el Rey de la gloria, desapareció de repente la luz y quedó el globo negro como el carbon y con la puerta abierta para que pudiesen entrar los animales ponzoñosos; y que en este estado quedaba el alma en pecado mortal. Por medio de esta vision la dió á entender el Señor claramente cuatro cosas: la primera, que estaba Dios en todas las cosas por esencia, presencia y potencia, lo cual hasta entónces no habia entendido. Esta vision la dió el motivo para su obra que tituló: *Castillo interior y moradas*, en el que inspirada por la divina gracia presentó siete grados admirables de oracion por los que como otra escala de Jacob, sube el alma hasta entrar en la sétima morada, en la que halla á Dios al fin de la escala, y donde está el tálamo del rey Salomon, y en fin, donde se celebra el matrimonio espiritual del alma con Dios nuestro Señor. Revelóla Dios, dice el piadosísimo prelado expresado, que se la habian perdonado los pecados y que se hallaba en gracia, pues que dice la Santa: «Vi á nuestra Señora hácia el lado derecho y mi padre S. José al izquierdo, que me vestian una ropa de mucha blancura: dióseme á entender que estaba limpia de mis pecados.» Y añade sobre este particular en otro punto: «Acuérdome que me dió en aquellas horas de oracion aquella noche un afligimiento grande de pensar si estaba en amistad de Dios. Entónces entendí, que bien me podía consolar y confiar que estaba en gracia; por-

que semejante amor de Dios y hacer su Majestad aquellas mercedes y sentimientos que daba al alma, que no se compadecia hacerse al alma que estuviese en pecado mortal.» Vese bien claro en estas revelaciones que Dios estaba de continuo en el alma de Santa Teresa, pues que todas ellas se conforman con la Santa Escritura, y doctrina de los santos, siendo todas ordenadas para provecho de la Santa y de otras personas, siendo admirable la claridad y certeza con que las cuenta y escribe, y el fuego de Dios que encienden en quien las lee, pues que parece que en cada palabra va una agudísima saeta que hiere y abrasa el corazon de quien las oye. Tambien se nota que entre tantos favores y particulares mercedes como á cada paso la hacia Dios, aún no se tenia la Santa por segura, ántes se ve que miéntras más favorecida estaba, más temerosa; miéntras más levantada, más humilde; y que miéntras más crecia su privanza, tanto más se acordaba del estado pobre y miserable que en otro tiempo, á su parecer, habia tenido. Pareciala, dice el reverendo P. Yepes, que las mercedes eran censo al quitar, y que las traia un rio caudaloso que se las llevaba á sus tiempos; pero que sus pecados estaban como cieno, dándole de continuo mal olor y pena á su memoria. Temia siempre no la dejase Dios de su mano para ofenderle y verse otra vez en el estado del pecado. Acudia siempre en sus dudas y vacilaciones á su Esposo, pronunciando amorosamente su nombre, en la persuasion de que por este camino debia marchar, pues que los grandes santos no habian ido por otro, razón por la que S. Pablo nunca dejaba de llamar á Jesus; á san Francisco por mucho llamarle á sí, le imprimió sus sacratísimas llagas; san Bernardo llevó siempre consigo el hacecillo de mirra de la cruz de Cristo, y lo propio hizo Santa Catalina de Sena.

Llegó á Avila el santo religioso Fr. Pedro de Alcántara, comisario á la sazón de los Padres descalzos del glorioso S. Francisco, varón de gran piedad y de ejemplar vida, por lo que disfrutaba en toda España de una justa reputacion. A este siervo suyo eligió Dios para columna y cimiento de la nueva reforma de los descalzos de su Orden, que se hizo en su tiempo. No conocia Sta. Teresa á este Santo sino de oidas; pero le trataba una señora de la ciudad tan de noble sangre por su antiguo linaje, cuanto piadosa y virtuosa, la cual se llamaba D.^a Guiomar de Ulloa, que era muy amiga de la Santa. Deseosa esta señora de que Teresa pudiese recibir lecciones de tan sabio maestro, sin decirle nada á ésta, alcanzó licencia de su provincial para que estuviese el Padre en su casa por espacio de ocho dias, y tanto en ella como en la iglesia, habló la Santa y comunicó su espíritu con este santo varón dándole completa cuenta de su vida, sin omitir cosa alguna. Como los buenos espíritus se conocen á la primera vista y entienden fácilmente desde luego, S. Pedro de Alcántara conoció inmediatamente que aquella mujer es-

taba llena de Dios y escogida por su misericordia divina para que obrase grandes cosas y edificase por su virtud. Confesóse desde entónces la Santa con el virtuosísimo Pedro en los días que estuvo en la ciudad, prodigándola sábios consejos y consolando su alma con las dulzuras del Evangelio, y como advirtiese que en aquella poblacion no habia quien la entendiese, habló al P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, religioso de grande espíritu y santidad, que era entónces el confesor de la Santa, y dióle muchas razones, aprobando la conducta espiritual y temporal de la Santa, y rogándole la mantuviese en ella sin inquietarla en contrario, dejando ántes de irse á la sierva de Dios asegurada de sus temores y satisfecha del camino que llevaba, si bien no por eso dejó de temer, pues como dice el P. Yepes, «este lastre ha menester el navio de nuestra carne para que no sea llevado fácilmente del viento de la vanagloria; y es ordinario en Dios poner estos miedos y aconsejarlos á los que gozan de revelaciones. Por esta razon la primera regla que dió á Sta. Catalina de Sena, para no ser engañada, fué temer siempre lo peor, porque como la divina Escritura dice: Bienaventurado el varon que siempre está temeroso. Y es cierto que en perdiendo el miedo á nuestra flaqueza, á nuestras inclinaciones y resábios, á la potencia del demonio y á la miseria nuestra, luego nace en nosotros un espíritu de contentamiento propio, y una seguridad y confianza que fácilmente nos desvanece y derriba.» Viendo la Santa que no habia en Avila confesor tan sabio como ella deseaba para poderse comunicar con él, la pareció no la quedaba más recurso que dar cuenta de si á la Iglesia y esperar su juicio para regirse por él. Llegó á la sazón á la ciudad, haciendo la visita de costumbre el licenciado Salazar, inquisidor que murió despues obispo de Salamanca, y como le consultase lo que sentia en su alma, la contestó que aquello no pertenecía á su tribunal, al que solo tocaba enmendar y castigar lo que era culpa, y que nada tenia que temer como no se dejase llevar á mal alguno. Aconsejóla escribiese cuanto sentia y habia pasado por ella, y que lo enviase al padre maestro Avila, que tenia entonces mucha fama en las Andalucías, porque era varon de mucha piedad y virtud y muy letrado, por lo que no dudaba la entenderia y podria aconsejar con provecho de su alma. Aprobaron el consejo los confesores de la Santa y el padre maestro Fr. García de Toledo, fraile dominico, comisario de Indias, que era el principal, la mandó escribiese su vida, y obedeciendo Sta. Teresa lo hizo así, mandando despues el manuscrito á este padre para que él le remitiese al maestro Avila. Notable fué la carta que escribió la Santa á su confesor, que se hallaba ausente de la ciudad, para remitirle el expresado manuscrito que habia hecho por obediencia, y no ménos notable fué la contestacion que dió el maestro Avila, que conoció en la lectura de aquel escrito los pasos por los que Dios llevaba á su

sierva, lo que tuvo desde luego por obra del Señor: ambas cartas inserta el P. Yepes en la historia de la Santa, al hacer el elogio de aquel sabio maestro, gloria de nuestra España, á la que ilustró y honró con su piedad y religiosísimas obras que por lo conocidas no citamos. Informaron á este virtuoso varon otras muchas personas piadosas de la santidad de Teresa, al que por uno de sus confesores, que sospecha Yepes fuese jesuita, se remitió tambien una relacion del espíritu y modo de oracion de la santa Madre, que es un verdadero y edificante elogio de sus virtudes y santidad, la cual inserta Yepes en su obra, por haberse encontrado un borrón de ella en el convento de la Encarnacion de Avila. Pudiera añadirse á éste tambien como elogio el tratado larguísimo que escribió el P. Mtro. Fr. Pedro Ibañez, rector del colegio de S. Gregorio en Valladolid, y confesor por espacio de muchos años de la Santa, aprobando su espíritu con muchos textos de la Sagrada Escritura y de los Santos.

Mucho consoló á Sta. Teresa el saber que el P. Mtro. Avila aprobaba su conducta y que habia comprendido su corazon; y así es que procedió en lo sucesivo con más seguridad, pero siempre con precaucion y recato, entendiendo que con los que habla Dios dándoles semejantes visiones, se disimula á veces tambien el demonio, fingiéndose ángel de luz, para intentar remedar lo que Dios hace. Como el fuego divino en los que logran encenderle en su corazon siempre va en aumento, á pesar de lo que hemos dicho, andaba la Santa siempre buscando cómo agradar más á su divino Esposo, y así es que inventaba mil modos de afligir y castigar á su cuerpo y nada satisfacía su amorosa pasion. Doliase de los que padecian penas eternas por sus pecados, y quisiera poderles redimir y sacar del infierno en que se hallaban, á costa de su vida. Dábala grandísima pena ver las muchas almas de los luteranos que se condenaban, y ansiaba sacarlas de aquel miserable estado, á cuyo fin no cesaba de importunar al Señor de dia ni de noche con oraciones y lágrimas por el remedio de tantos males, y su espíritu no se agababa con estos cuidados. Afligiase mucho de ver las ofensas que hacia el mundo á su amado; sentia sobre manera el estrago que por aquellos tiempos habia hecho la herejía en Francia y Alemania, y para restaurar cuanto pudiese por su parte el daño que el demonio hacia á la Iglesia, ideó resucitar el primitivo rigor de la regla del Cármen que dió S. Alberto, patriarca de Jerusalem, el año 1161, á los ermitaños del Monte Carmelo junto á la fuente del Profeta Elias. En el monasterio en que estaba la Santa se guardaba esta regla; pero habia sido mitigada primero por Inocencio IV, el año 1248, y despues por Eugenio IV, el de 1431, y además habia habido otras mitigaciones pontificias, de suerte que se habia desfigurado mucho la regla de fundacion, relajado mucho en las costumbres y llegado hasta tal punto la inconveniencia de

que no se guardaba clausura en el monasterio de religiosas como hemos visto. La regla que S. Alberto dió á los monjes del Carmelo, es una de las más austeras y rigorosas que tiene la Iglesia católica, y por esto mismo la gustaba á la Santa, que deseaba el mayor grado de penitencia para alcanzar el más alto lugar de perfección por su medio, y porque creía en su piedad que de este modo se ilustraba más á nuestra sacrosanta religion, y que por su medio podria aplacarse la ira de Dios, ofendido de los desacatos y demasías de los protestantes, secta nacida del infierno para perseguir á las almas, y tolerada por Dios para probar la fe de los católicos, de los verdaderos fieles. Desde que nació en la Santa la idea inspirada por Dios de la reforma de la Orden, no pudiendo dudar de los favores de su divino Esposo que la concederia esta gracia, no cabia de contento, considerándose en una casa pobre, vestida de un saco, junta con otras de su espíritu y ocupadas todas en la oracion, sin locutorios ni redes, desasidas de las gentes de mundo y puesto el corazon en su Esposo. Discurria los medios de poner en ejecucion su proyecto y de vencer todas las dificultades, que no dudaba se opondrian, para lograr la licencia de los preladós y encontrar los medios materiales indispensables para ello, y no los hallaba tan á su gusto y prontos como deseaba, lo cual la tenia en una penosa impaciencia, hasta que Dios quiso sacarla de ella de una manera muy sencilla: pues con pequeños principios comienza el Señor por lo comun las cosas mas grandes, y así sucedió con la reforma de las Carmelitas descalzas.

Tenia Sta. Teresa una sobrina, llamada doña María de Ocampo, que fué despues monja descalza con el nombre de María Bautista, á la cual profesaba especial cariño. Hallábase esta señora á la sazón como seglar en el monasterio de la Encarnación de Avila, y tratando un dia de cuán pesada vida se llevaba en aquella casa por haber en ella mucha gente, dijo esta señora que sería bueno que las que estaban allí en corro conversando, se fuesen á tener vida más solitaria, á manera de ermitañas; y tratando de este punto en la conversacion, ofreció la María dar mil ducados de sus rentas para la casa de las que quisieran hacer aquella vida. Alegróse la madre Teresa de ver que hubiese quien en medio de sus galas y vanidad, se mostrase tan celosa de obra tan contraria de lo que su hábito exigía. Siguiendo la Madre en su propósito, trató del asunto con su amiga, la ya mencionada señora doña Guiomar de Ulloa, que la pareció muy buena la idea, y ofreció ayudar á una obra tan meritoria. Empezaron ambas amigas con muchas veras á encomendarlo á Dios, y pensando en ello la Santa, un dia al acabar de comulgar, vió en medio de su fervorosa oracion al Señor, que la dijo claramente intentase lo que proyectaba, porque era de su agrado, como lo expresa la Santa en estas palabras: «Mandóme mucho Su Majestad lo procurase con

todas mis fuerzas , haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio , y que se serviría mucho en él , y que se llamase San José , y que á la una puerta nos guardaría Él , y nuestra Señora á la otra , y que Cristo andaría con nosotras , y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor , y que aunque las religiones estaban relajadas , que no pensase se servía poco en ellas ; que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos ; que dijese á mi confesor esto que me mandaba , y que le rogaba Él que no fuese contra ella ni lo estorbase.» Con semejante vision , que se la repitió el Señor varias veces , lo manifestó á su confesor , el cual se vió en grande aprieto , y no atreviéndose él á aconsejarla sobre aquel particular , la remitió á su padre provincial Fr. Angel de Salazar , varon religiosísimo y amigo de reformas en el concepto del mejor servicio de Dios , y consultado éste por doña Guiomar , le pareció bien el proyecto y les ofreció darlas su licencia para la ejecucion de él. Habia escrito ántes Sta. Teresa al P. Fr. Pedro de Alcántara pidiéndole su parecer , el cual la respondió que le parecia bien la obra que proyectaba , y que no dejase de hacerla , porque serviría mucho á Dios en ello. Además de estos , consultó tambien el caso con el P. Fr. Luis Beltran , cuya santidad resplandecía á la sazón en España como una estrella. Respondió el Santo á la madre Teresa , segun el maestro Fr. Vicente Justiniano en las adiciones que hizo á la Vida del P. Fr. Luis Beltran , con una carta en que decia : «La bienaventurada madre Teresa de Jesus , fundadora de las descalzas y descalzos Carmelitas , en los primeros años que trató de fundar la reformation de su Orden , procuró consultar su intento con muchas personas espirituales , particularmente con el P. Fr. Luis Beltran. Envióle una carta , y dióle cuenta de su deseo y de algunas revelaciones que habia tenido sobre ello. El P. Fr. Luis , encomendando á Dios en sus oraciones y sacrificios los buenos intentos de ella , al cabo de tres ó cuatro meses la respondió lo siguiente : *Madre Teresa , recibí vuestra carta , y porque el negocio sobre que me pedís parecer es tan en servicio del Señor , he querido encomendárselo en mis pobres oraciones y sacrificios , y esto ha sido la causa de haber tardado en responderos : agora digo en nombre del mismo Señor , que os animeis para tan grande empresa , que Él os ayudará y favorecerá , y de su parte os certifico , que no pasarán cincuenta años que vuestra religion no sea una de las más ilustres que haya en la Iglesia de Dios , el cual os guarde. En Valencia.* Muy contenta estaba la Santa al ver aprobado su proyecto por personas tan idóneas , santas y respetables ; pero como se divulgasen por Avila sus designios , el demonio , que conoció el daño que de la fundacion le iba á resultar , levantó un alboroto en la ciudad , tan grande , que no es para descrito. Despertáronse las burlas y mofas de unos y el desprecio de otros , que tenían por un disparate el proyecto de la Santa , al que

no sólo se oponía el pueblo, si que tambien hombres sabios y espirituales, llegando hasta el punto de negar la absolucion á doña Guiomar por esta causa, con lo cual se afligió mucho la Santa; pero consultando el caso con Dios en la oracion, como llegase á comprender que su voluntad era siguiese en su propósito, recordándola las contradicciones y aún persecuciones que habian sufrido los Santos fundadores de religiones, se consoló y no desmayó, á pesar de que además del alboroto del pueblo, tambien se pronunciaron contra ella las monjas de su monasterio, por lo que el Provincial retiró las licencias que para la reforma habia dado. La madre Teresa y doña Guiomar, que eran el blanco á que dirigian sus tiros los murmuradores y enemigos de la nueva fundacion, escribieron á Fr. Pedro Ibañez, presentado de la orden de Sto. Domingo, dándole la primera las razones en que apoyaba su reforma, y la segunda la renta que pensaba dar al monasterio, ocultándole las revelaciones, porque queria que sus negocios se juzgasen por el Evangelio y las demas reglas de la Iglesia. Encargóse el P. presentado de hacer cuanto pudiese, y ántes de los ocho dias en que le exigieron respuesta, contestó á la Santa llevase cuanto ántes á cabo su proyecto, pues que se habia persuadido ser obra de Dios, que le habia elegido por instrumento para ponerla en ejecucion. Ya no esperó más la Santa, y concertándose con su amiga, trataron de comprar la casa en que despues al fin se estableció el monasterio; pero cuando ya iban á firmarse las escrituras, intervino el demonio de tal modo en el negocio, que el alboroto que produjo obligó al Provincial á evitar la fundacion, y al confesor de la Santa á ordenarla no volviese á ocuparse de esto, con cuya sentencia la humilde Sta. Teresa se conformó, y cesó por entónces en su obra, con gran sentimiento, pero resignada, á pesar de que quedó hecha la burla y la befa del pueblo y de sus monjas, que la insultaban de la manera que cuenta ella misma en el cap. xxxiii de su Vida, llamándola *loca, poco amiga de su monasterio, por lo que la debian meter en la cárcel*, y otras cosas que sufría con gusto, pues que hacia sacrificio al Señor de su amor propio y ejercitaba su humildad y paciencia en honor de su querido Esposo. Dios habia ordenado á su sierva la reforma de su Orden, y sin embargo, la abandonó en sus primeros pasos; pero esto fué para probar su fe, para acerar su fortaleza y premiar despues su constancia con el vencimiento, todo lo cual habia de ceder en honra y gloria de su omnipotencia, dicha de la Santa y bien de muchas almas. Hasta el padre Baltasar Alvarez, confesor de la humildísima Teresa, se la volvió, escribiéndola una carta, en la que calificó de sueños sus revelaciones y visiones, y ordenándola se enmendase en lo sucesivo, para librar de nuevos escándalos á aquel pueblo y monasterio; carta que afligió mucho á la Santa en medio de los trabajos y persecuciones que sufría. Acudió Sta. Teresa de nuevo

á Dios por medio de la oracion, y éste la dió grandes consuelos que mitigaron su pena. Llegó á Avila el P. Ibañez, y uniéndose á ella y á doña Guiomar, escribieron á Roma, pidiendo á Su Santidad les expidiese un breve para la fundacion, y empezaron á crear atmósfera favorable, que se opusiese á los que se oponian por sugerencias malignas ó por interés á la obra intentada. Llegó tambien á Avila de rector el P. Gaspar de Salazar, varon religioso y experto en el modo de traer las almas por el buen camino; vió á la Santa y confesóla, y desde luego conoció que Dios estaba en su alma, y que nada podia pensar ni hacer en lo que no tuviese toda ó alguna participacion el Señor de los señores. En una de sus oraciones más fervorosas, la llevó Dios á su alma, como mandato, para que le repitiese á su confesor, el versículo: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine, nimis profunde factæ sunt cogitationes tuæ* (Psal. XCI). Escribiólo así la Santa á su confesor, y meditando éste el sentido del versículo, vió claramente le decia Dios que por medio de una mujer habia de mostrar sus maravillas; y convencido de la voluntad del Señor, la contestó que volviese á tratar con energía de la fundacion del monasterio. No aguardó á más la Santa; pero deseando llevar á cabo su intento en un principio lo más secretamente posible, para que no se malograra otra vez, llamó á su hermana doña Juana Ahumada que viniese á Avila, y luego que la informó del caso, compró ésta en su nombre la casa destinada á monasterio. Verificada la compra, se empezó á obrar en nombre de doña Guiomar de Ulloa, que daba parte de lo necesario para los trabajos, y la Santa tuvo que suplir todo lo demas, lo que hizo adquiriendo metálico por medio del auxilio de Dios, que la proveyó de él por caminos tan extraordinarios, que ella misma se maravillaba. Parecióle chica la casa comprada á la Santa, y como esto la llevase afligida, recordó que Dios la habia expresado en una de sus revelaciones que Él proveeria; y como viese tambien en ella á Sta. Clara, exhortándola á que se esforzase en llevar adelante lo comenzado, que ella la ayudaria, ya no vaciló y pasó adelante con la obra. Cuando estuvo ésta ya muy adelantada, empezó á pensar cómo ponerlo en conocimiento de su Provincial, cosa indispensable, pues que habia de darse á la obediencia; pero como Dios la inspirase que convenia no darse á la obediencia en un principio, y si acudir á Roma por la via que la sugirió, no dió cuenta alguna á su prelado, encomendando esta falta conveniente á la Santísima Virgen, de quien tan devota fué siempre, y al glorioso patriarca S. José, en cuyo nombre se edificaba el monasterio, y la Virgen la oyó en una piadosísima vision que refiere en su vida, se determinó á dar la obediencia al Obispo, y no á la Orden por entónces. Cuenta el P. Yepes, que hallándose un dia la Santa en Sto. Tomás de Avila, oyendo un sermón con su hermana, tratando el predicador de revelaciones, reprendió de tal

modo y tan ásperamente á la madre Teresa como si hubiera cometido el mayor de los pecados; imprudencia y falta suma de caridad en quien ocupa la cátedra del Espíritu Santo, que hasta para reprender el verdadero pecado y la superstición debe ser prudente y comedido, cuando su peroración puede producir escándalo ó daño inmediato, como aquí pudo muy bien suceder; en lo cual el que reprende el pecado peca más, en nuestra pobre opinión, que el que cometió el pecado que reprende. Doña Juana, la hermana de la Santa, estaba afrentada y muy corrida de lo que decía el predicador, y más tal vez porque todo el auditorio fijaría en ella la vista; pero la Santa se mostraba alegre y gozosa, como pudiera estarlo la que oyera de sí loores y alabanzas, pues que este acto de mortificación era un sacrificio que ofrecía á su amado Esposo. Sucedió también que hallándose jugando en el convento que se edificaba un niño de doña Juana, cayó un pedazo de pared, que cogió debajo al niño y le dejó sin señal alguna de vida: avisaron del caso á la madre Teresa, que se hallaba en casa de doña Guiomar; corrió la Santa á la obra, tomó en sus brazos al niño, por el que su madre daba grandes voces, deshecha en lágrimas, y en una ardentísima oración que dirigió á Dios, se vió al niño, que se creía muerto, volver en sí quedando sin lesión alguna, como lo cuenta la señora Guiomar en una carta que escribió al padre maestro Fr. Luis de Leon, que vió el prelado Yepes; y esto, que se tuvo por milagro por cuantos lo presenciaron, fué preparando los ánimos á favor de la Santa, á pesar de lo que trabajaba el demonio por desacreditarla.

A pesar de hundimientos de consideración, que suscitó sin duda el demonio, en el monasterio que se edificaba, éste llegaba ya casi á su terminación, cuando tuvo Sta. Teresa que ausentarse de Avila en virtud de obediencia, lo cual fué causa de que algunos creyesen que con esto terminaría la proyectada reforma, siendo así que precisamente era lo que habia de afirmarla. Murió en Toledo Arias Pardo, caballero de los más nobles y principales de Castilla y de muchas riquezas. Su mujer, llamada doña Lucía de la Cerda, hermana del duque de Medinaceli, quedó tan dolorida por la muerte de su esposo, que se temió que la pena acabase con su vida. Habia ya llegado á Toledo la fama de la santidad de la madre Teresa de Jesus, y noticiosa de esta nueva estrella del Carmelo, aquella piadosa y afligida señora alcanzó con su influencia licencia del P. provincial Fr. Angel de Salazar, el que mandó desde el punto en que se hallaba á Sta. Teresa, con precepto de obediencia, partiese para Toledo con otra de sus compañeras. Obedeció la Santa, y llegó á Toledo la víspera de la Natividad del Señor del año de 1571. Mucho sintió la Santa salir de Avila, no por las incomodidades del viaje, que estas la servian de penitencia, sino por lo que su ausencia podia perjudicar á la conclusion de la obra del monasterio y á la pronta realizacion

de sus deseos ; pero como Dios la hiciese ver, en un gran arrobamiento que tuvo hallándose en maitines, que convenia su ausencia en tanto llegaba el breve pedido á Roma, y que este viaje seria muy feliz para sus designios, marchó y llegó á Toledo consolada y llena de esperanza en el auxilio divino. Cobróla la señora doña Lucía de la Cerda grande aficion al verla tan asistida del divino espíritu, que de esto resultó el que despues fundase un monasterio en la villa de Malagon ; pero la Santa, al verse tan regalada y obsequiada en un palacio, estaba con impaciencia y temerosa de que con esto se despertasen en su corazon las ideas y vanidades mundanas, que tanto la habia costado adormecer en él, y esto hizo que redoblase su oracion y penitencias secretas. Su santidad fué causa de que variasen por completo las costumbres en la casa de aquella señora, en la que todos miraban con respeto á la madre Teresa, espiándola para contemplarla en sus trasportes y arrobamientos, con los cuales todos se fervorizaban. Llegó á Toledo el P. Fr. Vicente Varon, presentado de la Orden de Sto. Domingo, con quien la Santa habia conversado algunas veces, y le cautivó de tal modo ésta, que arveció en la oracion y penitencia, y llevó despues una vida edificante y santa. Tuvo noticia Sta. Teresa de una beata de su Orden, á la que, en el mismo año y mes que á la Santa, habia inspirado Dios fundase un monasterio semejante al que ésta traia entre manos. Llena de fe la beata en su proyecto, habia vendido cuanto tenia, y yéndose á Roma á pié y descalza, trajo los despachos para su monasterio, y á fin de verse con la Santa rodeó más de sesenta leguas. Llamábase la beata María de Jesus, y ambas se holgaron mucho al ver su conformidad de ideas, y despues de que hubieron conversado largamente, fuése la beata á Alcalá, en donde fundó un monasterio de Carmelitas descalzas. Manifestó á la Santa la beata, que la regla primitiva del Cármen prohibia tuviesen renta los monasterios, pues que así plugo al gran patriarca Alberto de Jerusalem, cuando se la dió á los del Monte Carmelo y de los demas desiertos de la Palestina el año 1171, y que despues el papa Inocencio IV les concedió pudiesen tener algunas caballerías para el servicio. Alegróse mucho de saber esto la Santa, que concibió desde luego y cobró grande amor á la santa pobreza, y decidió conservarla desde el principio en su monasterio, á pesar de que sus mismos confesores se opusieron á ello, diciéndola que era un desatino, pues que la caridad estaba muy resfriada y diferente de otros tiempos, y hasta su antiguo confesor Fr. Pedro Ibañez, ya citado, fué de esta opinion. La Santa consideraba que la renta era madrastra de la penitencia, la sobornadora de regalos y la enemiga de la templanza, viniéndosela á la imaginacion los daños que han sobrevenido á los monasterios de la superfluidad y de la abundancia; y mejor lo diria si hubiese vivido en nuestros tiempos, en los que esta

abundancia ha sido la causa principal de la extincion de las comunidades religiosas, por el deseo de los poderosos de apoderarse de sus bienes y rentas. Empero, como su idea de vivir en la pobreza tenia tantos opositores, tal vez la hubiera abandonado si no la fijase en ella el ya citado Fr. Pedro Alcántara, á quien lo consultó, cuyo virtuoso padre fué apasionado á la pobreza, porque sabia bien las riquezas que en ella se encierran, y que sólo conoce y gusta el que con la obra las experimenta. «Preciosa joya es, dice el prelado Yepes, en las religiosas la santa pobreza, y dichosa es la que voluntariamente posee tan gran tesoro, pues áun cuando está tan escondida al mundo, no lo está para los amantes de Cristo, que reciben con creces los intereses de este tesoro;» así lo vió la Santa por revelaciones del cielo, y desde entónces se decidió á que la reforma que proyectaba, practicase la pobreza como uno de sus principales deberes.

A los seis meses de estar la Santa en Toledo, la dió su provincial licencia para volver á Avila, pues debiendo elegirse priora en su convento de la Encarnacion, debia asistir al capitulo. Supo la Madre ántes de emprender el viaje, que se trataba entre sus monjas de nombrarla priora, y esta noticia la afligió sobremanera, porque queria mejor obedecer que mandar, en lo que andaba muy avisada, puesto que es más fácil lo primero que lo segundo, en que no sólo hay que responder de las faltas propias á Dios, si que tambien de las de los subordinados, porque muchas veces son causa de la falta de vigilancia, ó de disposiciones del que manda. Apresuróse á escribir á sus amigas no la diesen el voto, y determinó no salir de Toledo hasta que supiese se habia hecho la eleccion. Muy contenta estaba la Santa con esta resolusion; pero Dios la hizo ver en la oracion debia ir á Avila, y como consultándolo con el confesor éste la obligase á ello como impuéstó de penitencia, afligióse mucho; pero hija de obediencia, salió de Toledo para Avila, con sentimiento de aquella señora, á la que prometió volver á verla á Toledo algun dia. Premió Dios la obediencia de Sta. Teresa muy á su gusto, pues que la misma noche que llegó á Avila, llegó tambien el despacho y breve de Roma para que se hiciese su monasterio, y fué coincidencia que á todos maravilló, así como que se hallase allí tambien el Obispo á la sazón, que comúnmente estaba ausente, y que hubiese llegado al propio tiempo el seráfico P. Fr. Pedro de Alcántara y el caballero Francisco Salcedo, que se contaban en el número de los protectores de la santa Madre; de suerte que todo se dispuso por Dios para dar á entender habia llegado el momento de la fundacion proyectada. El breve declaraba que las monjas de la nueva fundacion habian de prestar su obediencia al Obispo, y así se lo pidieron á éste Fr. Pedro y el caballero Salcedo, haciéndole ver la santidad de Teresa. Alguna repugnancia puso el prelado á la fundacion de un

monasterio de monjas pobres; pero convencido de las razones que le diera el seráfico Pedro, que murió á poco en olor de santidad, prometió ayudar la fundacion, y empezaron á hacerse las diligencias para ello con el mayor secreto. Como fuese necesaria la presencia de la Santa para terminar este asunto, y no pudiese salir de su convento sin motivo fundado, proveyó Dios á esta necesidad haciendo que enfermase su cuñado D. Juan de Ovalle, y saliendo la Santa para asistirle, en este tiempo negoció cuanto para la fundacion fué necesario. Acomodó la Santa en la casa habilitada para monasterio, una pieza pequeña para iglesia, con una rejita de madera doble y bien espesa por donde pudiesen oír misa las religiosas, y dispuso todo lo demas en aquel pequeño recinto, que revelaba por todas partes la humildad, pobreza y penitencia de los que habian de habitarle. Luego que tuvo el redil buscó á las ovejas, y á este fin puso la vista en cuatro doncellas pobres y huérfanas, de buenas cualidades, llamadas Antonia de Enao, que despues tomó el nombre de Antonia del Espiritu Santo, recomendada por el seráfico Fr. Pedro de Alcántara; María de la Paz, que habia servido en casa de doña Guiomar, la que despues se denominó María de la Cruz; Ursula de los Santos, recomendada por el maestro Daza, y María de Avila, hermana del P. Juan de Avila, que fué uno de los que más ayudaron á la Santa, y que despues se llamó María de S. José. La santa Madre, que hasta entónces se habia llamado doña Teresa de Ahumada, tomó el nombre de TERESA DE JESUS, y quiso que en lo sucesivo todas las monjas de su Orden cambiasen el nombre, para que ni áun en esto hubiese resabio del mundo. Terminada la obra del pequeño monasterio, dada la obediencia al Obispo, prontas las piedras vivas que habian de ser el fundamento del edificio espiritual y templo vivo de Dios, y ya todo dispuesto al efecto, se dispuso dar principio á la fundacion el día de S. Bartolomé, apóstol.

El día 24 de Agosto de 1562, rigiendo la nave de S. Pedro el papa Pio IV, reinando en España el piadoso rey D. Felipe II, y siendo general de la orden de nuestra Señora del Cármen el Rdo. P. Fr. Juan Bautista Rubeo de Rávena, se colocó en la nueva iglesia el Santísimo Sacramento, y se dió el hábito á las cuatro expresadas doncellas con gran solemnidad; con lo que quedó fundado el monasterio, que se dedicó al glorioso S. José, y principiada la nueva reforma de la Orden Carmelitana. Fundóse precisamente este monasterio en el mismo día que tomaron á Chipre y destruyeron en esta isla un convento del Cármen, que habia de la primitiva regla, que era el último de los que se sabia la guardaban; de suerte que fué providencia divina, que al concluir la única comunidad que observaba la regla de S. Alberto dada al Carmelo, se levantase otra para que renaciese de sus propias cenizas. Sujeta la santa Madre á la obediencia de su Provincial, hecha la

fundacion, se volvió á su monasterio de la Encarnacion hasta que se le levantase el voto; pero cuidaba del nuevo monasterio visitándole á menudo, con licencia de su expresado prelado. Como el demonio, luego que ve que se le escapa un alma, hace los mayores esfuerzos por detenerla entre sus garras, y verificada una obra buena pone todos los medios posibles para destruirla, se introdujo entre el pueblo y entre las religiosas del monasterio de la Encarnacion, y haciéndoles ver los muchos daños que la nueva fundacion podia traer á la ciudad y á la Orden, promovió contra la Santa tal alboroto, que asustada la prelada de aquel monasterio, llamó á él con gran prisa á la madre Teresa, que dejando contristadas á las cuatro monjas fundadoras, obedeció á su superiora. Llamó ésta al padre provincial Fr. Angel de Salazar, y luego que llegó, fué llamada á juicio, como refiere la Santa, y se la dió en él una severa reprehension; pero como la humildad de la Santa dejase satisfecho al Provincial, éste se dió por convencido, y prometió darla licencia para que se fuese con sus monjas, luego que se apaciguase la ciudad. Como ésta, sugerida por los enemigos de la Santa excitados por el demonio, se hallase en alarma, se reunió el Ayuntamiento con el Corregidor, personas más principales, y en representacion de las religiones los abogados más famosos, y discutiéndose sobre el particular, se propuso con mucho calor deshacer la nueva fundacion hecha, y que se quitase del nuevo monasterio el Santísimo Sacramento y mandase á las cuatro monjas á sus casas: tan peligrosas son las innovaciones en todas las cosas, aun cuando sean buenas como esta, hasta que Dios muestra su voluntad, convenciendo á las gentes de su utilidad ó de la manera que más cumple á sus fines. Salió en contra de aquella precipitada resolucion el P. Mtro. Fr. Domingo Bañez, de la orden de Sto. Domingo, y catedrático de teologia de la universidad de Salamanca, y probando que este negocio pertenecia al Obispo y no á la ciudad, logró calmar algun tanto los ánimos y que se suspendiese todo procedimiento por entónces. Puede fácilmente concebirse el afflictivo estado de la Santa, al verse acosada por toda una ciudad tan principal como lo era entónces Avila; de todas las religiones, incluso la suya, que no dejaban de zaherirla hasta en el púlpito; del cabildo en mucha parte y de las personas más poderosas de la provincia. Calumniábasela de mil maneras, hasta el insulto, por el vulgo y aun por gentes que se creen superiores, llamándola embaucadora, hipócrita y apostrofándola con mil apodos, entre los que algunos de ellos atacaban hasta su honra; pero la Santa, en medio de tan fuerte borrasca, se mantenía entera en su propósito, porque tenia fe en él y esperaba que Dios, que se le habia inspirado, no podia abandonarla, sino que para mejor probar su perseverancia la hacia experimentar aquella turbacion; y así es que al propio tiempo que la tempestad crugia sobre su cabeza, escribia con calma á su amiga doña Guiomar

que se hallaba en Toro, la enviase misales y una campanita para el monasterio. Como no parasen los alborotos contra las nuevas monjas en la ciudad, se dirigió el Corregidor al monasterio de S. José, y mandó á las monjas se saliesen de él, porque si no las rompería las puertas. Resistiéronse con humilde energía aquellas cuatro piadosas mujeres, diciendo que no lo harían sin mandato de su prelado, pues que á él no le reconocían para nada en este asunto. Viendo la ciudad que sin escándalo público y menoscabo de la autoridad del Obispo no podía destruir la nueva obra, entabló pleito ordinario, que se llevó al Real Consejo de Castilla, acompañado de buenos abogados que le defendiesen. Como la priora de la Encarnacion prohibiese á la Santa tratar nada sobre su fundacion, tomaron la defensa de la Santa los virtuosos clérigos maestro Daza, que fué á mirar por su causa á Madrid, y Gonzalo de Aranda que, quedándose en Avila, logró aplacar al irritado Corregidor y al Ayuntamiento. Propuso el Ayuntamiento á la Madre que tuviese renta el monasterio, y entónces no se opondria á él; pero la Santa desechó esta proposicion por inspiracion divina. En tanto el Obispo, proveia á las cuatro religiosas de confesores ilustrados que las enseñasen; pero la ausencia de su fundadora las tenia contristadas como ovejas sin pastor. Llegó á Avila el P. presentado Ibañez, de quien ya hemos hablado, y se esforzó tanto en dar á conocer la virtud de la Santa, que logró al fin convencer á los más tenaces opositores, aplacar al vulgo en sus prácticas á este fin, y que el P. Provincial del Cármen la diese licencia para que fuese al monasterio de S. José y gobernase y enseñase á las monjas, como así se verificó, gracias al respeto y veneracion que la ciudad tenia á este ilustrado religioso dominico. A los seis meses de estar la Santa como prisionera en su convento de la Encarnacion, un dia del mes de Marzo de 1563, fué cuando se la dió licencia de irse con sus monjas, las que la recibieron con gran alegría, y sobre esto dice en su vida: «Fué grandísimo consuelo para mí el dia que vinimos: haciendo oracion en la iglesia ántes que entrase en el monasterio, estando casi en arrobamiento, ví á Cristo que con grande amor me pareció que me recibia y ponía una corona, agradeciéndome lo que habia hecho por su Madre. Otra vez, estando todas en el coro despues de completas, ví á nuestra Señora, con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecia ampararnos á todas, entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor á las de esta casa.»

El pueblo, en quien se imprime lo bueno y lo malo fácilmente como en débil cara conforme á la habilidad del que le maneja, y que hoy aborrece lo que ayer amó, y al contrario, segun y quien le dirige, luego que los enemigos de la Santa dejaron de concitarle contra ella, fué tomando aficion al nuevo monasterio y acabó por tenerle mucha devocion, hasta el punto de

ser tan verdaderos defensores de esta fundación, como fanáticos enemigos habian sido de ella, y las personas principales, que fueron aprendiendo la santidad de la madre Teresa, no tardaron en hacerse un deber de elogiarla y de proteger su obra. Al salir Santa Teresa de la Encarnación, se llevó consigo, con licencia del Provincial, á cuatro monjas que quisieron seguirla y fueron: Ana de S. Juan, María Isabel, Ana de los Angeles ó Isabel de San Pablo. No queriendo la Santa mandar y sí obedecer, hizo priora de la nueva comunidad á Ana de S. Juan, y superiora á Ana de los Angeles; pero el Provincial no se conformó con este arreglo, y persuadido de que nadie puede mejor llevar á cabo una obra que el que la ha concebido y educado, y que Teresa era la madre y maestra de aquellas siervas del Señor, la obligó á ser la priora, y no tuvo más remedio que obedecer y ejercer su oficio. Empezó la Santa por enseñar á las monjas sus deberes y amaestrarlas en la oración y en el amor á Dios. Con aprobación del Obispo, que era entonces su prelado, les dió una ordenanza sujeta á la perfecta observancia de la primitiva regla de la orden Carmelitana, que era la que quería por inspiración divina se guardase en aquel monasterio. Ordenó el recogimiento, cerrando los locutorios y prohibiendo conversaciones y tratos aun entre parientes; de modo que cerró las puertas á todos los consuelos humanos, para que estuviesen más abiertas á los divinos. Estableció la pobreza para que la renta no tuviese entrada en aquella santa casa, y con ella el enemigo de las almas; hizo que se trocase la estameña delicada de los hábitos, por una gerga áspera, los zapatos ó chapines por ordinarias alpargatas, la cama blanda por un gergon duro, y aboliendo la comida de carne, la sustituyó con pescado y yerbas, como lo mandaba la primitiva regla, de la cual bueno será demos aquí una ligera noticia, puesto que hoy la guardan desde la reforma de la Santa, los frailes y monjas descalzas de la orden de nuestra Señora del Carmen.

Ya dijimos en otro lugar que Alberto, patriarca de Jerusalem, que ántes había sido religioso ermitaño del Monte Carmelo, dió en 1174 regla á sus hermanos del expresado Monte, originada de otra que su antecesor el patriarca Juan les había impuesto, tan rigurosa y áspera que sólo los que profesaban vida eremítica podían observar. También hemos dicho que reduciéndose los ermitaños á vida conventual, Inocencio IV mitigó los rigores de aquella regla el año 1248, y á esta es á la que se llama primitiva, pues que sólo moderó la otra en la parte del silencio, que ántes era rigorosísimo; en la abstinencia de carnes, que ántes era indispensable, y en ella se concedió comerla por flaqueza ó enfermedad; que se juntasen en refectorio, cosa que ántes no se permitía, y que pudiesen poseer casas y terrenos si se los diesen, lo cual no les era ántes permitido. Guardóse por algunos años esta

regla en la Orden Carmelitana, hasta que á petición de los religiosos la moderó aún más el papa Eugenio IV, al que siguieron otros pontífices haciendo concesiones hasta la falta de clausura en las monjas, de suerte que la primitiva regla quedó completamente desfigurada, y como la piedad de Santa Teresa no estaba por las anchuras y libertad en que vivían las monjas de la Orden, incluso su convento de la Encarnacion, que salían al mundo con cualquier pretexto cuando les placía, hé aquí por lo que inspirada de Dios, que queria en sus siervas más recogimiento y vida más penitente, eligió la primitiva regla para la reforma de la Orden que concibió. Estableció el patriarca Alberto que los Carmelitas tuviesen á uno de ellos por prior, elegido por ellos mismos; que pudieran tener lugares ó casas en los yermos, ó donde se las diesen, en las que cada uno tuviese su celda; que comieran en refectorio comun, oyendo alguna lección de la Sagrada Escritura; que la celda del prior estuviese á la entrada del convento, para que recibiese el primero á los que entrasen en él; que cada fraile estuviese siempre en su celda meditando día y noche en la ley del Señor, salvo otras ocupaciones en que les emplease el prior; que los que supiesen las horas canónicas las rezasen, y los que no, dijesen por maitines veinticinco veces el *pater noster* y los dominicos y fiestas solemnes cincuenta veces, y siete veces se diga en cada una de las horas, salvo las visperas, en que se ha de decir quince veces. Que ninguno tenga cosa propia, sino que todas las cosas sean comunes. Que se hiciese oratorio en medio de las celdas, en donde todos los días se juntasen para oír misa. Que todos los domingos y días que convenga se confiesen las culpas y se castigue á los culpados con caridad. Que ayunasen diariamente, excepto los domingos, desde la Exaltacion de la Cruz hasta el día de la Resurreccion, no hallándose enfermos, ó con justa causa para lo contrario, porque la necesidad no tiene ley. Que no coman carne sino por remedio, ó hallándose embarcados, y que viajando puedan tomar caldo y legumbres ó demas manjares cocidos con ella. Que ciñan sus lomos con cintos de castidad; fortalezcan sus pechos con santos pensamientos; vistan la loriga de la justicia; abracen en todo el escudo de la fe; se cubran con el yelmo de la salud y gracia, y que more y persevere abundantemente en sus bocas y corazones la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, para que todo lo que hicieren sea en su nombre. Que para que el demonio les encuentre siempre ocupados, trabajen alguna cosa de manos. Que desde las completas hasta la prima del día siguiente se guarde silencio, y en el demas tiempo sólo se hable lo indispensable, porque el que usa de muchas palabras, daña su alma; y el Señor dice en el Evangelio: de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio. Encarga Alberto en esta regla al prior Brocardo y á sus sucesores, que se acuerden de las palabras del

Señor en el Evangelio cuando se entiende: «El que entre vosotros quisiere ser mayor será vuestro ministro, y el que quisiera ser prior, será vuestro siervo.» Exhorta á los frailes que honren á su prior con humildad, teniéndole como representante de Cristo, que dice á los prelados de la Iglesia: «El que á vosotros oye, me oye á mí, y el que os menosprecia, me desprecia á mí.» Fecha esta regla Alberto en Accon el año que dejamos apuntado, y como se ve, es de suma perfeccion, pues que tiene por fin é instituto la oracion continua y la meditacion, fijando este principio no por via de consejo, como lo hizo S. Francisco de Asís, sino de precepto. En cuanto á la clausura es más rígida que todas las demas, puesto que no sólo prescribe el encerramiento del claustro, sino que hasta prohíbe salir de la celda sin licencia ó sin necesidad. En los ayunos es la religion más tirante, así como en la abstinencia continua de comer carnes, y en cuanto á la pobreza, fué la primera que enseñó á vivir en ella en comunidad y en particular; siendo tambien estrechísima en cuanto al silencio y al trabajo corporal. Véase, pues, si fué finísima la piedad de Santa Teresa al escoger regla para sus monjas; las estudió todas y eligió la mejor y que más pronto podia hacer caminar á la perfeccion, y esta es la que dió en su reforma de la orden Carmelitana, y la que aún hoy observan los descalzos y descalzas de esta religion. Aún quiso la Santa mayor rigidez en algunas cosas y añadió algunos preceptos á la regla, los cuales aprobó su prelado el obispo de Avila, y conforme fué fundando monasterios, fué perfeccionando sus constituciones.

Llena de gozo y de contento estaba la madre Teresa con sus monjas en su nuevo monasterio de S. José, al que consideraba el Paraíso y ángeles á sus compañeras. No tardó en llegar el número de las monjas á trece, que era el que deseaba la Santa, y todas eran monjas de coro, porque entonces no se recibian de otra clase; ni pedian limosna, ni tenian renta alguna, de manera que vivian de la Providencia, y jamás les faltaba cuanto necesitaban; hilaban, cosian y trabajaban continuamente de manos, siendo los juro y fincas de que vivian la aguja y la rueca, y así es que jamás se ocupaban de lo temporal. A imitacion de la santa Madre, las monjas corrian á la perfeccion, disputándose unas á otras los trabajos mecánicos de la comunidad, en los que siempre era la Priora la primera. Puso ésta especial cuidado en afianzar en su monasterio la obediencia y la subordinacion, sin las cuales es imposible de todo punto el bienestar de una sociedad, y especialmente siendo religiosa, y á este fin probaba á cada paso á sus monjas para cerciorarse si la observaban. Las hizo tan amantes de Dios y aficionadas á la oracion, que es la ocasion en que los verdaderos fieles conversan con él, que asistian siempre con gozo al coro y á rezar las horas; y jamás quebrantaban el silencio cuando debian guardarle segun la regla.

Cinco años hacia que la Santa habia fundado el monasterio de S. José, tan combatido en un principio como respetado ya en este tiempo por toda la ciudad y por las demás religiones, que veian en él un verdadero semillero de ángeles, que podia producir flores sin cuento á la Iglesia católica para gloria del Carmelo. Empero á pesar de que la Santa se hallaba satisfecha de su fundacion, y sabia que habia llenado en ella la voluntad de Dios, cayó en grande afliccion sabiendo los males que causaban los luteranos al Catolicismo, y los desafueros y desmanes que acarreaban la perversidad de las costumbres y la impiedad, que iba echando profundas raices en el mundo. Aumentó su afliccion las muchas almas que la dijo se perdian en las ludias el P. Alonso Maldonado, religioso franciscano que vino de aquellas lejanas regiones, y así es que creció su impaciencia y creció su sed de salvar las almas, por lo que oraba dia y noche pidiendo á Dios la diese medios para conseguirlo. Consolóla un dia en la oracion Jesucristo, sintiendo ella que la decia: «que esperase un poco y veria grandes cosas,» y al cabo de orar y orar con doble fervor, entendió por medio de la inspiracion divina, que era voluntad de Dios fundase una nueva reforma con mucha perfeccion de vida, no solo de mujeres sino tambien de hombres, porque la queria hacer madre de muchas gentes, dándola hijos é hijas que con su oracion, ejemplos y doctrina ayudasen á las almas en todos los siglos de la Iglesia en el porvenir. Hallándose la Santa cavilando sobre esta santa inspiracion, llegó á Avila el P. General de la Orden del Carmen, Fr. Juan Bautista Rubeo de Rávena, que venia de Roma á visitar la Orden en España, cosa que se hacia por la primera vez. Temió la Santa por su fundacion con esta venida, pues que el General habia tal vez de enojarse, porque habia separado de su obediencia al monasterio y dádosela al Obispo sin licencia suya; pero estando persuadida de que habia hecho la voluntad de Dios, cobró ánimo y esperó con confianza al General. Luego que el General fué á visitar el monasterio, le hizo la Santa una detenida historia de cuanto habia sucedido, dándole cuenta de sus revelaciones; lo hizo con tal talento, sencillez y humilde elocuencia, y vió tanta santidad en ella y en sus monjas, que admirado de que una mujer sola y con tantas contradicciones hubiese podido llevar á cabo y buen fin tan grande obra, por lo que vió claramente que el espíritu de Dios era el que regia aquella alma, no sólo la confirmó en su fundacion, sino que la dió patentes muy amplias para que pudiese fundar nuevos monasterios de monjas, con la condicion de que quedando por ahora, por algun tiempo, el de S. José á la obediencia del Obispo, los demás que fundase habian de estar á la suya, como jefe de la Orden. Pidióle la santa Madre la diese licencia para fundar monasterios de frailes descalzos, pero creyendo el General que esto causaria alteracion en la Orden, se la negó por entónces.

Concedi6la el General en su rescripto, que pudiese sacar para las fundaciones dos monjas del monasterio de Carmelitas de la Encarnacion de Avila, siempre que estableciese uno nuevo; la concedió que cuando no se encontrase gerga para los hábitos, los pudiesen usar las religiosas de paño grueso; que sólo pudiera haber veinticinco monjas en cada monasterio; que estos estarian á su inmediata obediencia, y que no las pudiese mandar ningun provincial ni vicario, que él las proveeria de éste y de comisarios; como todo consta de la expresada licencia firmada en Avila en 7 de Abril de 1567, cuya licencia confirmó en 10 de Mayo del mismo año, y desde Roma en 1571. El Obispo de Avila, viendo lo que convenia para las fundaciones que proyectaba la Santa, que el monasterio de S. José de Avila volviese á la obediencia del General de los Carmelitas, concedió licencia á la madre Teresa para que ella y sus monjas volviesen á ella, y dejó de ser su prelado el 29 de Abril de 1567. Autorizada la Santa para las fundaciones que habian de formar la reforma de la órden Carmelitana, se encomendó á Dios de todas veras para que la asistiese en la grande obra que el mismo Señor la habia inspirado, y á la que se lanzaba por obediencia á sus divinos mandatos. Leyó todo cuanto se habia escrito sobre las fundaciones de las religiones de ambos sexos, y especialmente de las que hacian voto de pobreza; de los que vivieron haciendo penitencia en los desiertos, y de aquellos gloriosos Santos que por estos caminos se propusieron la perfeccion cristiana y el bien de las almas. Encendi6se de verdadera caridad al saber los adelantos que en otras naciones hacia la herejia y los progresos del luteranismo, y se propuso crear ejércitos de almas piadosas que, con denuedo y heroismo y con las invencibles armas del Evangelio, combatiesen sin tregua en defensa de nuestra sacrosanta religion Católica, hasta purgarla de errores y vencer á sus enemigos; y asistida de la misericordia de Dios, que la dió poder y energia para ello, empezó la reforma con fe, esperanza y caridad, sobre cuyas sólidas bases habian de descansar todas sus fundaciones.

Hallándose el General de los Carmelitas en Valencia de vuelta para Roma, le escribió la santa Madre una carta tan inspirada por Dios, volviendo á pedirle licencia para poder fundar tambien monasterios de frailes de la Orden, que fervorizado aquel prelado y viendo claramente que aquella era la voluntad de Dios, se le concedió al fin; pero que esto fuese solo para dos monasterios y con dependencia de los provinciales, limitacion que dificultaba no poco el negocio, pero que logró al fin vencer la Santa, despues de no escasos trabajos, con su constancia y paciencia. Resolvió la Santa ir á fundar á Medina del Campo; pero ántes de partir mandó allá á preparar los ánimos al P. Julian de Avila, confesor de sus monjas, con cartas de ella para el P. Baltasar Alvarez, rector que fué de la Compañia de Jesus en Avila, y á

la sazón en aquella ciudad, que era su confesor ordinario, y otras para el P. Mtro. Fr. Antonio de Heredia, prior del convento de Santa Ana de Carmelitas calzados; pidiendo al primero la sacase la licencia del Abad de Medina, y al segundo que, la comprase una casa para su fundación. Con no poca dificultad consiguió aquél la licencia del Abad, y entre el Prior y el P. Julian compraron la casa, con lo cual éste se volvió á Avila á dar cuenta de su cometido. Alegre la Santa del buen éxito de estos primeros pasos, eligió á sus compañeras del monasterio de S. José, María Bautista, sobrina suya, y Ana de los Angeles. A estas quisieron seguir doña Ines de Tapia que se llamó despues de Jesus, y su hermana doña Ana, que tomó el nombre de Ana de la Encarnacion, ambas primas hermanas de la Santa, y de su espíritu religioso, las cuales fueron despues prioras en los conventos fundados por la madre Teresa, y tambien se unieron á las anteriores doña Teresa de Quesada y doña Isabel Arias, despues Isabel de la Cruz. Salió Sta. Teresa de Avila con este precioso rebaño y las demás personas necesarias para su fundación el dia 15 de Agosto de 1567, dejando con mucho sentimiento á las monjas que quedaron en S. José, pues que todas hubieran querido acompañarla. Determinó en su mente fundar el nuevo monasterio en Medina del Campo en el mismo dia de la festividad de la gloriosa Asuncion de la Virgen, para la que solo faltaban dos dias, cosa que parecia de todo punto imposible, y así es que salió presurosa con toda su comitiva, no sin que la ciudad se desapercibiese de ello y empezasen las murmuraciones de los maliciosos, que la consideraban como loca y pronosticaban males de aquellos que ellos llamaban escándalos de la Santa. Antes de llegar la santa Madre á Medina empezaron las contrariedades que la suscitaba para todo el demonio. Al llegar á Arévalo recibió una carta del dueño de la casa en que habia de establecerse el nuevo monasterio, en que la decia no fuese hasta que los PP. de San Agustin, que eran los vecinos de la casa, diesen su consentimiento. Léjos de arredrarse la Madre con esta noticia, ordenó al portador nada dijese á sus monjas para que no se afligiesen, y como providencialmente llegase allí el P. Fr. Antonio de Heredia, prior del Cármen, que venia á recibirla, éste al saber lo de la casa, la ofreció la que él habia concertado ántes que se tomase la que ofrecia inconvenientes. Llena de confianza aceptó la oferta, y llegó á Medina la vispera de nuestra Señora á la media noche, y fué á apearse á la portería del monasterio de los Carmelitas de Santa Ana, que ya la esperaban prevenidos para la fundación, por aviso que se les mandó desde Arévalo. Sin tomar descanso alguno, la Santa, que estaba empeñada en llevar á cabo su propósito de hacer la fundación el dia de la Virgen, que era aquel mismo ya, hizo que tanto el prior de Sta. Ana como sus frailes y monjas y cuantas personas fueron con ella, cargasen con mesa de altar, ornamentos

y todo lo necesario para la misa, imágenes y tapices, y á manera de procesion, sé fueron por fuera de la ciudad á situarse en la casa buscada por el prior, no sin que les viesen la mucha gente que habia alborotada por los alrededores y las calles con músicas y algazaras, celebrando las visperas de las fiestas y toros que iban á tener lugar en obsequio de la Virgen. Al ver aquella procesion desordenada de frailes y monjas cargados con cosas de iglesia, todos entraban en curiosidad y lo comentaban á su modo. Llegaron á la deseada casa, y al verla medio arruinada y llena de escombros, la Santa creyó no ser punto decente para establecer con tan poca dignidad el Santísimo Sacramento; pero como el caso era urgente, todos se pusieron á arreglar la casa como mejor podian, incluso la Santa que trabajaba como un albañil experimentado, y se dieron tan buena traza, ayudados de Dios, que al amanecer sé halló todo compuesto y entapizado. Tocarón sus campanillas llamando á la primera misa, y esto llamó de tal modo la atencion, que todos los habitantes de las cercanías acudieron, y quedaron admirados de lo que se habia hecho, lo que tuvieron por milagro; y en efecto lo era, pues que sin esta providencia divina no hubiera podido hacerse aquello del modo que se hizo. Colocóse en seguida el Santísimo Sacramento, y de este modo, con asombro de la ciudad, quedó fundado el monasterio de S. José de Medina el día de la Asuncion de nuestra Señora, 15 de Agosto de 1567. Acabada la primera misa, en que se puso el Santísimo Sacramento, visitó la Santa el nuevo monasterio, y se afligió extraordinariamente su alma al verle con la mayor parte de las paredes caidas, otras amenazando ruina; vió que el Santísimo Sacramento estaba casi en la calle, por lo que temió pudiesen robarle algunos herejes secretos que hubiese en la poblacion, en tiempo en que tantos habia por el mundo, y por último se encontró sin poder establecer la clausura. Con estos temores acudió la Santa á la oracion, y como en ella hallaba siempre consuelo, vió que era la voluntad de Dios pusiese el Sacramento en otra casa, hasta hacer la obra que necesitaba la de la fundacion, y no tardó en encontrar quien proveyese á la necesidad. Doña Elena de Toledo, sobrina del cardenal de Toledo Quiroga, que cobró mucha aficion á la Santa, la dió grandes limosnas para componer la capilla y la casa, y al cabo de dos meses pudieron volver á ella, ya habilitada de todo lo necesario.

Tomó el hábito una hija de esta señora, llamada Jerónima, que trocó el nombre por el de la Encarnacion, y despues lo verificó su madre, que abandonó su hacienda y familia, se llamó Elena de Jesus. A éstas siguieron otras que quisieron vivir en santidad, y entre ellas la piadosisima Catalina de Cristo.

Terminada con tan buenos auspicios la fundacion de Medina, imaginó

la M. Teresa, que era buena ocasion para emprender la fundacion de un monasterio de religiosos Carmelitas descalzos. Trató el asunto con el P. Fr. Antonio de Heredia, prior del Cármen en Medina, el cual no sólo lo aprobó, sino que la alentó á llevar á cabo el proyecto, ofreciéndose él mismo á entrar en la reforma, si luego que se probase veia en sí fuerzas y vocacion para abrazarla. A este tiempo llegó, por providencia del cielo, á Medina Fr. Juan de la Cruz, carmelita jóven y de gran espíritu y talento, y hablándole la Santa, conoció desde luego los quilates de su gran piedad; al ver que porque deseaba mayor recogimiento se iba á pasar á la Cartuja, le convenció para que entrase en su reforma, con lo que lograria, sin salir de su Orden, la vida recogida y penitente que deseaba. Aceptó Fr. Juan la proposicion de la Santa, porque Dios le tenia escogido para ser el primer descalzo y el jefe varonil de la reforma, á la que habia de dar con la Santa tanta gloria. Hacíanse las diligencias para la fundacion de los descalzos, y entreteníase la santa Madre planteando en su monasterio el espíritu de oracion que Dios la habia dado, cuando llegó buscándola un jóven caballero de ilustre alcurnia, llamado D. Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Ribadavia, hermano del obispo D. Alvaro de Mendoza, ya citado, y de D.^a María de Mendoza, señora muy nombrada en España. Habia este caballero oido hacer al Obispo, su hermano, grandes elogios de la santidad y virtudes de la M. Teresa, y deseoso de ayudarla en sus fundaciones, la ofreció una buena casa y huerta que poseia en Valladolid, la cual habia sido ántes del comendador mayor Cobos, suplicándola tomase cuanto ántes posesion, y fundase en ella un convento de monjas. Aceptó la Santa la oferta, no obstante de estar la posesion más de un cuarto de legua de la ciudad. Esta fundacion tuvo por entónces una interrupcion, por tener la Santa que acudir á otro punto en que lo juzgó más necesario. La fama, que ya publicaba con sus cien trompas el nombre de Teresa con elogio por toda España, hirió los oidos de D.^a Leonor Mascareñas, aya que fué del rey D. Felipe II, con el que tenia gran favor. Esta señora habia sido informada de las virtudes de la Santa por aquella beata Maria de Jesus, que ya dijimos fundó en Alcalá un monasterio, bajo la primitiva regla de la órden del Cármen, y escribió á la Santa fuese á instruir y á reformar aquellas monjas; y ésta, á pesar de que D.^a Maria Lucía de la Cerda, de la que ya hemos hablado, la rogaba tambien fuese á fundar otro monasterio á su villa de Malagon, tuvo por más necesario acudir al llamamiento de la Sra. de Mascareñas. Salió la Santa de Medina en compañía de D.^a Maria de Mendoza, que iba á Ubeda y habia de pasar por Alcalá de Henares, á mediados de la cuaresma de 1568, dejando por priora del convento de Medina á la M. Inés de Jesus, y por superiora á su hermana Ana de la Encarnacion, y enviando á Avila por más monjas, llevó en su compa-

ña á Ana de los Angeles y á María del Sacramento. Las monjas de Alcalá la recibieron con la mayor alegría, y estando con ellas el tiempo indispensable para imponerlas en la mejor observancia de la regla y en todos sus deberes, partió para Toledo en busca de D.^a Lucía de la Cerda, que habia de acompañarla para la fundacion de Malagon. Luego que llegaron á esta villa, el domingo de Ramos del año ya citado, se concertó el día en que habia de ponerse el Santísimo Sacramento en la casa de la fundacion del nuevo monasterio, á cuyo fin fué todo el pueblo en procesion al palacio en donde se hallaba alojada la Madre y sus compañeras, las que salieron con sus capas blancas y cubiertas con sus velos; y dirigiéndose de este modo á la iglesia, en donde oyeron misa y sermon, salieron todos en procesion con el Santísimo, que establecieron en la casa en que se fundó por la Santa este tercer monasterio, al que tambien puso bajo la proteccion y nombre de S. José: estaba este monasterio en la plaza; pero despues le fabricó de nuevo la señora de la Cerda en un olivar cerca de la villa. Como no la fué posible crear este monasterio sin renta, ordenó que las monjas de él no poseyesen nada en particular. Así tuvo que ordenarlo despues para todos los monasterios que fundó, muy á pesar suyo de que tuviesen renta, segun la concesion del Concilio Tridentino; pero en esto tuvo que ceder á la necesidad y á la opinion de personas tan entendidas como piadosas. Dejando la Santa por priora á la M. Ana de los Angeles, una de las compañeras que habia traído del convento de la Encarnacion de Avila, dejó á Malagon á los dos meses de su estancia en la villa para ir á Valladolid, adonde la deseaban con impaciencia. Durante su permanencia en Alcalá, recibió la noticia de que don Bernardino de Mendoza, que para fundar la habia cedido una casa y huerta en Valladolid, habia muerto en Ubeda sin confesion, pero con marcadas señales de arrepentimiento; y como la Santa se inspirase de que el alma de aquel caballero podria salir del purgatorio, en cuanto se dijese la primera misa en la casa que para la fundacion habia cedido, la entró gran prisa de que esta fundacion se verificase cuanto ántes. Al ir á Valladolid pasó antes por Avila, adonde llegó en Junio del mismo año, y en cuanto se supo su llegada fué á verla un caballero llamado D. Rafael de Avila Moxica, que la ofreció para convento de descalzos una casa que poseía en Duruelo, aldea de Avila, de corto vecindario; y aunque Teresa conoció lo poco que valia la casa para una fundacion de esta especie, como su deseo era empezar, la aceptó desde luego, dando muchas gracias á Dios por los recursos que la iba prestando para poder cumplir su voluntad. Vió la Santa la casa, y aunque la halló en tan mal estado, que no se atrevió á quedar en ella con sus compañeras aquella noche, trazó el monasterio señalando el portal para iglesia, y hecho esto se fué á Medina del Campo. Aquí trató con el P. Fray

Antonio de Jesus y Fr. Juan de la Cruz el que fuesen á aquella casilla á establecer el primer convento de la reforma de descalzos, teniendo esta por buena ocasion para sacar la licencia de los prelados; y como estos religiosos no deseaban otra cosa, se determinaron á poner en ejecucion el proyecto. Llevóse la Santa á Valladolid á Fr. Juan de la Cruz, al cual como si fuera un novicio le instruyó en el género de vida que se guardaba en sus monasterios, y de la oracion, penitencia y mortificaciones que en ellos se observaba. Llegó Sta. Teresa á Valladolid el día 10 de Agosto, en que se celebra la fiesta del glorioso S. Lorenzo, llevando para esta fundacion á Isabel de la Cruz, á Antonia del Espiritu Santo, que la habia vuelto consigo del convento de Malagon, y á María de la Cruz, que fué tambien de las cuatro primeras. Llegaron á la casa y huerta adonde habia de hacerse la fundacion, y vió la Madre desde luego que era más bien un lugar de recreo que de penitencia; pero no dijo nada por no desanimar á sus compañeras, y lo dispuso todo para monasterio, en tanto se la proporcionaba casa mas conveniente á sus intentos. Dijo la misa en esta casa el P. Juan de Avila, y al comulgar la Santa quedó en gran arrobamiento, y con los ojos del espiritu dice que vió el alma de D. Bernardino que salió del purgatorio y subió al cielo, dándola las gracias por el bien que la habia hecho. Fundó la santa Madre este monasterio bajo la advocacion de la Concepcion de nuestra Señora del Cármen, y púsose en él el Santísimo Sacramento el día 15 de Agosto de 1568, festividad de la Asuncion de la Virgen María. Estuvieron las monjas en este monasterio hasta 3 de Febrero del año siguiente, en el que con gran procesion y fiestas del pueblo pasaron á otra casa é iglesia mejor, que les compró y donó D.^a María de Mendoza cuando volvió de Ubeda. De este monasterio, que resplandeció en santidad, salieron despues para prioras y maestras de novicias, y en él murió la M. Beatriz de la Encarnacion, de la que escribió la vida Sta. Teresa en el libro de sus fundaciones.

Sólo faltaba la licencia de los PP. Provinciales, pues que el General habia ya dado la suya, para la creacion del monasterio de frailes descalzos. Alcanzó al fin la Santa despues de muchos ruegos y por la influencia de personas muy principales, y á fin de librarse de nuevos obstáculos, mandó delante al P. Fr. Juan de la Cruz, para que acomodase casa y tomase posesion de ella. Hízolo así este piadosísimo religioso, y en seguida se descalzó y vistió un hábito de jerga, determinando vivir estrictamente bajo la primera regla del Cármen. Renunció su priorato el P. Fr. Antonio, é hizo lo mismo; y con licencia del obispo de Avila D. Alvaro de Mendoza, pusieron en la casa el Santísimo Sacramento, y quedó hecha la primera fundacion y convento de Carmelitas descalzos el día 28 de Noviembre, primer domingo de adviento de 1568, lo que alegró mucho á la santa M. Teresa: de este

convento, por lo desacomodado que era, se trasladó después la comunidad á la villa de Macera; pero era sitio tan enfermo, que á petición de la Santa se trasladó á Avila á costa de su piadoso obispo D. Lorenzo de Otadry, que fué el patron y fundador de esta casa. Avila, pues, poseyó los dos primeros conventos de frailes y monjas descalzas que fundó Sta. Teresa. Fundóse después otro convento en Pastrana, de frailes descalzos, y de todos fué el primer descalzo S. Juan de la Cruz, al que enseñó la Santa: de suerte que puede considerárseles como los PP. de la reforma de la Orden Carmelitana.

Ramón Ramirez, vecino de Toledo, hombre muy rico y soltero, concibió el pensamiento de dejar alguna parte de sus bienes para bien de su alma. Hallándose *in articulo mortis*, le visitó el jesuita y Dr. P. Pablo Hernández, y como le descubriese sus deseos, aconsejóle el Padre que dejase para fundar un convento de monjas descalzas, en el que podian fundarse algunas capellanías, para que los sacerdotes que las obtuviesen pidiesen á Dios por su alma. Empero como la muerte le acosase ántes de concertar cómo habia de hacerse esta fundacion, se la dejó encargada á su hermano Alonso Alvarez. Dieron cuenta éste y el P. Pablo á la santa Madre del caso, pidiéndola viniese á Toledo cuanto ántes para hacer la fundacion, y la Santa, que vió en esto otra nueva gracia del cielo, partió en seguida para Toledo, adonde llegó el 24 de Marzo de 1569 con la M. Isabel de Santo Domingo é Isabel de San Pablo, religiosas de mucha virtud de su monasterio de Avila. Paró en casa de D.^a Luisa de la Cruz, fundadora del monasterio de Malagon, y en seguida empezóse á tratar de la nueva fundacion. Ofreció ésta grandes dificultades, tanto por no hallarse casa capaz para ella, quanto porque el gobernador del arzobispado D. Gomez Girón se oponia á ella. Viendo la Santa tanta obstinacion de parte de aquella autoridad eclesiástica, se determinó á personarse con ella, y lo logró en una iglesia. Hablóle allí tan llena de Dios, que admirado el Gobernador de ver tanto espiritu en una mujer, tanto talento, y sobre todo tan ardiente piedad, la concedió licencia para fundar, con la condicion de que el nuevo monasterio no habia de tener ni renta, ni patron, ni fundador. Contenta la Santa de haber logrado su deseo, se dedicó á buscar la casa, que al fin se le proporcionó un piadoso mancebo por permission del cielo, y con un poco de dinero que la prestaron, provveyó la casa de lo mas indispensable, y en seguida colocó en ella con la solemnidad debida el Santísimo Sacramento el dia 14 de Mayo, fiesta de S. Bonifacio mártir, del año 1569, poniendo este monasterio bajo la égida de S. José, su santo favorito. Rebelóse el consejo de Toledo contra la providencia del Gobernador, que se ausentó sin dejar por escrito la licencia, y mandó no se celebrase misa en el nuevo monasterio; pero por medio del canónigo, después jesuita, D. Pedro Manrique, logró la Santa que el Cabildo y Consejo de

la Gobernación del arzobispado tolerase la nueva fundación, que pasó adelante. Recibió la santa Madre algunas novicias sin dote alguno, á las que enseñó con el mayor esmero. Entre las que vinieron, pretendió entrar una joven de mucho despejo; pero como dijese á la Santa que llevaría una Biblia que tenía, le dijo con gran presteza: «¿Biblia? no vengais acá, que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes, y no sabemos más que hilar y lo que nos mandan;» y no la quiso recibir, porque la pareció ser muy bachillera y curiosa, que para monjas descalzas es vicio y falta notable; y no se engañó, porque juntándose con otras beatas dieron tanto escándalo, que la Inquisición las prendió y sacó en un apto de fe el año de 1569.

Hallábase la santa Madre acabando de arreglar el nuevo monasterio, cuando llegó un criado de doña Ana de Mendoza, princesa de Eboli, mujer de D. Ruy Gomez de Silva, privado del Rey, llevándola una carta en que aquella señora la pedía con grande instancia fuese á fundar un monasterio de monjas en la villa de Pastrana, como lo tenían tratado ambas hacia algun tiempo. Resistióse la Santa por el pronto á salir de Toledo, dejando el nuevo monasterio sin su auxilio tan á los principios; pero como entendiese en la oración que esta era la voluntad de Dios, salió de Toledo el día 30 de Mayo del expresado año, dejando en Toledo por priora á la madre Isabel de Sto. Domingo, y llevando dos monjas en su compañía. Al pasar por Madrid paró en casa de doña Leonor Mascareñas, de la que ya hemos hablado, y en esta casa conoció al P. Mariano de S. Benito, que andaba entónces en hábito de ermitaño. Era este religioso italiano, doctor en ambos derechos, y en otros tiempos había disfrutado de la privanza del Rey, como caballero principal; pero desengañado del mundo, vivía con otros penitentes como ermitaño en el yermo llamaño del *Tardon*, en Andalucía, y se hallaba de paso para Roma á pedir á Su Santidad le diese regla para fundar una nueva religion. Viendo la santa Madre el privilegiado talento y gran piedad y buenas disposiciones de este religioso para la reforma, procuró, asistida de Dios, catequizarle para ella, y lo consiguió, atrayendo con él á la Orden á su compañero Fr. Juan de la Miseria. Llegó á Pastrana la Santa, y alojóse en casa de la referida princesa; y viendo era muy pequeña la casa prevenida para el monasterio, tuvo que hacerse en ella mucha obra, lo que la detuvo allí más de lo que hubiera deseado estar. Terminado todo, no sin tener que vencer las exigencias de la princesa y de su marido, fundó al fin el monasterio de la Concepción el día 9 de Junio de 1569. El P. Mariano de S. Benito vino á Pastrana de orden de la Santa, y tomando allí el hábito de la orden de Carmelitas descalzos, fundaron en aquella villa el segundo monasterio de frailes de la reforma, y ambos fueron bien asistidos por las li-

monjas de la princesa, y se conquistaron, tanto los religiosos como las monjas, el aprecio del pueblo y de toda la comarca. Eligió Sta. Teresa por priora del monasterio de Pastrana á Isabel de Sto. Domingo, que hizo venir al efecto de Toledo, y por superiora á la madre Isabel de S. Pedro, y en seguida volvió á Toledo á perfeccionar lo que habia dejado empezado. Al cabo de algunos dias murió el príncipe Ruy Gomez, y fué tal el sentimiento que tomó la princesa por su pérdida, que se metió monja en el monasterio que habia fundado en Pastrana; pero esto, que pareció al pronto la seguridad de aquel monasterio, fué su ruina. La princesa en el claustro empezó á sentir la majestad que habia perdido por la humildad á que se habia sujetado, y más amiga del mundo que de Dios, puso en tal turbacion á las monjas, que la santa Madre, para evitar los escándalos á que esto podia dar lugar, mandó á sus monjas que saliesen una noche todas en secreto de Pastrana y se fuesen á reunirse en Segovia, adonde se hallaba haciendo una nueva fundacion. Esto determinó á la Santa á negarse á recibir señoras principales en sus monasterios como religiosas, porque acostumbradas á los gozes y vanidades del siglo, no se avienen fácilmente con las austeridades y estrechez del claustro, y raras veces dejan de querer algunas libertades y privilegios, nocivos para el estado de tanto encerramiento y humildad.

Aún permanecía Sta. Teresa en Toledo, cuando la suplicó desde Salamanca el rector de la Compañía de Jesus, P. Martin Gutierrez, fuese á fundar á aquella ciudad un monasterio de monjas descalzas. Si bien en un principio la Santa pensó negarse á esta solicitud, no tardó en vencer sus escrúpulos, y salió para Avila, desde donde procuró la licencia de D. Pedro González de Mendoza, obispo de Salamanca, para fundar en esta ciudad, por medio del P. Martin Gutierrez, que fué el que informó al prelado. Obtenida la licencia, que no se hizo esperar mucho esta vez, mandó la alquilasen la casa del caballero Gonzalo Yañez de Ovalle, en el arroyo de S. Francisco, desalojando de ella, no sin trabajo, á unos estudiantes que la habitaban. Llegó la santa Madre á Salamanca el 30 de Octubre del expresado año 1569, y alojándose en una posada, pues que á nadie conocia allí, y entre ella y su compañera y los que llevaba para el servicio indispensable en sus viajes, se dieron tal prisa aquella misma noche, que al siguiente la casa alquilada se halló convertida en convento y en iglesia, diciéndose en esta la primera misa el dia de Todos los Santos de 1569, poniendo tambien á este monasterio el nombre de S. José, como á todos los que creó, que no tenían fundador. Mandó á Medina del Campo por monjas, y en aquellos primeros dias la enviaron de comer las monjas de Sta. Isabel, y se quedaron solas aquella noche, no sin bastante miedo la compañera de la Santa, María del Sacramento, por si los estudiantes que habian echado de la casa inten-

taban hacerlas alguna jugarreta, por lo que la Santa, que siempre confiaba su salvacion en Dios y nada temia más que su enojo, la dió una buena lección para que no tuviese miedos pueriles cuando se trataba de hacer una buena obra. Llegaron de Medina la madre Ana de la Encarnacion, á la que hizo priora; María de Cristo, que nombró superiora, y Gerónima de Jesus; y de Avila vino la madre Ana de Jesus, que despues fundó el monasterio de Granada; María de S. Francisco, que despues fué á Alba, y Juana de Jesus, las tres novicias de mucha virtud. Como esta casa era muy húmeda y enfermaban todas, Sta. Teresa, que volvió á los tres años á Salamanca, tomó la casa de Pedro de la Vanda, y el dia de S. Miguel de 1573 pasaron á ella las religiosas, y en ella fueron amparadas por la condesa de Monterey doña María Pimentel, y con las limosnas de muchos caballeros; pero como la molestase con sus exigencias el dueño de la casa despues de la muerte de Sta. Teresa, tuvieron que abandonarla, y pasaron al Hospital del Rosario, que fué convento de la órden de Sto. Domingo. Dice la Santa que una de las fundaciones que más trabajo la habia costado fué la de Salamanca.

Desde Salamanca volvió á Avila la santa Madre, y apénas llegó, cuando Francisco Velazquez, contador del duque de Alba, y su mujer Teresa de Layz, la suplicaron por medio de D. Juan de Ovalle y de doña Juana de Ahumada, su mujer y hermana de la Santa, fuese á fundar á Alba un monasterio. Siendo Alba pequeña poblacion, era indispensable se sostoviese el monasterio con renta, y esto no acomodaba á la Santa, á la que al fin pudo convencer su antiguo confesor Fr. Domingo Bañes. Despues de vencer muchas dificultades la Santa, fundó al fin el monasterio de nuestra Señora de la Anunciacion en Alba, el dia 25 de Enero de 1571, haciendo priora á Juana del Espíritu Santo, y superiora á Maria del Sacramento, y á los pocos años entraron de monjas en él doña Beatriz de Toledo, hermana del duque de Alba D. Antonio Alvarez de Toledo, que cambió su nombre por el de Beatriz del Sacramento, y fué despues priora del convento de Salamanca, y Beatriz de Jesus, sobrina de la Santa, hija de doña Juana Ahumada, que fué más tarde priora de Ocaña. Desde Alba fué la santa Madre á Medina del Campo á arreglar algunas diferencias que habia en aquel convento entre las monjas y una novicia, á la cual, por dar gusto á sus parientes, favorecia sin razon el Provincial de los Carmelitas calzados. La santa Madre hizo la oposicion en justicia al expresado Provincial, y por esto y porque no quiso nombrar priora á una madre que él designaba para este cargo, mandó á la Santa, bajo pena de excomunion, que dentro del plazo de unas cuantas horas saliese de Medina ella y la priora que habia elegido. Obedeció la Santa á pesar de ser en el rigor de Diciembre y de hallarse bastante achacosa, y en cuanto salió del convento nombró el Provincial priora á doña Teresa de

Quesada, monja calzada. Dirigióse Santa Teresa á Avila con su compañera Inés de Jesus, priora depuesta, y sufrió extraordinarios frios en el camino, los que agravaron, como no podia ménos, sus dolencias. El papa Pio V, que se ocupaba mucho de las religiones de ambos sexos y procuraba su aumento, nombró visitadores para reformar las que lo necesitaban. Señaló para visitar la de la orden del Carmen en Castilla al P. Mtro. Fr. Pedro Fernandez, de la orden de Sto. Domingo, varon prudente y apostólico. Llegó á Avila con deseos de conocer á Sta. Teresa, cuya fama era ya casi universal en el mundo católico; y aun cuando iba prevenido, temiendo fuese acaso una sagaz embaucadora, al enterarse por su misma boca de toda su vida, y al ver su talento y acendrada piedad, quedó tan satisfecho de su santidad, que fué en lo sucesivo su más celoso panegirista. Enterado de lo que habia pasado en Medina, la mandó volver á este convento y restablecer en su cargo á la priora que ella habia nombrado. A los tres meses volvió el visitador á Avila, y visitando el monasterio de la Encarnacion, halló ser necesario que se reformase, pues carecian aquellas monjas calzadas hasta del preciso sustento, por lo que creyó que nadie mejor podria sostenerle que la madre Teresa de Jesus, y con anuencia de los definidores del capitulo de los padres del Carmen calzado, la nombró priora. Mucho sintió la Santa esta eleccion, que la privaba de la paz que disfrutaba con sus descalzas; y como por breve del nuncio apostólico cardenal Cribelo, de 21 de Agosto de 1564, habia renunciado los privilegios y exenciones de la mitigacion de la primera regla que se observaba en aquel monasterio, hizo nueva renuncia en Julio de 1571, y el ser priora de calzadas no la imposibilitó de hacer la vida de descalza. Alborotáronse las monjas de la Encarnacion con el nombramiento de la Santa por priora sin contar con sus votos, y temiendo las ordenase vivir con la rigidez que á las descalzas, y amparadas con el favor de personas poderosas de Avila, acordaron no recibirla por prelada. Sabido esto por los jefes de la Orden, acompañaron á la Santa para que ante ellos tomase posesion de su cargo, á cuyo fin reunieron á las monjas en capitulo en el coró bajo del monasterio. Luego que se leyó la providencia de la eleccion, hecha por el visitador y definitorio de su capitulo, se levantó tal tempestad de injurias contra la Santa por algunas monjas y tal alboroto, que á no ser porque algunas madres prudentes tomaron la cruz para recibirla, hubiera sido preciso cerrar el convento y extinguir la comunidad rebelde y peligrosa. En la recepcion de la madre Teresa, que fué introducida á la fuerza en el convento, resistiéndolo hasta de obra varias religiosas, al paso que las unas entonaban el *Te Deum*, otras maldecian á la priora y á quienes la habian nombrado, y entre tanto la sierva de Dios, de rodillas y orando ante el Santísimo Sacramento, aseguraba al Provincial que tenian razon de no

querer tan indigna priora. Apaciguóse el tumulto algun tanto, temiendo las revoltosas un terrible castigo, pero se concertaron para darla disgustos y matarla civilmente á pesadumbres. Al cabo de unos dias reunió la Santa el capitulo, y como temiesen que en él habia de vengarse de su mal recibimiento, se convinieron en que si así fuese se habian de revolucionar de nuevo contra ella. La Santa, que á su piedad y talento unia la prudencia y la caridad en sumo grado, colocó en la silla prioral, en que ella debia sentarse á presidir el capitulo, una bellissima imágen de la Virgen Santísima, de buena escultura, con las llaves del convento en las manos, para dar á entender que la priora de aquella casa era la gran Madre de Dios, y ella se sentó á sus piés á presidir el capitulo, todo lo cual sorprendió á las monjas y las hizo temer una gran tormenta. Empezó la santa Madre el capitulo con estas inspiradas palabras, que tomamos de ella misma, pues que las escribió en su vida: «Señoras, madres y hermanas mías: nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado á esta casa para hacer este oficio, y de esto estaba yo tan descuidada, que léjos de merecerlo, háme dado mucha pena esta eleccion, así por haberme puesto en cosa que yo no sabré hacer, como en que á vuestras mercedes les hayan quitado la mano que tenían para hacer sus elecciones, y las hayan dado priora contra su voluntad y su gusto, y priora tal, que haria harto si acertase á aprender de la menor que aqui está lo mucho bueno que tiene. Sólo vengo para servir las y regalarlas en todo lo que yo pudiere, y á esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor, que en lo demas cualquiera me puede enseñar y reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera; aunque sea dar la sangre y la vida lo haré de muy buena voluntad: hija soy de esta casa y hermana de todas vuestras mercedes; de todas ó de la mayor parte conozco la condicion y las necesidades; no hay para qué vuestras mercedes se extrañen de quien es tan propia suya. No teman mi gobierno que aún cuando hasta aqui he vivido y he gobernado entre descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es que sirvamos todas al Señor con suavidad, y eso poco que nos manda nuestra regla y constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor á quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aqui no lleguemos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor y hará que poco á poco las obras igualen con la intencion y deseo.» Esta plática sencilla, pero persuasiva; la vista de la imágen de la Santísima Virgen que presidia; la humildad con que se presentaba la Santa, y la persuasión en que algunas estaban de su virtud y santidad, tranquilizó los ánimos de todas las religiosas; y como en pocos dias viesen regenerada, por decirlo así, la casa con sobra de mantenimientos y de considera-

ciones, la que empezó por ser despreciada y resistida, llegó en breve á ser amada y respetada de todas sus religiosas, que la llegaron á considerar la providencia de un convento que sin ella se hubiera extinguido indispensablemente por falta de órden y de recursos, y como un ángel mandado por Dios para hacer su felicidad temporal y eterna. Acabó la Santa en este monasterio con ciertos chichisyeos de mozalbetes, que pretendian inquietar á las monjas ántes de ser ella priora, y cerrando las puertas de afuera muy bien para que en aquella mansion de Dios no pudiese penetrar el demonio de modo alguno, abrió de par en par las del cielo para que gozasen de sus delicias sus monjas, que cada vez más contentas con su priora, fueron adquiriendo las gracias divinas que ésta les proporcionaba. Llamó la santa Madre, con anuencia del visitador, para confesores de las religiosas al glorioso Fr. Juan de la Cruz y á Fr. German, religiosos descalzos de gran virtud, y con ellos y sus fervientes oraciones el convento de la Encarnacion se reformó de tal manera que parecia de descalzas, pues que llegaron hasta el punto de no diferenciarse más que en el hábito y en el calzado, pues que se igualaron en la austeridad y costumbres. Vino la época de nueva eleccion, y las monjas la volvieron á elegir por priora. Opúsose á ello el Provincial y las monjas se revolucionaron de tal modo, que pusieron pleito á sus superiores, que llegó hasta el Consejo Real, y hasta hubo que encerrar á las más osadas en defensa de la sierva del Señor: de suerte que la entrada de ésta en la Encarnacion y su salida causó una revolucion en distintos sentidos, la una porque no la querian recibir y la otra porque ya la adoraban, por decirlo así. Diez y ocho monjas se propusieron seguir á Santa Teresa para sus nuevas fundaciones, no queriendo dejar de tenerla por madre, y así es que desde el principio de la reforma salieron veintidos de este convento, á saber: Ana de los Angeles, Maria Isabel, Ana de S. Juan, Isabel de S. Pablo, Maria de la Magdalena, Maria Suarez, doña Inés de Cepeda, doña Ana de Tapia, Maria Vela, doña Beatriz Suarez, doña Juana Yera, Juliana de la Magdalena, Isabel de Jesus, Ana de S. Juan, doña Teresa Quesada, Isabel Lopez, Isabel de S. José, Catalina Yera, Jerónima de S. Agustin, doña Isabel Arias, doña Antonia del Aguila y doña Maria de Cepeda.

Obispo. Dos años estuvo la Santa sin salir del monasterio de la Encarnacion, atendiendo desde allí á todos los conventos de descalzas que habia fundado, y sólo salió á Salamanca para arreglar y allanar ciertas dificultades. Hallándose en esta tarea, conoció ser la voluntad de Dios ir á fundar monasterio en Segovia; escribióselo al visitador de aquella diócesis, manifestándole que el obispo, D. Diego de Cobarrubias, estaba conforme en la fundacion, y aunque este visitador no era de opinion se creasen por entónces más conventos, en vista de las razones que le dió la Santa, y de saber tenia licencia del Ge-

neral de la Orden para establecerlos en donde pudiese ser con comodidad, la dió licencia para ello. Había alcanzado la licencia para la fundacion de la Orden un caballero llamado D. Andrés de Gimena, hermano de la madre Isabel de Jesus, monja de la misma religion. Mandó la Santa la alquilasen una casa para fundar, y aún cuando se hallaba enferma y con bastante calentura, salió de Salamanca con la madre Isabel de Jesus, y pasando por Alba y por Avila, sacó religiosas de ambos conventos. Llegó á Segovia la vispera de S. José de 1573, y fuése á parar en casa de doña Ana de Gimena, que era la que la tenia alquilada la casa, de la que tomó posesion el dia mismo de S. José, y en el mismo se dijo en ella la primera misa por la mañana, poniéndose en ella el Santísimo Sacramento el año 1573, y el nombre de S. José del Cármen. Como el obispo que habia dado la licencia no la puso por escrito, y al provisor nada se le dijo por descuido, enfadóse de tal modo éste que vino al convento, y como las monjas estuviesen en oracion y no respondiesen, mandó á un clérigo consumiese el Santísimo Sacramento, que se prendiese al sacerdote que habia dicho la primera misa, y haciendo desbaratar el altar, puso un alguacil de vista para que impidiese se dijese misas; pero esta tempestad pasó pronto, porque interviniendo en el asunto personas poderosas, el provisor dió al fin la licencia. En el medio año que estuvo la Santa en este convento, fué cuando dió su órden para la fundacion de Pastrana, la que fué como una traslacion á la de Segovia, adonde llegaron las monjas á poco de la fundacion. Tomaron el hábito doña Ana de Gimeno y su hija doña Maria de Bracamonte; la primera cambió el nombre por el de Ana de Jesus, y la segunda por el de Maria de la Encarnacion, la cual fué despues priora de este convento de Segovia. Con estas y otras, y especialmente con la madre Ines de Jesus, que se llamaba en el siglo Doña Inés de Guevara, la cual fué priora tambien del mismo convento, se compró casa, y arregladas ciertas diferencias con los PP. Mercenarios, que tenian la suya cerca, ya libre de pleitos, quedó asegurada y en completa paz esta fundacion. Volvióse la santa Madre á Avila, dejando en Segovia por priora á Isabel de Santo Domingo, y por superiora á la madre Isabel de Jesus, y encontró con que no habiendo permitido el Provincial que se la reeligiera, en lo cual habia intervenido ella mucho á este fin, se habia nombrado priora á una monja que ella apreciaba; pero no se libró del mando como deseaba, porque las monjas de su convento de S. José de Avila la eligieron á poco por priora, por lo que volvió á su convento con grande alegría de todas sus monjas.

Apénas habia empezado á descansar la Santa, cuando dos señoras, doncellas principales de la villa de Veas, en la raya de Andalucía, la escribieron ofreciéndola toda su hacienda y personas para fundar un monasterio.

Con motivo de esta fundacion, dice el prelado Yepes en su *Vida de la Santa*, con más extension que nosotros lo haremos aquí, que habia en Veas un caballero que se llamaba Sancho Rodríguez de Sandoval, y su mujer doña Catalina Rodríguez. Tuvieron estos, entre otros hijos, á doña Catalina Godinez y á doña María de Sandoval. Cuando la primera tenia catorce años, al tiempo que se trataba por sus padres de su matrimonio, la vista de un crucifijo la llamó de tal modo al Señor, que le prometió castidad y pobreza; vistióse de sayal á pesar de la oposicion de sus padres, y ciñó su cuerpo de cilicio. Murió su padre, y su hermana con tan buen ejemplo la imitó en todo, que luego que su madre pasó tambien á la eternidad, ambas se propusieron consagrarse al Señor por esposas en los conventos que las informaron fundaba la madre Teresa de Jesus, á la cual escribieron como hemos dicho. Como no fuese el visitador Fr. Pedro Fernandez de opinion que la Santa hiciese más fundaciones, escribió al General de la Orden, remitiéndole las cartas de las dos jóvenes de Veas, y éste le dió la licencia para continuar haciendo cuantas pudiese. La villa de Veas pertenecia á la orden de caballeros de Santiago, y tocaba al Consejo de las Ordenes dar la licencia para la fundacion, la que no dió hasta cuatro años despues, y esto á fuerza de influencias y de constantes súplicas y de haber ido, despues de largas enfermedades, doña Catalina Godinez á procurársela á la corte del Rey, cuyo Señor, al saber que el monasterio que deseaba fundarse era de Carmelitas descalzas, mandó se la diesen al instante sin más tramitaciones. Ya con la licencia para la fundacion, escribió doña Catalina á la santa Madre, que decidiendose ir á Veas, pasó por Toledo, de donde sacó á la madre María de S. José y á la madre Isabel de S. Francisco, mandando por la madre Ana de Jesus, y otras monjas con las que partió para la nueva fundacion. Al llegar á Veas, despues de pasar mil trabajos en el camino y un gran peligro del que le libró Dios por intercesion del glorioso S. José, salieron á recibir á la Santa varios principales á caballo, y en el templo las recibieron la clerecia con cruz alzada y sobrepellices, y despues que hicieron las monjas oracion, las llevaron en solemne procesion, seguidas de todo el pueblo, á la casa de las dos expresadas hermanas, que las recibieron con veneracion y alegria. Fundóse el monasterio el dia de S. Matías del año 1574, y se le puso por nombre S. José del Salvador, habiéndole hecho ántes las dos hermanas cesion de toda su hacienda sin condicion alguna. Dióse el hábito á las dos hermanas, llamándose á la mayor Catalina de Jesus y á la menor María de Jesus, y aun cuando aquella se empeñó en ser siempre lega, la santa Madre la ordenó despues de algun tiempo fuese de coro, y así es que murió de priora de aquel convento, pocos dias despues de la muerte de Santa Teresa. Dejando ésta por priora en Veas á la madre Ana de Jesus, y

por superiora á la madre María de la Visitación, determinó ir á fundar á Sevilla: María de Jesus fué despues priora en Córdoba.

Quando la santa Madre se hallaba en Yeas, la ofrecieron proporecion de fundar en Caravaca, y se disponia á acudir á este llamamiento cuando llegó á verla el P. Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, descalzo de su Orden, y á la sazón comisario y visitador apostólico de Carmelitas calzados y descalzos de Andalucía, por órden del Nuncio, siéndolo en Castilla el P. Fr. Pedro Fernandez, ya mencionado. Alegróse la Santa de que viniese tan buen refuerzo para su reforma, y mucho más cuando hallándose con ella en Yeas, le hizo tambien el Nuncio visitador de la provincia de Castilla. Conferenciándose ambos entre sí ir á fundar primero á Caravaca, á Madrid ó á Sevilla, se decidió al fin por esta ciudad, y salió para esta de Yeas, llevando en su compañía á las madres María de S. José, Isabel de S. Francisco, María del Espíritu Santo, Isabel de S. Jerónimo, Leonor de S. Gabriel y Ana de S. Alberto. Acompañólas el P. Fr. Gregorio Nacianceno, al que el visitador dió el hábito en Yeas, el cual fué despues prior en la Orden; el P. Julian de Avila y Antonio Gaytan. En el camino sufrió la Santa una fuerte calentura, y todos grandísimo calor, y rompiéndose al pasar el Guadalquivir la maroma de la barca, sólo las oraciones de la Santa pudieron librarles á todos de morir ahogados en el rio. Despues de otros varios percances, llegaron á Sevilla el primer jueves despues de la Pascua del Espíritu Santo. Tenia ya alquilada casa el P. Fr. Ambrosio Mariano de S. Benito, del convento de descalzos que ya habia establecido en Sevilla, y como era el arzobispo D. Cristóbal de Rojas, protector de los descalzos, pensó la santa madre que no habria inconveniente alguno para hacer desde luego la fundacion; pero se engañó, porque el prelado era enemigo de monasterios de monjas que no tuviesen renta, y áun cuando él queria hubiese Carmelitas descalzas en Sevilla, no era para que tuviesen convento, sino para que se repartiesen entre las demas religiosas, para que en vista de su buena vida y costumbres se reformasen. Pudo al fin la Santa convencer al Arzobispo, y dada por éste la licencia, se hizo la fundacion y dijo en el nuevo monasterio la primera misa el dia 29 de Mayo de 1565, con lo cual se tomó la posesion y puso el nombre de S. José del Cármen. No consintió el Arzobispo se pusiese el Santísimo Sacramento ni tocase campanilla alguna en un principio, pero luego que ya tuvieron casa propia, que les compró D. Lorenzo de Cepeda que llegó á Sevilla de las Indias muy rico, y quiso favorecer á su hermana Teresa, él mismo hizo llevar el Sacramento de una parroquia y le puso por sus propias manos el 5 de Junio de 1576. Empero ántes de esto, como la santa Madre se viese en la precision de echar del convento á una novicia medio loca, ésta movió tal alboroto que se delató á las monjas al tribunal de la

Inquisicion, lo que hizo gran ruido en la ciudad, hasta que visitando el tribunal del Santo Oficio el convento y enterándose de todo, y sobre todo conociendo la santidad de la fundadora, fué el principal en proteger esta institucion. Llegó á Sevilla Fr. Nicolás de Jesus María, primer general de la órden de Descalzos, cuando en el siglo se llamaba Nicolás de Oria, de noble familia genovesa, y fué tanto lo que le fervorizó la Santa, que tomó el hábito de descalzo y murió santamente de general de la Orden, no habiendo querido aceptar el arzobispado de Génova, que le ofreció el papa Sixto V.

Desde Sevilla mandó la santa Madre á fundar un monasterio en Caravaca á la M. Ana de San Alberto, á la que nombró priora de esta fundacion; la que llevó al efecto consigo cuatro religiosas del convento de Malagon, y se dijo la primera misa la víspera de la Circuncision del Señor del año 1576. Fueron las fundadoras de este convento D.^a Francisca de Saojosa, D.^a Francisca de Moya y D.^a Francisca de Tauste, señoras de distinguida nobleza, que contando con la Santa, se habian propuesto aquella fundacion, para la que las sacó licencia directamente del rey Felipe II, al que escribió sobre esto: el P. Julian de Avila y Antonio Gaitan, que de ordinario acompañaban á la Santa, fueron con la mencionada priora á esta fundacion.

Infamaron de tal suerte á Sta. Teresa y á los PP. Descalzos ante el General de la Orden, que aquel amor que la profesaba llegó á convertirse en ódio, y por lo tanto la mandó saliese cuanto antes de Sevilla y escogiese un monasterio de los de Castilla, en el que se fijase definitivamente para no volver á salir de él, y que en lo sucesivo no hiciese más fundaciones. No turbó de modo alguno á la Santa, que se hallaba siempre en Dios, y por lo tanto nada temia; y dejando en Sevilla por priora á la M. María de S. José, salió de esta ciudad para la de Toledo, cuyo monasterio eligió por cárcel, para obedecer al General. Con haber el General de los Carmelitas vuelto la espalda á la santa Madre y á sus descalzos, y con haber llegado de Nuncio monseñor Segá, amigo del General, que llegó muy prevenido de Roma contra las fundaciones de la Santa, se armó tan récia borrasca contra la reforma de la órden del Cármen, que poco le faltó para que desapareciese, cerrándose todos los conventos fundados. Aprovechándose de estas disposiciones del Nuncio y del General ciertos religiosos que resistian la reforma, calumniaron á la santa Madre y á sus monjas y frailes, de tal modo, que desterrando á unos y encarcelando á otros, parecia que perseguian á alguna secta de herejes. Quitó de visitador á Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, y restableció en este cargo al que antes habia sido provincial de los Padres no reformados Fr. Angel de Salazar. Mandó el Nuncio á la santa Madre no saliese del monasterio, llamándola mujer inquieta y callejera, que por no trabajar se andaba en devaneos, á pretexto de religion, lo que aguantó la Madre con santa resigna-

cion y confiada en Dios, que así queria probar su fe. Tres años se mantuvo la Santa encerrada en su convento de Toledo sin hacer fundacion alguna, y padeciendo diariamente el mal humor del Nuncio, que molestaba á cada paso con sus exigencias y con infundadas reconvençiones á los pobres descalzos. En este tiempo, dice el Rdo. P. Fr. Diego de Yepes, religioso de la Orden, y despues obispo de Tarazona, al que seguimos en mucha parte de este escrito, « me hallaba yo con la bienaventurada Madre en Toledo, y vi que estaba perdida toda esperanza de avenencia de la Orden reformada con el Nuncio. El rey Felipe II, que era todo piedad, intervino en este asunto, informando por sí mismo al Nuncio, y con aquella energia que ha quedado proverbial en la historia, arregló las cosas de tal modo que el Nuncio cambió de conducta, y todos los enemigos de la Santa y de su reforma enmudecieron al ver se la autorizaba para nuevas fundaciones. Como se nombrase obispo de Palencia á D. Alvaro de Mendoza, que lo era de Avila, la Santa, por inspiracion divina, trató con este señor que ántes de abandonar la diócesis, levantasé á las monjas del monasterio de S. José de Avila la obediencia que le prestáran hacia diez y siete años, para que se la dieran á la Orden Carmelitana, y así se lo concedió.

Hacia tiempo que la Santa habia recibido peticiones de Villanueva de la Jara, lugar de la Mancha en la provincia de Toledo, en una de cuyas ermitas vivian en comunidad haciendo vida penitente nueve mujeres, para que fuese á aquel lugar á fundar un monasterio, pues habian tenido noticia de la santidad de la Madre por los religiosos descalzos que en el término de Roda, en un desierto de la ribera del Fúcar, habian fundado un convento de Carmelitas. Interesado el ayuntamiento y el Dr. Hervias, cura párroco del pueblo, en el negocio, enviaron cartas á la Santa, suplicándola esta fundacion; empero como un clérigo que mandaron por mensajero llegase cuando las cosas de la Orden andaban tan mal, le despidió la Madre manifestándole que no podia entónces acceder á su deseo. A los cuatro años, ó sea el de 1580, volvieron aquellas piadosas mujeres á insistir, mandando á la Madre, como procurador suyo, al prior de los descalzos del convento de nuestra Señora del Socorro, que así se llamaba el de la Roda, Fr. Gabriel de la Asuncion, el que encontrando á la Santa en Malagon, la hizo la súplica de que iba encargado. Resistióse la Santa, temiendo que teniendo aquellas mujeres formadas sus costumbres, fuesen poco dóciles para admitir las que las impusiese conforme á la regla; pero como en la oracion aprendiese que aquella fundacion agradaba á su divino Esposo, á pesar de hallarse bastante enferma, en cuanto obtuvo la licencia de su prelado, el provincial salió para la Roda, llevando en su compañía al P. Fr. Antonio de Jesus y Fr. Gabriel de la Asuncion, el día 15 de Febrero de 1580. El paso

por los pueblos del tránsito fué una verdadera ovación , pues que de todas partes corrian al camino para ver á la Sta. Madre, y en Villarrobledo fué necesario poner alguaciles de guardia en la casa en que se hospedó, para que no la estrujase la multitud; lo propio sucedió en todas partes, y al pasar por el convento de descalzos de nuestra Señora del Socorro, salieron á recibirla todos los frailes, y la prodigaron mil bendiciones. Enterneció mucho á la Santa la memoria de D.^a Catalina de Cardona, deuda de los duques de este título, que abandonando su palacio se fué á vivir al desierto, en el que estuvo muchos años vestida con el hábito de fraile carmelita, y que por revelacion divina fundó aquel monasterio, en el cual fué enterrada. Cuatro leguas del desierto de aquella santa mujer está Villanueva de la Jara, y á este pueblo llegó Sta. Teresa el dia 21 de Febrero de 1580, haciendo en él una entrada triunfal, pues que repicaron las campanas, salió á recibirla el ayuntamiento, el clero, presidido por su párroco, y el pueblo todo; que al llegar á él el carro en que venia la Santa, se arrodilló. Cantóse en la iglesia el *Te Deum*, y tomando despues el Santísimo Sacramento, se dirigieron en procesion y con gran regocijo público, músicas y danzas y cantares, á la ermita de Sta. Ana, que era en la que habia de fundarse el monasterio, y llegando alli, colocaron el Sacramento con gran solemnidad, tomaron posesion de la ermita las monjas, y quedó convertida en convento con el nombre que ya tenia. Las beatas mujeres de la ermita recibieron á la Santa y á sus monjas con grande alegría y lágrimas de satisfaccion; la Santa dió á las nueve el santo hábito de la reforma, y quedaron inscriptas en la Orden de descalzas, que por tanto tiempo lo habian deseado así. En los dos meses que estuvo la santa Madre en esta casa para instruir en los deberes de la regla á las nuevas religiosas, nombró priora á la M. María de los Mártires. Partió la Santa para Valladolid, adonde la mandó ir el P. Provincial, á instancias del obispo de Palencia D. Alvaro de Mendoza, de quien ya hemos hablado varias veces, porque deseaba fundar en su diócesis un monasterio de descalzas. Cayó la Santa tan gravemente enferma, que se temió sériamente por su vida; pero mejorada, porque Dios la reservaba para nuevos beneficios, se dedicó á preparar la fundacion de Palencia, y cuando todo lo tuvo como lo deseaba, y encargado la alquilase la casa al canónigo Reinoso, salió de Valladolid el dia de los Stos. Inocentes de 1580, y entrando en Palencia tomó posesion de la casa, puso en ella el Santísimo Sacramento, y dió el nombre de S. José al nuevo monasterio, avisando en seguida al obispo D. Alvaro, el que vino al convento muy alegre, y le proveyó de cuanto necesitaba. Suero de Vega, hijo de D. Juan de Vega, presidente del Consejo de Castilla, y su mujer D.^a Elvira Manrique, hija del conde de Osorno, fueron despues los favorecedores más magníficos y constantes del nuevo monasterio,

con lo que afianzaron en la opinion pública el nombre de padres de los pobres, con que les honraba el país. Dió á las monjas el obispo la iglesia de nuestra Señora de la Calle, y la Santa compró las casas contiguas á ella, y se trasladó la comunidad á este nuevo convento dejando la otra casa, lo cual se verificó con solemne procesion; púsose por nombre á este monasterio S. José de nuestra Señora de la Calle. Hallábase Sta. Teresa aún en Palencia, cuando la avisaron habia llegado el breve de Su Santidad mandando la separacion, para que así frailes como monjas de la nueva reforma de los descalzos tuviesen provincial propio, ó sea de descalzos, á quien obedecer como á prelado, sin que tuviera que ver para nada con ellos en lo sucesivo el provincial de los Carmelitas calzados. Al ponerse el breve en ejecucion, fué elegido provincial el P. Fr. Jerónimo de la Madre de Dios. Esto dió mucho contento á la Santa, porque vió cumplidos sus deseos de que se afianzase su reforma, profecía que la hiciera en sus oraciones su glorioso P. S. Alberto, fundador de la primitiva reforma Carmelitana. Dejó la Santa por priora en Palencia á la M. Isabel de Jesus, y por superiora á la M. Beatriz de Jesus, y partió para la ciudad de Soria.

El obispo de Osma Dr. Velazquez, que siendo canónigo de Toledo habia sido confesor de Sta. Teresa, y arzobispo de Santiago que fué despues, la escribió, cuando se hallaba en Palencia, que fuese á fundar convento en su diócesis, concertándose ántes con una señora principal y rica de Soria, llamada D.^a Beatriz de Viamonte, que ofreció á la Santa una casa muy buena que tenia, y el Obispo la ofreció tambien poner á su disposicion la iglesia de la Santísima Trinidad, ambas cosas en Soria. En vista de estas ofertas, consintió la Santa en la fundacion, y con la licencia de su Provincial, partió para la ciudad de Soria. Fué en su compañía Fr. Nicolás de Jesus María, que como hemos dicho, fué despues el primer general de los descalzos, y siete monjas, entre las que iba la M. Catalina de Cristo, mujer de gran santidad y milagros. Llegó la Santa á Soria el dia 15 de Junio, y al siguiente, que era la fiesta del santo profeta Eliseo, se dijo la primera misa en una sala de la casa cedida por estar la iglesia apartada de ella, y así se verificó hasta que se hizo un pasadizo para pasar á ella; diciendo la misa muchos dias el Obispo, que tambien confesaba á las religiosas. Acabada la obra que ponía el convento en comunicacion con la iglesia, se puso el Santísimo Sacramento en ésta con gran solemnidad el dia de la Transfiguracion del Señor, y á peticion de la señora fundadora, se puso á este monasterio el nombre de la Santísima Trinidad. Esta señora, hija de D. Francés de Viamonte, capitan general de la guardia del emperador Carlos V, habia casado en Soria con D. Juan de Vinueza, hombre muy rico y poderoso, y como éste muriese sin hijos, y ella quedase con más de cincuenta mil ducados, despues de la fundacion de este

monasterio hizo otro en Pamplona su patria; y tomando el hábito en él murió religiosa ejemplar el año 1602. Nombró la Santa por priora del monasterio de Soria á la M. Catalina de Cristo, y llevando consigo á la M. Ana de San Bartolomé, partió á Avila, entre las bendiciones de los sorianos, y terminó su penoso viaje á principios de Setiembre de 1581. El provincial Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, que se hallaba en Salamanca fundando el colegio de descalzos, vino á ver á la santa Madre, y á petición de las monjas y renuncia muy gustosa de la M. María de Cristo, la nombró priora de S. José de Avila, facultándola para ir á fundar en Búrgos, quedando la superiora al frente del monasterio en tanto que ella volviese. Cuando se disponia para la nueva fundacion expresada, el P. Fr. Juan de la Cruz, que era ya prior del convento de los Mártires de Granada, y el P. Fr. Diego de la Trinidad, provincial de Andalucía, en union de la priora del monasterio de Veas la M. Ana de Jesus, escribieron á la Santa rogándola fuese á fundar á Granada. Como la Santa deseaba con ansia hacer la fundacion en Búrgos, encomendó la de Granada á la M. Ana de Jesus, á las monjas María de Cristo, que ya habia sido priora, y Antonia del Espiritu Santo, que era una de las cuatro primeras; y de Toledo hizo ir á la M. Beatriz de Jesus, su sobrina. Detuviéronse en Veas las monjas, sabiendo que el Obispo se negaba á darlas la licencia hasta que, tomada en secreto una casa, que tambien les faltó luego, se determinaron á pasar á Granada, adonde llegaron el dia de S. Sebastian de 1582. Aposentáronse las Madres en casa del oidor D. Luis del Mercado, cuya señora, hermana de D.^a Ana de Peñalosa, les obsequió mucho, y la M. Ana de Jesus, que era la priora nombrada por Sta. Teresa, pasó recado al Arzobispo de su llegada, pidiéndole su bendicion y que se dignase venir á decirles la primera misa. El dia anterior, en una terrible tempestad, habia caido un rayo cerca de la habitacion en que dormia el Arzobispo, y esto varió la opinion que este señor tenia contra las monjas aquellas por no gustar de fundaciones pobres; y no pudiendo él ir en persona, porque aún se hallaba asustado en cama, mandó á su provisor, que fué el que dijo la primera misa y puso el Santísimo Sacramento, á lo cual asistieron multitud de personas de la ciudad con sumo regocijo. Luego que las monjas pudieron alojarse en casa más cómoda, empezaron á dar el hábito á muchas señoritas que le pidieron, y con los dotes de estas compraron unas casas del duque de Sesa, en un buen sitio de la ciudad, con lo que quedó hecha esta fundacion.

Mas de seis años hacia que unos padres de la Compañia de Jesus instaban á la santa Madre para que fuese á Búrgos á fundar un monasterio, lo cual era segun la voluntad de Dios, que así se lo habia dado á entender á su esposa en la oracion; pero siempre se habia suspendido la ida por diversas

causas, á pesar de las buenas disposiciones de los prelados con que contaba. Doña Catalina de Tolosa, que tenia cuatro hijas descalzas, dos en Valladolid y dos en Palencia, la que despues de hacer tambien monja á otra hija y descalzos á los dos hijos que la quedaban, acabó ella tambien por vestir el hábito, fué la encargada por la Santa de tomar en Búrgos la casa para la fundacion. Se dió tan buena maña esta señora, que alcanzó la licencia de la ciudad, obligándose á dar casa para el monasterio, la comida y todo lo demas que hiciese falta á las monjas. Viéndose ya tan enferma la santa Madre, y reparando en lo frio de la estacion, pues que era al fin de Diciembre de 1581, pensó mandar hacer aquella fundacion á la priora de Palencia; pero como en la oracion viesse que Dios queria hiciese por él este nuevo sacrificio, se determinó á arrostrar todo peligro, y salió de Avila el dia 2 de Enero de 1582. Llevó en su compañía á Ana de S. Bartolomé y de Alba, y de Palencia sacó otras seis monjas, llevando tambien en su compañía al padre provincial de los descalzos con otros dos compañeros. Agua y nieve fué todo su viaje, y con esto la acometió el mal con gran vigor en Valladolid; pero como los médicos la dijese que si se detenia no podria despues continuar el viaje, siguió á Palencia, en donde tuvo una verdadera entrada triunfal, pues que toda la ciudad salió á recibirla, pidiéndola á gritos la multitud les diese su bendicion. Recibieronla las monjas cantando el *Te Deum*, y con el claustro muy adornado y lleno de altares. Pidiéronla se detuviese allí unos dias para que pasase aquel récio temporal, que tenia como rios los caminos; pero la Santa, á quien daba Dios prisa para la fundacion, no lo permitió y continuó el viaje, en el que experimentaron mil trabajos y se expusieron á muchos peligros, de los que sólo la misericordia de Dios pudo librarlos. Llegaron á Búrgos con admiracion de todos, que tuvieron tan arriesgado viaje por milagroso, el dia 26 de Enero, y fueron muy bien recibidas y hospedadas por la expresada D.^a Catalina de Tolosa. Llegó la Santa con una gran calentura y aprieto de garganta, que la obligaba á escupir sangre y á no poder tragar. Al momento que supo el Ayuntamiento de la ciudad que estaba ya en ella Sta. Teresa, fué á visitarla y manifestarla el gozo que tenian todos los habitantes de verla ya dentro de sus muros. Al siguiente dia fué el Provincial á dar parte al Arzobispo de la llegada de la Santa; pero todo lo que ántes habia estado amigo de ella y deseando su venida, se presentó ahora hostil, ofendido de que no le hubiese pedido licencia para venir, y por lo tanto negó dar su licencia para la fundacion, si el monasterio no acreditaba renta, y se negó completamente á todo, á pesar de haberle ido á hablar en persona la misma Madre. Viendo la Santa que esta fundacion se dilatava despues de vencidas dificultades que pusieron los cofradés, se fué con sus monjas á esperar al hospital de la Concepcion, la víspera de S. Matias; pues que como en

él habia Sacramento y se decia misa, podian llenar mejor sus deberes religiosos. Decidióse la piadosa D.^a Catalina de Tolosa á señalar renta al monasterio, y se puso á buscar casa á propósito para establecerle, y al fin la hallaron, pero comprada. Cuatro meses estuvieron en Búrgos sin esperanza de conseguir la licencia del Arzobispo; pero al fin interviniendo en este asunto el obispo de Palencia, logró por permission de Dios que aquel se venciese á tantos ruegos y diese su licencia. Obtenida ésta y la casa en propiedad, la santa Madre preparó todo lo necesario, y el dia 9 de Abril de 1582 se puso el Santísimo Sacramento con gran solemnidad, á cuyo acto asistió la ciudad, diciendo la primera misa el doctor Manso, que fué despues obispo de Calahorra, al que profetizó la Santa, que fué su confesada, habia de tener esta dignidad, y predicó el Arzobispo, manifestando la gran satisfaccion que tenia en la fundacion que acababa de hacerse, y lo mucho que habia de servir para el bien de las almas: púsose al monasterio el nombre de S. José de Sta. Ana. Nombró la santa Madre por priora á la madre Tomasina Bautista, que ya lo habia sido en el convento de Alba, y por superiora á Catalina Jesus, que habia venido del de Valladolid. El dia de la Ascension creció de tal modo el rio, que inundando la ciudad les fué preciso á muchos vecinos y religiosas de otros monasterios abandonar sus casas. Como el nuevo monasterio estuviese en un llano cercano al rio, las monjas, temiendo les cogiese la inundacion, pidieron á Sta. Teresa las dejase ponerse á salvo; pero no lo permitió, y haciendo se subiese el Santísimo Sacramento á las habitaciones altas y que en ellas estuviesen las religiosas cantando las letanías hasta que bajasen las aguas, como el desagüe fuese rápido y no hiciese mal al convento, se tuvo en la ciudad á un milagro obrado por Dios, por intercesion de la Santa, sin lo cual creian se hubiese hundido la poblacion, y esto contribuyó mucho á aumentar el amor que se la profesaba, y á que todos tuvieran mucha devocion á aquel convento. Ya terminado cuanto tenia que hacer en Búrgos, determinó volverse á su convento de Avila del que, como dijimos, era priora, pero Dios permitió que fuese á Alba, desde donde habia de pasar á las mansiones celestiales á recoger el fruto de sus piadosas tareas.

Como hemos dicho, siguiendo al prelado Yepes, que despues de la misma Santa es su primer historiador, cuando la sierva de Dios caminaba, llevaba siempre religiosos de la Orden, si los habia, y algun clérigo de buena reputacion, acompañándola generalmente el virtuoso P. Fr. Julian de Avila, y lo primero que hacia todos los dias por mucha prisa que tuviese, era oír misa y comulgar. Eligió por compañera á la madre Ana de S. Bartolomé, que fué despues priora en París, y siempre llevaba monjas que la acompañasen, y aquellas que habia de dejar en el monasterio que iba á fundar. Lo general fué que caminase en carros, como transporte más humilde que los coches, y

procuraba llevar y que llevasen sus monjas siempre el velo echado sobre el rostro. En las posadas ó casas en que se paraba, procuraba siempre la habitación más retirada, y cuando esto no podia ser, con mantas de jerga, que siempre llevaba, hacia improvisar una pieza en que estuviesen recogidas y fuera de la vista de los demás huéspedes, estableciendo siempre su correspondiente tornera, para que fuese como una especie de vigía ó centinela que impidiese la entrada y salida de aquel apartadizo sin su licencia. Rezábanse en todas partes las horas á su debido tiempo, sin respetos humanos, y lo mismo guardaban las horas de silencio, al que les avisaba una campanilla. Por el camino pronunciaba pláticas religiosas, que edificaban á todos los que la acompañaban, y hacia guardar obediencia á sus monjas al clérigo ó religioso de los que acompañaban que juzgaba de mayor virtud; y cuando nombraba á una priora, ella misma siendo la fundadora se ponía bajo su obediencia, y no hacia absolutamente nada sin pedirla licencia, lo propio que hacia cuando llegaba á cualquier monasterio ya establecido. En la pobreza nada omitía que pudiera hacerla dudosa, y nada admitía para su regalo ni el de las monjas; ni tampoco quebrantaba, ni por salud ni por viajes, su abstinencia y ayunos, y jamás usaba ni permitía á sus monjas más comidas ni manjares que los preceptuados en la regla. En los caminos y monasterios, permitiéndose solo la salud, ella era la cocinera que hacia la comida para las demas, de suerte que la jefa de la reforma era al propio tiempo la última lega, por decirlo así, la criada más humilde y obediente de la comunidad descalza. La santa Madre consideraba el trabajo de manos por muy provechoso, tanto para el alma cuanto para el cuerpo, pues que proporcionando ocupacion á los sentidos se cierran con él las puertas á pensamientos vagos y se conserva el alma pura para la oracion, además de proporcionarse auxilios para atender á las necesidades de la vida en mayor ó menor escala, segun la clase del trabajo y el fin á que se destina en lo material, y sobre todo evitar la ociosidad y el regalo, que es puerta por la que entran al alma todos los vicios.

Ya hemos insinuado que los Padres descalzos, con la proteccion del rey D. Felipe II, salieron el año 1380 de la obediencia de los Padres del paño ó calzados. Hicieron su capítulo provincial en Alcalá de Henares, que presidió como legado el P. Fr. Juan de las Cuevas, de la Orden de Santo Domingo, que fué despues obispo de Avila, y con autoridad apostólica hicieron constituciones para su Orden, y con la misma aprobaron las que dió la santa Madre á sus monjas, las que confirmó tambien el papa Sisto V en 1590, y despues sus sucesores. Encarga la Santa en sus constituciones que no se reciban novicias de menos edad que de diez y siete años; de buena salud y entendimiento; que se conozca ser personas de oracion, que pretendan toda perfeccion y menosprecio del mundo, y que no se las admitiese á profesion sin

estos requisitos y probada vocacion. Manda que la maestra de novicias sea de mucha prudencia, oracion y espíritu, y que sepa bien las constituciones, y cuando no haya monja apta para esto, que lo sea la misma priora. Ordena que el vestido sea de gerga ó sayal, de color burielado, sin teñir, con manga angosta igual y sin pliegues, redondo el ruedo y que llegue hasta los pies, é igual el escapulario, cuatro dedos ménos de largo, y puesto sobre las tocas blancas de lino grueso, lisas y sin plegar, y la capa de gerga blanca; túnica y sábanas de estameña, medias de estopa ó de sayal, y calzado alpargatas. Que las camas no tengan colchon y sí sólo gergon de paja y estera de esparto; y que lleven siempre rapado el cabello, ni usen espejo *ni cosa curiosa, sino todo descuido de sí*. A pesar de que la santa Madre comulgaba todos los dias, en sus constituciones ordena á sus religiosas que se ocupen más en ejercitar la caridad, humildad, paciencia y otras semejantes virtudes que en frecuentar comuniones, encargando sean éstas siempre con acuerdo del confesor y consentimiento del prelado, si han de repetirse mucho, á fin de que tan excelente pan se coma siempre con la santa y debida preparacion. Para la confesion concedió libertad á sus monjas para elegir confesor; pero como la Santa viese podia venir á ser esto causa de alguna relajacion en sus monasterios, lo consultó con los prelados, que limitaron esta libertad conforme á la intencion de la Santa, quitando á las prioras esta facultad, y mandando á los provinciales provean de confesores á los monasterios de monjas, conforme al decreto del Concilio de Trento. Manda Santa Teresa que los maitines se digan despues de las nueve y que despues estén haciendo exámen, por espacio de un cuarto de hora, de lo que hayan hecho aquel dia, y se lea el misterio en que ha de pensarse el siguiente; todo esto en el coro, y que á las once se recojan á dormir. Que en verano se levanten á las cinco y estén en oracion hasta las seis, y en invierno de seis á siete. Que en los dias de fiesta se canten misa, visperas y maitines, *no á canto por punto, sino en tono* y lo demás rezado, con misa conventual diaria. Que ántes de juntarse para comer hagan el exámen de lo hecho hasta aquella hora, y despues de haber comido vayan al coro con el *salmo Miserere*, y lo mismo al cenar, desde Pascua de Resurreccion hasta la Exaltacion de la Cruz. Que se digan las visperas á las dos y despues la leccion, todo lo cual dure sólo una hora, á excepcion de Cuaresma, que las visperas serán ántes de comer y la leccion de dos á tres. Que las completas se digan todo el año despues de cenar y despues se guarde silencio. Manda que á ninguna monja se vea sin velo, á no ser padre, madre ó hermana; que tenga la priora la llave de la reja y de la portería, y que cuando éntre médico ó personas indispensables, les acompañen siempre dos hermanas terceras, tocando una campanilla para que se recojan las monjas á sus celdas; pero que se permita visitar á las no-

vicias y profesas para que con libertad digan á sus familias lo que gusten, pues que la Santa quiere que sus monjas lo fuesen por entera voluntad. Prohibe tratar de cosas de mundo, castigándose severamente la reincidencia en esto, encargando mucho recato en el hablar, áun cuando sea con los parientes más cercanos. En estas inspiradas constituciones que dió Santa Teresa de Jesus á sus monjas, fijó cuatro cosas principales, que pueden considerarse sus bases: la primera fué la oracion mental, el trato y lenguaje del espíritu; la segunda, encerramiento y clausura; la tercera penitencia y aspereza, y la cuarta pobreza y trabajo de manos. Su instituto es todo humildad y caridad, mandando que ninguno se llamase don ni tuviese renombre de mundo; hizo iguales á todas sus monjas para los oficios comunes y humildes, empezando desde la priora, así como en el vestir y en comer, y en fin su ley monástica ó constituciones es uno de los códigos más sabios, con arreglo al Evangelio, que se han escrito para gobernar una asociacion religiosa.

Con grandes deseos de llegar á su monasterio de Avila, salió Sta. Teresa de Jesus del de Búrgos; pero por orden de su prelado tuvo que dirigirse al de la villa de Alba, en cuya poblacion se hallaba la duquesa doña María Enriquez. Recibió á la Santa en Medina del Campo el P. Vicario provincial Fr. Antonio de Jesus, para llevarla á la duquesa, que le habia dado esta comision, y obedeciéndole, le siguió hasta Alba, adonde llegó el dia del apóstol S. Mateo, de 1582, siendo recibido de sus monjas con gran reverencia y por la duquesa con mucha alegría; pero llegó tan enferma y cansada que tuvo que acostarse á poco. Levantóse temprano al siguiente dia, y oyó misa comulgando en ella con mucho espíritu y devocion. Ocho dias anduvo la Santa con gran trabajo, sin dejar de llenar todos sus deberes y devociones; pero fué poniéndose en tan mal estado de salud, que el dia de S. Miguel pidió, despues de comulgar, la subiesen á la enfermería alta por haber en ella una reja que daba al altar mayor, por la que podia oír misa. Quedó en un fervoroso transporte todo un dia y una noche, y en medio de su ardiente oracion, entendió que se acercaba la hora de su eterno descanso, cosa que habia profetizado á sus monjas hacia ocho años, si bien no señaló el dia, porque el Señor le guardaba para sí. Preciso será seguir aquí al prelado Yepes hasta la muerte de la Santa, pues que nadie mejor que él de cuantos han escrito la vida de Sta. Teresa, podia contarnos sus últimos momentos.

Quando la Santa tuvo este transporte, dijo á la madre Ana de S. Bartolomé, su compañera, cómo ya era llegada su partida, lo que no la habia dicho ántes por no afligirla. Desde entónces no hizo ya caso alguno á los médicos, y como las monjas recordasen algunas señales y pronósticos que

habian entendido ántes y despues de llegar á Alba la Madre, empezaron á temer por su vida. Tres dias ántes de su muerte mandó llamar la santa Madre al P. Fr. Antonio de Jesus, su vicario y prelado, para que la confesase, el que despues de que la hubo confesado la rogó delante de otras hermanas que no les dejase, sino que pidiese á Dios muchos años de vida, pues que era tan necesaria. Contestó la Santa estar ya determinada su partida, por no ser ya necesaria en el mundo. A este tiempo la dió una gran congoja, y llamados los médicos, la mandaron bajar adonde ántes estaba, por ser muy fria la enfermería, y cuando la aplicaban las medicinas se sonreia la Santa para darles á entender lo poco que de ellas esperaba, y sólo sufrió con gusto unas ventosas, más por lo que hicieron sufrir á su cuerpo que por lo que habian de aliviarla. La vispera del glorioso S. Francisco, á las cinco de la tarde, pidió el Santísimo Sacramento, y en tanto que la traian este gran consuelo, rodeaban sus monjas su lecho, afligidas al ver que su Madre se les iba y dejaba abandonadas. «Hijas mías, les dijo, y señoras mías, perdónenme el mal ejemplo que les he dado, y no aprendan de mí, que he sido la mayor pecadora del mundo, y la que más mal ha guardado su regla y constituciones. Pidoles por amor de Dios, hijas mías, que las guarden con mucha perfeccion y obedezcan á sus superiores.» Con lo que todas lloraban al ver tanta humildad y sentimientos tan piadosos. Al ver entrar el Santísimo Sacramento en su habitacion, á pesar de hallarse tan postrada que necesitaba de dos religiosas que la moviesen, se sentó con tanta ligereza como si estuviese buena, y eran tales los impulsos que el amor la causaba, que parecia queria echarse fuera de la cama para recibir á su Divina Majestad. Su rostro se encendió extraordinariamente y radiaba resplandor, dándola un aspecto venerable y hermoso, que ocultaba su edad y la rejuvenecia. «Abrasado en amor su espíritu, comenzó aquel blanquísimo cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo habia hecho,» y hablando con su Esposo, al que tenia delante, le daba tan amorosas y dulces razones que á todos fervorizaba: «Oh Señor mio y esposo mio, decia, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mio, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce en uno con vos lo que tanto ha deseado.» Daba tambien la Santa gracias á Dios, porque la habia hecho hija de la Iglesia y moria en su gremio. «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia,» repetia á cada instante porque era uno de los mayores consuelos que entónces experimentaba su alma. Pedia muchas veces á Dios perdon de sus pecados, súplica que hacia á sus religiosas, y entonaba el salmo: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus*, etc., y no se le caía de la boca el verso: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias*. Verso

del rey profeta David, que equivale á «Señor, no desprecies el corazón contrito y humillado. No me eches de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu, etc.» Después de haber recibido el santo Viático, que quiere decir comida y manutención para el camino, pidió el sacramento de la Extremaunción, con que el alma se acaba de fortalecer bañándose en la sangre del Cordero, para mejor juntarse con él y gozarle enteramente. Con gran reverencia recibió la Santa este Sacramento el mismo día á las nueve de la noche, y en tanto la ungió el cuerpo, ayudaba á decir los salmos y respondía á las oraciones y preces que se dicen en este caso. Terminado este acto religioso, volvió la Santa á dar gracias al Señor con sumo gozo, porque la había hecho hija de la Iglesia. Preguntóla el Provincial que si Dios llamaba á sí á su alma, si quería que se llevase su cuerpo á Avilá ó que se quedase en Alba, y respondió como con pena: «¿Tengo yo de tener cosa propia? ¿Aquí no me darán un poco de tierra?» En lo que mostró que era maestra de la pobreza. Entre los grandes dolores que experimentó su cuerpo en aquella noche, su alma gozosa de que el vaso se quebrase para que la dejase en libertad de subir al cielo, no hacía más que elevarse á los pies de su divino Esposo con la repetición de salmos y oraciones. A las siete de la mañana siguiente se quedó absorta en Dios, con el rostro todo encendido y un crucifijo en la mano, que tenía siempre apoyado á su seno con el mayor cariño, y así estuvo catorce horas, ó sea hasta las nueve de la noche, horas sin duda felicísimas para ella pues que debió sufrir las caricias del divino Esposo, que la mostraría las que pronto había de poseer en su gloria. La inseparable compañera de la Santa, la madre Ana de S. Bartolomé, confesó que cuando la Santa estaba en aquel largo éxtasis: «vió con los ojos de su espíritu á Jesucristo con gran resplandor al pie de la cama, acompañado de multitud de ángeles, que aguardaban el alma de la Santa para llevarla á su gloria.» Cuando volvió de aquel parasismo la preguntó la condesa de Osorno, gran devota y amiga suya, qué había sentido, y la respondió: «que habíansela aparecido los diez mil mártires, prometiéndola acompañarla en la hora de la muerte, y llevarla á gozar de Dios.» Dice el prelado Yepes que la hermana Catalina de la Concepción, que era la enfermera que cuidaba de la santa enferma, monja de singular caridad y espíritu, confesó: «Que hallándose sentada en una ventana baja que salía al claustro en la misma celda de la santa Madre, la noche que espiró oyó un gran ruido como de gente que venía muy alegre, y vió que pasaban por el claustro muchas personas resplandecientes, vestidas todas de blanco, y entraron en la misma celda donde estaba la santa Madre enferma, con grandes demostraciones de contento; y era tanta la muchedumbre de aquella dichosa compañía, que con estar todas las religiosas de aquel convento en la celda, no se parecía ninguna. Llega-

ron todas á la cama donde estaba la Santa, y á ese punto dice que espiró, que fué á las nueve de la noche.» Hora en que salió aquella feliz alma de la cárcel de su cuerpo, subiéndola al cielo los ángeles y los santos segun las piadosas creencias. Hubo una religiosa que confesó haber visto salir de la boca de la Santa, cuando espiró, una como paloma blanca, y otra una estrella sobre la torre. Los médicos certificaron que la Santa murió de un flujo de sangre que la sobrevino del cansancio del camino; pero el P. Yepes cree: «que el cuchillo que la dió la muerte fué un tan grande impetu de amor de Dios, tan poderoso y tan fuerte, que la arrancó y dividió no sólo el espíritu del alma, sino también el alma del cuerpo..... y así se lo reveló despues la Santa en una aparicion á la madre Catalina de Jesus, fundadora y priora del convento de Veas.»

Murió Santa Teresa de Jesus á las diez de la noche del jueves 4 de Octubre de 1582, dia del glorioso S. Francisco de Asis, y en este año se enmendó el calendario, quitando los diez dias que sobraban, de suerte, que el dia siguiente se contó 15 de Octubre, rigiendo la nave de la Iglesia Católica el papa Gregorio XIII, y reinando en España D. Felipe II *el Prudente*. Cuando murió Santa Teresa contaba sesenta y siete años, seis meses y siete dias de edad; cuarenta y siete de religion en las Carmelitas, los veintisiete en la Encarnacion y los demas en la primitiva regla, que ella instituyó para las descalzas. El retrato de Santa Teresa lo han hecho varios autores, pero el que tenemos por original nosotros es el hecho por el prelado Yepes, que la trató mucho, el cual se expresa sobre el particular de este modo: «Era la santa Madre de muy buena estatura, en su mocedad hermosa, y despues de vieja de muy buen parecer. El cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporcion; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oracion se encendia y ponía hermosísima, y en todo el demas tiempo la tenia muy apacible. El cabello era negro y crespo, la frente ancha y hermosa; los ojos negros, vivos y graciosos, y por otra parte muy graves; las cejas algo gruesas y llenas; la nariz pequeña con la punta algo redonda y un poco inclinada para abajo; la boca de buen tamaño y proporcionada con el rostro, en el que tenia tres lunares al lado izquierdo, los cuales le daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca y otro debajo de la boca. En todo su semblante era tan amable y apacible que á todas las personas que la miraban era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecia que algunas veces la salian como rayos de resplandor y luz, lo que la hacia respetar á los que la miraban.» Añade el mismo autor, que al espirar quedó su rostro hermoso, blanquísimo, sin arruga alguna, y lo mismo manos y piés, y todo tan terso y trasparente que parecían espejos, y tan suaves al

tacto como si estuviera viva. Asegura que al amortajarla salía de su cuerpo una gran fragancia agradable, que no podía confundirse con ningún olor de la tierra por delicado que sea, cuya esencia se difundió por todo el monasterio, y aseguran que aún se nota en su sepulcro en Alba. Las religiosas de Alba, que no podían tener duda alguna acerca de su santidad, si bien lloraron la falta de su querida madre, maestra y fundadora, sus lágrimas del dolor más justo se mezclaron con las de la mayor alegría, porque considerándola muerta para el mundo, la veían resucitada en el cielo, y así es que desde luego veneraron su cuerpo y reliquias, besando sus pies con transporte y guardando cuanto habían tocado sus benditas manos y sido de su uso, como prendas santificadas y dignas de conservarse para satisfacción de los fieles y especial de sus devotos. Todas las casas de religiosos y religiosas descalzas pidieron con ansia al monasterio de Alba alguna reliquia de Santa Teresa de Jesús, pues que desde luego se la consideró santificada, y fué necesario el mayor cuidado para que no se robasen por los devotos estas cosas, pues que todos las codiciaban.

Expúsose el cuerpo de la Santa desde la hora en que murió hasta el siguiente día, en que fué enterrada, y en este tiempo obró Dios milagros en el convento con algunas religiosas, y fuera de él con ciertas personas, que confirmaron su santidad. Despoblóse Alba para asistir á los funerales de Santa Teresa, y ciertamente que lo hiciera toda Castilla si tuviese noticia de su muerte y tiempo para llegar á su entierro. Habíase puesto su cuerpo en unas andas cubiertas con un paño de brocado, como ella se había visto en un éxtasis hacia muchos años hallándose enferma. Abrióse un hueco debajo de un arco, en que había unas rejas de coro bajo, y sacándola de las andas la metieron en un ataúd, y enterrándole en la sepultura abierta, echaron sobre él tanta tierra y ladrillo, que quebrándose la caja, entró mucha tierra dentro como se vió algunos años después. Su enterradora fué Teresa Ley, que fué la que la dió la casa, ayudada de las monjas, y después tapiaron la sepultura perfectamente, temiendo les robasen aquel rico tesoro. Cuenta el prelado Yepes y algunos otros historiadores contemporáneos, que la Santa se apareció después de su muerte á muchas de sus monjas y á otras personas, y el mismo Yepes cuenta que se le apareció en sueños librándole de un gran peligro de alma por un medio extraordinario.

Siendo así que la Santa cuenta de sí tantas visiones y revelaciones, en la aparición que contó la madre Catalina de Jesús, fundadora de Veas, asegura le dijo: «que en ninguna manera se haga caso en estas casas de visiones ni revelaciones, porque aunque hay algunas verdaderas, hay muchas falsas y mentirosas, y es trabajosísima y peligrosa cosa sacar verdades inciertas de entre las mentiras. Y cuanto más caso se hace de esto, tanto más se va des-

viando de la fe, que es la virtud cierta y segura. Y los hombres son tan amigos de ellas, que santifican el alma que les tiene: lo cual es negar el órden que Dios tiene puesto para justificacion de un alma, que es por medio de las virtudes y cumplimiento de su ley y mandamientos. Que como las mujeres son muy fáciles y de poco entendimiento, fácilmente se engañan, y acudiendo á los que ni son tan letrados, ni tienen tanta prudencia para poner las cosas en su punto, se pueden seguir muchos inconvenientes. Y que el premio que ella tenia en el cielo, no se le habia dado por sus revelaciones, sino por sus virtudes.» Con esto quiso la Santa inspirando esta preciosa leccion á su hija de religion, evitar en sus conventos toda supercheria, y llamar la atencion de los prelados y áun de las gentes sensatas para que en este asunto pongán gran cuidado, para no ser engañosos ó engañados, ofendiendo ó consintiendo una grave ofensa á Dios y á la sociedad. Nueve meses despues de enterrada la Santa á 4 de Julio de 1583, se desenterró su cuerpo por el mismo P. Provincial de los descalzos Fr. Jerónimo de la Madre de Dios, que, como hemos visto, fué más su discipulo y amigo que su prelado, y por su compañero, á causa del empeño que manifestaron las monjas de Alba por la fragancia extraordinaria que de él salia, á pesar de estar tapiado, y porque deseaban colocarle en punto mejor y con más decoro. Hallaron la tierra húmeda y el ataúd podrido y lleno de moho, así como el hábito de la Santa, que se encontraba cubierto de la tierra que habia entrado al romperse la caja, como ya dijimos; pero hallaron el santo cuerpo incorrupto, entero, sin que le faltase un cabello, despidiendo aroma delicioso y suave como si estuviese vivo. Todas las monjas y los padres se arrodillaron al descubrirse el cuerpo y le veneraron con mucha devocion, dando gracias á Dios por esta maravilla. Rayendo al cuerpo la tierra que se le habia pegado con la humedad, le vistieron de hábitos nuevos y le envolvieron en una sábana. Hecho esto, metieron el santo cuerpo en un arca y la pusieron encima del sepulcro que tenia ántes, con toda decencia, pero cubierta de manera que parecia no se habia llegado á él, temiendo el P. Provincial que si los duques de Alba lo sabian se habian de oponer á sus intenciones, que eran llevarsele á Avila, como se lo habia prometido al obispo D. Alvaro de Mendoza. Cuando se colocó en el arca el cuerpo de la Santa, el expresado P. Provincial la quitó la mano izquierda, la que metió en una caja envuelta en paños de seda y se la llevó al convento de las monjas de Avila, á las que la entregó, sin decirles lo que era para que lo conservasen con sumo cuidado, porque les dijo ser cosa de suma importancia, pues que el Provincial queria que tuviese Avila esta reliquia si no podia obtener el cuerpo, y que si al fin le obtenia volviese á Alba la mano de la Santa. Este mismo Provincial despues llevó la mano de la Santa á las monjas descalzas de Lisboa.

Nombrado el P. Fr. Nicolás de Jesus María que perfeccionó, por decirlo así, la orden de los Descalzos, el capítulo celebrado en Pastrana el año 1585, acordó se sacase de Alba el cuerpo de la Santa, y se llevase á su convento de S. José de Avila, por ser natural la Santa de aquella ciudad y por otras razones, entre las que fué una la de haber empezado allí sus fundaciones, hallarse en ella el primer monasterio que creó de la Orden y ser priora de él cuando falleció, y además por haberlo prometido así el anterior Provincial al enunciado obispo de Palencia el Sr. Mendoza, que ántes lo había sido de Avila, en cuyo monasterio había hecho de su cuenta la capilla mayor de su iglesia. Pidió el cuerpo al capítulo el Obispo, por medio de D. Juan Carrillo, tesorero de la santa iglesia catedral de Avila y que despues fué canónigo de la de Toledo, y luego que se decidió la traslacion, mandó el capítulo á las monjas de Avila que entregasen el santo cuerpo al P. Fr. Gregorio Naciaceno, vicario provincial de la Orden en Castilla, encargando á éste la sacase con mucho secreto, á cuyo fin fué tambien á Alba el provincial pasado Fr. Jerónimo de la Madre de Dios. Notificada la madre priora de Alba y sus monjas el 24 de Noviembre, entregaron, horando de pena al separarse de él, el cuerpo de la Santa, cuya sábana se halló empapada en aceite fragantísimo que salía de él, y los padres le sacaron aquella noche con todo sigilo, despues de haber dejado á la madre priora el brazo izquierdo de la Santa y una parte del paño ensangrentado del sarcófago: las demas monjas, sin saber nada, estuvieron en el coro cantando maitines al tiempo de todas estas operaciones, y cuando se les dijo lo que había sucedido se afligieron extraordinariamente. Partió el Provincial con tan precioso depósito, en compañía del expresado tesorero D. Juan Carrillo y del P. Julian de Avila, confesor que fué de la Santa, que habían sido comisionados para acompañar el santo cuerpo de parte del obispo D. Alvaro. Llegaron á Avila en secreto, y entregaron el cuerpo á las monjas, que le recibieron con grande alegría y le colocaron en el coro, en una caja forrada de terciopelo negro, con clavazon dorada y dos escudos á los lados, el uno el de la Orden y el otro del monógrama de Jesus: encima del arca se puso un letrero bordado de oro sobre seda, que decia: MADRE TERESA DE JESUS, y dentro se forró de tafetan morado todo el arca.

A pesar del gran secreto con que se hizo la traslacion del cuerpo de Santa Teresa á Avila, quiso Dios que se descubriese luego para que las cosas se pusiesen en el lugar que tenia dispuesto en su divina omnipotencia. «Estando yo en Madrid, dice el obispo Yepes, supe el secreto, é inmediatamente partimos el Sr. obispo de Córdoba, Laguna, que era entónces presidente del Consejo de Indias, D. Francisco de Contreras, oidor del Consejo Real, y yo, con ánimo de visitar el santo cuerpo. Llegamos á Avila vispera de año nuevo, y apeándonos en casa del obispo D. Pedro Treviño, pedimos

licencia al ya citado Provincial de Descalzos, y como pareciese al Obispo que debieran visitarle tambien otras personas principales y médicos, para que pudiésemos decir lo que habia al rey Felipe II, se hizo así. Sacaron las monjas de S. José el santo cuerpo á la porteria, y tanto el obispo de Avila como todos los que allí estábamos nos arrodillamos para reverenciarle; levantándonos luego, pero quedando con las cabezas descubiertas. Descubierto que fué, le vimos entero, sin corrupcion alguna y con muy buen olor; y tan asidos los huesos y nervios unos con otros, que cuando le sacaron del arca se tenia en pié con muy poca ayuda. Los pechos estaban levantados y llenos de carne; el vientre tan lleno como cuando espiró; la carne tan tratable que llegando con el dedo se hundia y levantaba como si estuviera viva. Y con ser una mujer tan corpulenta, no pesaba el cuerpo más que si fuera un niño de dos años, que parecia estaba vestido, no sólo de la incorruptibilidad y fragancia, sino tambien de la agilidad de los cuerpos bienaventurados.» Examináronle los médicos con suma atencion y estudio, y afirmaron que se hallaba en un estado sobrenatural y en una conservacion divina y milagrosa. No tardó mucho todo esto en saberse en Alba, y llegando á noticia del prior D. Fernando, tio del señor duque de Alba D. Antonio Alvarez de Toledo, que era gran devoto de la Santa, acudió á Roma inmediatamente, invocando de Su Santidad un breve que mandase se volviese el santo cuerpo á Alba. Dióse tan buena maña el que le representó en la Curia romana, que el papa Sixto V mandó á los PP. Descalzos que volviesen inmediatamente el cuerpo de la madre Teresa adonde le habian sacado, entregándosele á la madre priora y religiosas, y que si tuviesen algo que alegar los de Avila lo alegasen ante Su Santidad. Recibido por el Nuncio este mandato, le comunicó al P. provincial Fr. Nicolás de Jesus Maria, el que marchando á Avila, envió con mucho secreto al P. Fr. Juan Bautista, prior de Pastrana, y al P. Nicolás de S. Cirilo, prior del monasterio de Manresa, para que sacasen el cuerpo de la ciudad; y así lo hicieron para obedecer al Papa, sin permitir fiesta alguna para evitar un alboroto. Llegado el cuerpo á Alba, en cuya iglesia se hallaba el duque, la condesa de Lerin, su madre, y multitud de gentes, se descubrió á la veneracion pública, y el P. Fr. Juan Bautista, despues de que las monjas publicaron ser aquel el cuerpo de su santa Madre y de que se entregaron de él, dió por terminada su comision. Desde entónces se halla el cuerpo de Santa Teresa en Alba, en donde se la devolvió el brazo que se la habia cortado, reverenciado y visitado por multitud de devotos que van á cada paso de mil puntos á pedir la gracia de Dios por su mediacion. Colocóse el cuerpo con gran decencia al lado del altar mayor de la iglesia del monasterio que fundó en Alba la santa Madre, en suntuoso sepulcro, labrado de piedra con perfeccion artistica. En la parte más alta,

como á treinta piés del suelo, se hizo una capilla pequeña con una reja dorada, en donde se puso el arca que contenia el cuerpo, y despues de mostrar el cuerpo al duque de Alba D. Antonio de Toledo y á su esposa la duquesa Doña Mencía de Mendoza, á otras personas y á un notario que dió fe del acto, se cerró y clavó fuertemente el arca para que no pudiese volverse á abrir con facilidad. A los dos lados del sepulcro se escribió el siguiente epitafio:

REGIDIS CARMELI PATRUM RESTITUTIS REGULIS
PLURIMIS VIROR. FOEMINAR. 9. ERECTIS CLAUSTRIS,
MULTIS VERAM VIRTUTEM DOCENTIBUS LIBRIS EDITIS,
FUTURI PRÆSCIA SIGNIS CLARA
COELESTES SIDUS AD SIDERA ADVOLAVIT B. VIRGO THERESA.
III NON. OCTOB. CIO. IO. XXC. II.
MANET SUB MARMORE NON CINIS,
SED MADIUM CORPUS
INCORRUPTEM PROPRIO SUAVISS. ODORE OSTENTUM GLORIE.

Inscripcion que en castellano dice: *Restituida á su aspereza la Regla de los Padres del Carmelo. Fundados muchos conventos de Frailes y Monjas. Escritos muchos libros que enseñan la perfeccion de la virtud. Profetizadas cosas futuras, y resplandecido en milagros, como celestial estrella, voló á las estrellas la B. Virgen Teresa; á cuatro del mes de Octubre del año mil y quinientos ochenta y dos, quedando en su sepultura, no su ceniza, sino su cuerpo fresco y sin corrupcion, con propio olor suavísimo por señal de su gloria.*

La capilla que hemos dicho se puso en lo alto del sepulcro con una reja dorada, está toda colgada de tela de plata, regalada por la duquesa de Alba doña Mencía de Mendoza, y la rica arca del cuerpo de la Santa, forrada en terciopelo carnesi con clavos y chapas doradas, la regaló doña María de Toledo y Enriquez, duquesa que fué de Alba. Cubrióse el arca con un dosel de brocado, que de órden de Felipe II envió la infanta doña Isabel Clara Eugenia, mujer del archiduque de Austria. Delante se puso una gran lápida de plata, que donó el duque de Alba D. Antonio, y dentro del arca en unas planchas doradas se pusieron los siguientes versos, compuestos por el padre maestro Fr. Diego de Yangües, de la órden de Sto. Domingo, que habia sido confesor de Sta. Teresa.

Non exlinguetur in nocte lucerna ejus (Proverb. cap. 31.)
Arca Domini in qua est manna, et virga que fronderat, et tabule Testamenti.
(Hebr. 9.)

En esta arca de la Ley

Se encierra, por cosa rara,

Las tablas, maná, y la vara

Con que Cristo nuestro Rey

Hace á su Virgen más clara.

Las Tablas de su obediencia,

El maná de su oracion,

La vara de perfeccion,

Con vara de penitencia,

Y carne sin corrupcion.

Aquí yace recogida

La mujer dichosa y fuerte,

Que en la noche de la muerte

Quedó con más luz y vida

Y con más felice suerte.

El Alma pura y sincera

Llena de lumbré de gloria;

Y para eterna memoria

La carne sana y entera.

¿Dó está, muerte, tu victoria ?

Llamaron desde luego tanto la atención lo que hemos dicho de la Santa, ya difunta, sus escritos, y los milagros que á cada paso hacia Dios por intercesion de la Santa, que el obispo de Salamanca D. Jerónimo Manrique fué en persona á Alba el año 1591, y tomando testimonio de la incorrupcion de Sta. Teresa, hizo una informacion de su vida, costumbres y milagros en Alba y en Salamanca, autorizada por los sabios de esta universidad y de testigos graves y letrados, que conocieron unos y trataron otros á la Santa, y la presentó al rey Felipe II. Este, como viese se multiplicaban las pruebas de la santidad de la fundadora de las Descalzas, pidió al nuncio D. Camilo Gaetano, en 1595, hiciese una informacion en toda España, especialmente en los puntos en que habia estado la Santa. Hizola en Madrid el doctor Mármol Zapata; en Valladolid el doctor Sobrino, catedrático de teología, canónigo de aquella iglesia y consultor del Santo Oficio; en Zaragoza la hizo el doctor Gabriel Sora, canónigo de aquella iglesia y consultor de la Inquisicion; en Avila el doctor don Pedro Tablares, arcediano de esta diócesis; en Toledo el doctor Armunia, capellan de Reyes; en Palencia el canónigo doctor Castillo, y en Salamanca, además de la informacion del Obispo, hizo otra el maestro Curiel, catedrático de Visperas; en Sevilla el doctor y canó-

nigo D. Juan Hurtado; en Valencia el visitador y doctor Asensio de Avalos; en Segovia el doctor Luis Cabeza de Villegas, canónigo; en Medina del Campo el canónigo y doctor D. Bernardo Velez; en Huete el licenciado Rodrigo del Castillo y Arcos, vicario de aquel arceobispado; en Piedrahita el arcipreste Pedro Rengifo; en Villanueva de la Jara el licenciado Pedro de Vilches; en Malagon el licenciado Fr. Fernando Gonzalez Feyle, de la órden de S. Juan; y en Cuerva el doctor Alonso de Alcocer. Reunidas todas estas informaciones, ricos tesoros de las virtudes de la Santa, se mandaron á Roma el año 1597, para que se presentasen á Su Santidad con cartas del rey don Felipe II, pidiéndole con grande encarecimiento la canonizacion de esta Santa, y lo mismo pidieron la emperatriz, todas las congregaciones de las iglesias de España, el reino junto en Córtes y muchas corporaciones. En el año 1602 volvieron á escribir el rey Felipe III y la reina doña Margarita, congregaciones y el concilio provincial de Tarragona á la Santa Sede pidiendo igual gracia, uniéndose á ellos en esta demanda casi todos los preladados de España, los reinos de Aragón, Valencia y Cataluña. El marqués de Villena, embajador de España en Roma, muy devoto de la Santa, instó tambien, y juntando la Congregacion de cardenales, Su Santidad dió sus remisorias el año 1604; las que cometió á D. Lorenzo de Otades y Avendaño, obispo de Avila, y á D. Luis de Córdoba, obispo de Salamanca, para que hiciesen las informaciones de fama de santidad y milagros de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, de gloriosa memoria. Hizose con testigos muy calificados, como lo exigia el caso, y se mandaron á Roma las remisorias despachadas, deseando toda España que el Pontifice declarase por Santa en la tierra á Teresa de Jesus, á quienes todos consideraban en el cielo.

Minuciosas por demas algunas de las informaciones que se mandaron á Roma, consta por algunas que la gravedad de la enfermedad de la santa Madre empezó el 1.º de Octubre, despues de haber pasado casi toda la noche en oración; que en este dia mandó llamar al P. Antonio de Jesus para confesarse; que saludó despues de confesarse á todas sus religiosas, despidiéndose de ellas hasta la eternidad, y dándolas pruebas de su cariño con la efusion de corazón más ostensible, y consejos muy saludables para sus almas. Qué sintiéndose el dia 3 más débil que nunca, pidió los Sacramentos, vigorizándose sus fuerzas al recibir el Santo Viático; que á las nueve pidió la Extremaunción, que recibió con la piedad más ferviente, y que murió el 4 por la noche, espirando en los brazos de la madre Ana de S. Bartolomé y asistida por la duquesa de Alba. Dícese tambien, que además de la mano que la cortó y llevó á Avila el P. Provincial, como dijimos ántes, se le cortó tambien un pié en 1815, el cual se mandó á Roma al convento de Sta. María de la Escala, y que obteniendo un dedo de la Santa, Isabel, reina de Espa-

ña, se le mandó á la reina de Francia, su madre, cuya princesa le regaló á las Carmelitas descalzas de Paris.

No cejando la corte de España en las diligencias para poder colocar á Teresa de Jesus sobre los altares, la causa de su santificacion llegó á su término despues de haber pasado por todos los grados canónicos, y el pontífice Pablo V beatificó á la madre Teresa el año 1614, concediendo al propio tiempo á los Carmelitas descalzos hacer oficio y misa de la Beata, cometiendo á la Congregacion de Ritos la causa de su canonizacion. Luego que se practicaron todas las diligencias por esta Congregación, que halló probados los milagros y confirmadas todas las noticias que se necesitan para tan solemne acto, el dia 12 de Marzo de 1622 canonizó á Sta. Teresa de Jesus el papa Gregorio XV, con la bula *Omnipotens*, suscrita por treinta y seis cardenales, y la cual puede consultar el devoto ó el curioso en el tomo V, parte 3.ª, pág. 17, del *Bullarium Romanum*. Al propio tiempo que á Sta. Teresa de Jesus, canonizó este Papa al glorioso S. Isidro, labrador, patron de Madrid; al famosísimo S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus, ambos á dos glorias de España con la Santa castellana; al heróico S. Francisco Javier, apóstol de las Indias, y al piadosísimo S. Felipe Neri, creador de la órden de Padres del Oratorio, estrellas todas de brillantes reflejos, que resplandecen en los altares para honra y prez de la Iglesia católica y amparo de los fieles contra las asechanzas del demonio.

El papa Urbano VIII aprobó el oficio propio de Sta. Teresa el año 1636, permitiendo se rezase en los reinos de España y Portugal: un decreto de Clemente IX del año 1668 le extendió á la Iglesia universal, con rito doble, porque en un principio se hacía con rito semidoble. Las actas de la canonizacion de esta Santa contienen muchos milagros, que obró Dios por la virtud de sus reliquias y por su intercesion. La noticia de la canonizacion de Sta. Teresa se celebró con entusiasmo en toda España y se verificaron grandes fiestas al descubrir su imágen sobre los altares, particularmente en Alba, Avila, Toledo y demas pueblos en que había fundado conventos ó en los que había monasterios de descalzos, de cuyas fiestas se imprimieron relaciones más ó ménos extensas. La fiesta de esta Santa la celebra la santa Iglesia Católica todos los años el dia 15 de Octubre en vez del 4, que fué su glorioso tránsito, por haberse variado el Calendario, cuyo dia conviene en la variación, como ya hemos dicho, al dia 15.

Dice un autor que Sta. Teresa fué una Santa ilustre, no sólo por su virtud y santidad, si que tambien por sus escritos, que fueron los siguientes: *Historia de su Vida.*—*Historia de sus fundaciones.*—*Modo de visitar los monasterios.*—*Consejos á sus religiosas.*—*Camino de perfeccion.*—*Meditaciones sobre el Padre nuestro.*—*El Castillo del Alma.*—*Pensamientos sobre el amor*

de Dios.—*Meditaciones para despues de comulgar.*—*Cartas.*—*Cántico para despues de la comunión*; escrito aún más conocido con el título de *Glosa de Santa Teresa*. Despues de las *Confesiones de San Agustín*, la obra más célebre en este género, segun Baillet, es la *Vida de Santa Teresa*, de la que nada puede presentarse más auténtico, puesto que fué escrita por ella misma, llevando á continuacion la historia de sus fundaciones. La preciosísima coleccion de sus *Cartas*, publicadas por el sábio obispo Palafox, religioso que fué de Carmelitas descalzos, contribuyó no poco á completar la historia de tan bella vida. Muchos autores han escrito de Sta. Teresa; pero los que deben consultarse principalmente sobre la historia de su vida, despues de la que escribió la misma Santa, que es la mejor de todas por todos conceptos, son las de sus confesores el P. doctor Francisco Rivera, de la Compañía de Jesus; el P. Fr. Diego de Yepes, religioso de la órden de S. Jerónimo, obispo de Tarazona; y el P. Fr. Juan de Jesus María, carmelita descalzo, y en fin, las relaciones que se hicieron para su canonizacion.

Que tuvo Sta. Teresa de Jesus el don de milagros y de sanidad, lo declaran bien los hechos que dejó consignados, con tal sencillez y tanta unción, que sólo la verdad asistida de la verdad misma, que es Dios, pudo expresarlo así; además sus historiadores contemporáneos y santos varones y santas que florecieron en su tiempo, han confirmado esto en sus escritos, dándonos razon de cosas que habian visto y tocado como testigos presenciales y dignos de fe; pero aún fueron mayores maravillas las de sus heroicas virtudes y dones del Espíritu Santo con que enriqueció el Señor á esta gran sierva suya, para que fuera dechado de perfeccion á las muchas personas que en la religion del Cármen han florecido, especialmente entre los descalzos de ambos sexos que la deben su institucion y enseñanza. Y como sea larguísima tarea tratar de todas las virtudes de esta gloriosa española, en todas las que alcanzó la palma de perfeccion, nos concretaremos á dar sólo una rápida noticia de las que son más propias y necesarias á los religiosos. La obediencia en Sta. Teresa fué verdaderamente una cosa maravillosa. No obstante ser la fundadora de su Orden, obedecia á sus confesores tanto como á Dios, y decia: que si todos los ángeles del cielo se juntasen y la diesen una cosa, y sus prelados y confesores otra, sólo haria lo que sus prelados la mandasen. Dice un autor, que cuando el Señor la revelaba alguna cosa, proponia al confesor el negocio sin decirle nada de la revelacion, para que le mirase segun las leyes de la prudencia, y hacia lo que la ordenaba, aun cuando fuese lo contrario á la revelacion, pues que hacia más caso de prudencia que de las revelaciones; porque decia que esto era lo más seguro, y no podia engañarse el que siguiese este camino, y lo otro podria ser ilusion y engaño. No gustaba á la Santa que sus confesores la diesen razon

de lo que la mandaban, y así se lo pedía, porque la gustaba la obediencia sencilla, pronta y ciega, como se ve en su vida, en la que se dan varios ejemplos de esto. En la castidad fué angélica, y la tuvo en grado tan superior que no sólo conservó tan precioso tesoro toda su vida, sino que estaba tan pura, que no sentía las tentaciones molestas de la carne de modo alguno; y esto fué más bien privilegio que la concedió Dios, que victoria ganada peleando, y así es que la castidad y pureza de su alma se manifestaban en su rostro y compostura, con lo que aficionaba á esta virtud á cuantos con ella trataban. Puede decirse que la Santa vivió ignorando la pasión de la carne, que ataca á la castidad, hasta el caso de ser el punto que más la embarazaba cuando se la consultaba alguna tentación contra la honestidad y la pureza, y por lo tanto decía sobre esto que fuesen á consultar á sus confesores que les entenderían, pues que ella no había jamás experimentado semejantes tentaciones. Su espíritu en la pobreza evangélica fué el más exquisito, pues que nada quería de esta vida, por lo que respecta á sus cosas, para el regalo y la comodidad. Agradábala llevar el hábito pobre y remendado, porque de este modo ayudaba á la humildad de su alma, y así, que acostumbraba á vestirse con los hábitos viejos que desechaban sus monjas; pero esto no la impedía del aseo y limpieza, de lo que era muy cuidadosa. Reprendía á sus religiosas lo que olía á compostura en el vestir, porque se persuadía que de las vanidades ninguna podía ser mayor que el sayal y vestido, que se trae para muestra del menosprecio del mundo, sacarle de su paso y adulterarle buscando en él vanidad. Y para que no se apegasen demasiado á ninguna cosa, les hacía frecuentemente mudar de celda, de cama y aun de los pobres muebles, libros y estampas religiosas de que hacían uso en particular. Jamás quiso recibir joyas ni limosnas en cosas de valor, y nunca estaba más contenta en sus fundaciones que cuando la faltaba la comida, la cama ú otra de las cosas más indispensables á la vida, y la placía trabajar para ganarse el sustento; por eso dejaba siempre en la mayor pobreza á sus monasterios, hasta que las almas caritativas les proveyesen de lo que necesitasen. «Es un bien, decía, el de la pobreza que todos los bienes del mundo encierra en sí, es un señorío grande señorear todos los bienes del mundo. La verdadera pobreza, tomada solo por Dios, trae consigo una gran honra, no ha menester á nadie sino á él, y luégo tiene muchos amigos en no habiendo menester á nadie. Nuestras armas son la santa pobreza: ésta han de tener nuestras banderas, procurándola guardar en la casa, en vestidos, en palabras y mucho más en el pensamiento.» Pareciéndola mal ver gente pobre y descalza en grandes edificios, y gran locura que las casas de gente descalza hagan mucho ruido cuando caigan el día del juicio, encargaba la pobreza y estrechura de los edificios de su monasterio, tanto para los frailes como

para las monjas, á las que no permitia ni áun cruces de plata y otros materiales preciosos, sino de caña ó de palos toscos sin labrar. No fué ménos cuidadosa la santa Madre de la penitencia, pues áun cuando estuvo cuarenta años enferma y algunas veces de suma gravedad, jamás permitió á su cuerpo regalo ni comodidad alguna, y siempre dormia sobre paja, comia lo indispensable para sostener la vida y jamás cosa apetitosa, al paso que siempre iba aumentando algo á su rigurosa penitencia. A pesar de sus largos viajes, de sus enfermedades y de su continuo trabajo, pasaba casi toda la noche en oracion, y solo dormia tres horas, y cuatro cuando más la postraban los dolores. Sus ayunos y abstinencias eran rigurosísimas. Su comida ordinaria era un huevo ó sardina, algunas legumbres ó en su lugar unas puches, y cuando sentia necesidad ó queria regalarse, como extraordinario comia un poco de pan frito en aceite; no bebia vino y solo por orden del médico en grave enfermedad tomaba un poco de carne de carnero cocida. Disciplinábase cuando la comunidad, y áun enferma ejecutaba este ejercicio por mal que se sintiese. Tratábase Sta. Teresa, dice uno de sus historiadores, no como monja, sino como ermitaña; no como enferma, sino como robusta y sana; no como inocente y pura, como lo dice el Sumo Pontífice en la bula de su canonizacion, sino como si hubiera sido la mujer más profana y pecadora del mundo; y por lo tanto nada perdonaba para maltratar su cuerpo ceñido siempre con áspero cilicio. Su profunda humildad nacia del gran aborrecimiento que se tenia á sí misma, porque estaba sumida en el abismo de su nada, y así es que cuando sentia que la calumniaban ó murmuraban de ella, lejos de enfadarse iba la razon á los que lo hacian, manifestando que aún la castigaban con dulzura por sus enormes pecados. No habia cosa que más la ofendiese que las honras y alabanzas que la daban, y así es que tuvo á gran penitencia el escribir su vida con las mercedes y gracias que Dios la hacia, máxime cuando consideraba que habian de saberse; por lo que ella misma dice al final de aquella, que sentia más tener que escribir las mercedes que Dios la hacia, que sus pecados. « Cuando pensaba que estas mercedes que el Señor me hace se habian de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba el alma. Vino á términos, que considerándolo, de mejor gana me parece me determinara á que me enterraran viva. » Decia que no habia para ella música más concertada y agradable que como cuando la decian sus faltas, porque no solo queria ser humilde, sino tambien humillada; de suerte que gozaba en el propio desprecio. Hacer los servicios más humildes y repugnantes del convento y servir de criada á las demas y hasta á las novicias, era para ella una grata ocupacion, porque siempre encontraba á Dios en ella, y á pesar de tener delicado estómago, tenia gusto especial en asistir y curar por sus propias

manos á las enfermas, cuanto más asquerosos fuesen los males que padeciesen.

Tenia Sta. Teresa un amor á Dios tan grande, que entre los santos y santas puede considerársela como la amante más cariñosa, más fervorosa y más ardientemente apasionada de su Criador, de su divino Esposo, y por eso no es de extrañar que su Esposo la privilegiase con un amor extraordinario, con excesivos y constantes cariños. Serafin en la tierra, se abrasaba en el mismo amor que los serafines del cielo, que no podrian ménos de envidiarla las caricias que su Señor la prodigaba diariamente á manos llenas. Porque, como dice un autor, «á manera que los serafines son todo una llama y un fuego vivo, continuo, encendido y penetrativo, así el amor de esta Santa fué para con Dios en perseverancia continuo, en fervor ardentísimo y en la fuerza muy penetrante: que estas son las propiedades altísimas que S. Dionisio Areopagita pone en el amor á los serafines. En Dios tenia siempre sus deseos, en él estaban siempre sus pensamientos, en él vivia, en él estaban sus ansias, él era su comida, su sueño, su trato y conversacion; porque ardía en su corazon tal aficion que la sacaba fuera de sí, y la robaba el pecho, el amor y el deseo; de tal modo la transformaba en Dios, que andaba como si estuviera en otra region y las cosas de ésta no la tocáran, que no parece estaba su alma donde tenia su cuerpo.» Con ocupacion tan alta y continua, no habia cosa más penosa para ella que el tener que tratar de negocios y el ocuparse en comer y beber, y en las demas cosas que la impedían estar conversando con Dios, porque nada mundano era capaz de agrada-la. Dice uno de sus historiadores, hablando del fuego que la consumia por su deseo de vivir eternamente en Dios: «que moria porque vivia y no podia valerse con la vida, y á su parecer hacia mucho en sufrirla; y así venia á tener en el mayor deseo la muerte, y en la mayor paciencia la vida. No podia sino pedir á Dios la muerte, porque no hallaba remedio en la vida.»

La caridad de Sta. Teresa con el prójimo estaba vaciada en la misma turquesa de la que tenia con Dios. El amor y deseo de la salvacion de las almas fué lo que la puso en tantos trabajos, dolores y enfermedades; peregrinando por espacio de diez y seis años por toda España; experimentando el rigor de las estaciones, para fundar asilos benéficos y piadosos, en los que encerrándose las almas como en otra arca de Noé, se salvaran del diluvio de las pasiones y de los demas peligros del mundo. La caída de los buenos era un agudo dardo que heria y destrozaba su corazon lastimosamente, y el progreso que en su tiempo hacian las herejias eran, como dice un autor, saetas que siempre traia atravesadas en el corazon, y espuelas que la avivaban para entregarse á las grandes penitencias. Destrozaba su alma ver al demonio gozarse en la posesion de almas redimidas con la preciosísima

sangre del Cordero celestial, y pasaba casi las noches orando y pidiendo á Dios la hiciese merced de alumbrar aquellas almas que tan lastimosamente estaban engañadas, y diera mil vidas de buena gana para redimir un alma del pecado. Esta fuerza de caridad conquistó al cielo muchas almas empedernidas en el vicio, llamó á otras extraviadas al redil de la gracia, y las conversiones que hizo son innumerables. Deseando padecer más y más por Jesucristo, al que sabia no hay nada que más le agrade que la caridad, de la que fué padre y maestro, nada de lo que ella hacia en este sentido la parecia excesivo, y el ocuparse en hacer obras de esta especie era el mayor consuelo que tenia en esta vida, y con el que acallaba y entretenia los grandes impetus y deseos que la asaltaban de morirse para ver á Dios. Y como no vivia sino para padecer, esto sólo daba contento á su alma, y solia decir que para nada era buena esta vida sino para padecer, y para nada corta y breve sino para trabajar. Permitió Dios al demonio, para probarla y para mayor corona y gloria de su paciencia, atormentase á la Santa; pero como jamás la abandonó, la oracion la sacó siempre á salvo de las garras del infernal enemigo de su alma. Tambien permitió á los hombres la infiriesen malos tratamientos y que la calumnjasen; pero ésto la sirvió de gozo, porque se creia merecedora de ello y ejercitaba su paciencia, dándola campo para que se afirmase su humildad. Dice uno de sus historiadores: « Conforme al excesivo amor que tenia á Dios Sta. Teresa, la sublimó él mismo á tan alto grado de oracion, que más parecia de ángel que habitaba en los cielos que de persona que vivia en este destierro y valle de miserias, y nadie lo pudiera dar á entender sino ella misma en aquellos libros admirables que escribió para enseñanza de muchos y admiracion de todos, escogiéndola Dios para doctora y maestra de oracion y espiritu.» Sus arrobamientos, sus éxtasis, sus visiones, revelaciones, sabiduria, don de profecia y otros favores que la dispensó el Señor, acreditan la proteccion que dió Dios á esta su predilecta sierva y esposa. Muchas son las cosas que profetizó, todas las cuales tuvieron cumplimiento, como nos cuentan sus historiadores y constan de las informaciones hechas para su canonizacion, y entre ellas fué la profecia de la creacion de sus Descalzos y del engrandecimiento de la Compañia de Jesus, y lo dejó escrito de su propia mano en el libro que se guarda en S. Lorenzo del Real Sitio del Escorial, donde dice: « De los de la Orden de este padre, que es la Compañia de Jesus, y de toda la Orden junta he visto grandes cosas. » La devocion que tuvo la Santa al Santísimo Sacramento fué inmensa, y la pagaba el Señor tanto amor, haciéndola al tiempo de la comunion muchas y grandes mercedes; diciéndonos ella misma que cuando llegaba á la santa mesa en que se da el pan de los ángeles, el Santísimo pan eucarístico, cesaban en ella las tentaciones y aprietos que en el

espíritu padecía. «No parecía entónces que la quedaba de la figura de mujer más que el haberlo sido, porque el alma, las potencias, los deseos, afectos y cuánto en ella había, parece se la arrancaban para unirse y transformarse en Dios, con que quedaba toda cuajada y absorta.» También infundió Dios á Santa Teresa una sabiduría divina, y esto fué repentino, pues que en un principio fué ruda para entender las cosas, y despues adquirió tanta luz é inteligencia de las cosas sobrenaturales y divinas, que los más profundos teólogos apenas podían alcanzarla: la había escogido Dios para doctora de espíritu, y por eso se mostró en ella tan liberal y magnífico, que la dió palabras y estilo para darle á conocer en toda su grandeza y majestad. Ella nos dice que escribió su vida, no sólo por obediencia á sus confesores, sino porque sabía que así lo quería Dios, y lo propio dice de sus demas escritos, para los que la dió su divino Esposo la materia, la traza y hasta el nombre para algunos de ellos. Cuando escribía, parecía como si la rodease una luz sobrenatural, y era que estaba recibiendo las inspiraciones del Espíritu Santo, y de aquí que nos la representen muy frecuentemente los artistas con un libro abierto, la pluma en la mano, y una blanca paloma al oído como si fuera á picarla, y á la Santa como enajenada y atenta á lo que aquella parece decirle. La Iglesia católica, en la oracion del oficio que la tiene consagrado, en las lecciones de maitines y en la bula de su canonizacion, la llama *celestial*; y los auditores de la Rota la declararon *doctora* y *maestra*, que Dios preparó para su Iglesia. Sus historiadores nos han dejado consignado que escribía con suma velocidad, «no pareciendo sino que tenia un molde en su entendimiento, de donde salían las palabras tan medidas y amoldadas con lo que había de decir, que con escribir tantos pliegos, jamás se pasó á pedir cosa de las que había de escribir, porque la dictaba el espíritu con tanta abundancia, que si tuviera muchas manos, á todas diera que hacer y las cansara sin que la faltara materia.»

Las obras de Santa Teresa, además de ser un precioso tesoro de doctrina evangélica, propio para enriquecer las almas fervorizándolas y poniéndolas en via de perfeccion, son al propio tiempo un preciosísimo y abundantísimo arsenal de máximas santas y morales, de ejemplos de bien decir en el habla castellana, de noticias interesantísimas de varones eminentes en virtud y santidad, y de otras muchas cosas utilísimas para ilustrar la historia pátria y de nuestras costumbres nacionales del siglo XVI. Define la Santa y explica con breve claridad las afecciones, las virtudes y los vicios en sus preciosas cartas, así como la afabilidad y la dulzura, el agravio, el agradecimiento, la alegría, la amistad, el amor de Dios y el que debe tenerse al prójimo; el ánimo, la beneficencia, la calumnia, la castidad, la caridad, la confianza, el consejo, los consuelos espirituales, el crédito, la creduli-

dad, la curiosidad, el deseo, la devocion, la discordia, la discrecion, la distraccion, la doctrina y enseñanza; el enfado, el enojo, el entendimiento, el escándalo, los escrúpulos, el espíritu, la eutropelia, la experiencia, la fe, la flaqueza, el galardón, la gloria, la honra, la humildad, la intencion, el interés y desinterés; las lágrimas, las leyes, la lengua, la limosna, la mentira, las mercedes divinas, la mortificacion, la muerte, el mundo, la murmuracion, la necedad, la necesidad, la nobleza, la obediencia, la ofensa, la oposicion, el oprobio, el pecado, el pensamiento, la perfeccion, la persecucion, la pobreza, el premio, los presentes y regalos; la profesion, los propósitos, la razon de estado, el recato, la reformation, la revelacion, la riqueza, la satisfaccion, la sabiduria, el sentimiento, el silencio, el secreto, el sueño, el temor y el miedo; la tentacion, la tribulacion, la vanidad, la vejez, la verdad, la vida humana, la virtud, la vision espiritual, la union con Dios, la vocacion, los votos y el celo de las almas. Como para hallar lo relativo á estas partes bastará al curioso ó al escritor recorrer el indice de las cosas notables que contienen sus cartas, se verá que puede sacarse de ellas una excelente iconología, en la que se dé cuerpo y figura á las ideas, afecciones y virtudes y vicios, que puede ilustrarse continuamente con lo que sobre los mismos asuntos dice la Santa en su vida. La biografia tiene en estas cartas un rico caudal para las de los varones ilustres S. Agustín, S. Ignacio de Loyola, S. Francisco, S. José, Santo Domingo, Catalina de Cristo, etc. El Blason español puede tambien tener un vivero frondoso con que enriquecer las amenas florestas de la nobleza española, en los distinguidos personajes que nombra y de que da razon; y la pátria y la religion Católica aumentan en estas cartas sus glorias con los santos y virtuosos religiosos, religiosas y personas piadosas y benéficas de que da razon la Santa, con lo que se ennoblecen muchos apellidos españoles. Desde que en 1752 se publicaron en Madrid estas cartas, con interesantísimas notas de D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Osuma, por fray Diego de la Presentacion, general que fué de los Carmelitas descalzos, se han consultado no solo en España por nuestros literatos como modelos del lenguaje castizo de su época, por los escritores religiosos y personas piadosas por su buena doctrina evangélica, si que tambien por los extranjeros, que las han admirado y admiran, apreciándolas como una joya literaria y religiosa del Catolicismo, como lo son todas las obras de esta Santa, honra y prez de la Iglesia y gloria de nuestra España.

Nuestro querido y respetable amigo D. Vicente de la Fuente, catedrático de disciplina eclesiástica de la universidad de Madrid y continuador de la España Sagrada del Rdo. P. Flores, como académico de número de la Real Academia de la Historia, ha publicado en la *Biblioteca de Autores es-*

pañoles, desde la formación del lenguaje español hasta nuestros días, los escritos de *Sta. Teresa de Jesus*, añadidos é ilustrados, que son los tomos LIII y LIV de la expresada biblioteca. En esta última edición, que se ha hecho hasta el día, de la vida y obras de la Santa, da el Sr. La Fuente multitud de noticias nuevas de sumo interés, y hace conocer estos escritos con mejor crítica que se había hecho hasta el día, aclarando muchos puntos dudosos y explicando otros que lo necesitaban, y por último, haciendo mención de las ediciones que se han hecho de ellos hasta hoy, tanto en España como en el extranjero. Hubiéramos podido nosotros tomar del señor La Fuente parte de nuestro trabajo para esta biografía; pero hemos preferido el recomendarle á nuestros lectores, porque así podrán considerarle mejor sin tratar de juzgarle por trozos sueltos que hubiéramos podido indicar, y por los que tal vez alguno le hubiera juzgado con inexactitud, como suele suceder cuando se forma opinion del todo al ver sólo una parte, que pudo estar bien ó mal tomada y traída á otro terreno sin la debida preparacion. Empero esto no nos privará para que en elogio final de Santa Teresa de Jesus, cojamos alguuas flores del rico pensil de este ilustrado escritor, para enriquecer la humilde corona que con este pobre escrito nuestro tejemos á la Santa compatrona y protectora de nuestra España.

Hablándonos el Sr. La Fuente del lenguaje en que escribió la Santa, dice: «Santa Teresa habla el lenguaje de las mujeres, que por lo comun es más castizo que el de los hombres de letras; expresa sus ideas con las palabras y circunloquios que halla más á mano; pero siempre con grande oportunidad, como usados por persona que, áun prescindiendo de la inspiracion, tenia mucho talento, imaginacion viva, educacion esmerada, lectura de buenos libros y trato con gente fina y bien nacida. De aquí el que su lenguaje esté al alcance de todos, que su estilo sea fácilmente comprendido y su lectura parezca siempre amena y agradable. Puede decirse que *Sta. Teresa* popularizó el estudio de la teología mística, poniéndole al alcance de personas no letradas y revelando al pueblo católico verdades conocidas solamente de los sábios y escondidas en lo profundo de las cátedras y de los claustros monásticos: no porque los teólogos tuvieran interés en ocultarlas, sino por la dificultad de poderlas explicar llanamente y en lengua española, cuando la Iglesia, á vista de las exageraciones protestantes, rezelaba de los escritos teológicos en lengua vulgar, y la Inquisicion avizoraba todos los libros místicos, algunos de los cuales propendian á la herejía, y no pocos á extravíos de loco fanatismo.» Ponderando este autor la celebridad justísima de *Sta. Teresa* dentro y fuera de España, dice entre otras cosas: «El español que entra por primera vez en el Vaticano, queda agradablemente sorprendido cuando al dirigir su vista sobre la derecha y hácia el paraje donde los católicos acuden

á señalar sus frentes con el agua bendita, ve colocada allí la estatua colosal de Sta. Teresa, de riquísimo mármol blanco, y frente á ella, en el opuesto lado, la de S. Pedro Alcántara, su director, y tambien nuestro compatriota no ménos célebre.» Recuérdanos que con estas dos estatuas son seis las de españoles célebres que decoran las pilastras del Vaticano, Sto. Domingo de Guzman, S. Ignacio de Loyola, S. Pedro Nolasco y S. José Calasanz, todos fundadores de religiones. Con motivo de pintarse y esculpirse á Sta. Teresa con la borla y muceta de doctora en teología, suponiendo que fué declarada tal por el claustro de la universidad de Salamanca, el Sr. La Fuente trató de apurar el origen de esta costumbre, pero no halló acuerdo alguno de la expresada universidad, y cree que se la llamó enfáticamente doctora de Salamanca, por lo mucho que escribió y enseñó en aquella parte de Castilla la Vieja, que ilustró con su ejemplo y doctrina; por la relacion que tuvo con sus doctores más célebres; por morir cerca de la misma ciudad, y porque desde el año 1701 en que la fundó D. Diego de la Serna, se celebra en la real capilla de aquella universidad fiesta anual á la Santa. Ya hemos insinuado, que en los diez libros que además de varios escritos sueltos escribió la Santa, puede estudiarse no sólo el lenguaje, si que tambien muchas de las costumbres de su época caballeresca, en la que más ostentaron los españoles los elementos constitutivos de su carácter, la piedad y la hidalguía; pero la Santa, si bien en su juventud fué aficionada á leer libros de caballería andante, no se inficionó de este mal de la sociedad de su tiempo, como puede verse en sus obras, en las que resplandece siempre la verdad y se distingue claramente su virtud humilde, modesta y laboriosísima.

En el *Año Teresiano*, obra del erudito carmelita Fr. Antonio de S. Joaquín y digno hermano del sábio agustino Fr. Enrique Florez, se da noticia de las ediciones de las obras de Sta. Teresa que se han hecho en castellano, y el Sr. La Fuente, en su preciosa edicion ilustrada, completa el catálogo hasta el dia en la pág. 27 y siguientes de sus preliminares, á los que remitimos á los curiosos ó á los que necesiten esta noticia; así como á la pág. 33 de los mismos preliminares, en donde da razón de las varias traducciones que se han hecho de las obras de la Santa, y de la Vida de la misma, escrita por extranjeros, pues que sus obras se han traducido en todos los idiomas cultos para uso de los católicos de todos los paises. El Sr. La Fuente publica á la pág. 519 de su obra, los escritos breves de Sta. Teresa, entre los que los hay muy curiosos y piadosos, algunos inéditos todavía; una razon de obras atribuidas á la Santa, entre ellas su *Profecía sobre Portugal*, sus *Siete Meditaciones sobre el Pater noster*, y otra porcion de documentos interesantes y curiosos; entre los que los hay que pueden considerarse escritos suyos, y todos los escritos expresados los ilustra La Fuente con razonada y

discreta crítica, en la que al honrar á la Santa se honra á sí mismo. Poeta puede considerarse á Sta. Teresa, pues que escribió versos inspirados del amor divino; y si el lector acude á Lafuente, tomo I, pág. 508, le aseguramos ha de fervorizarse con su lectura y pasar un rato deliciosísimo.

Deseosos de que no quede por nuestra parte nada por decir de lo que ensalce á nuestra gloriosísima compatriota, vamos á terminar este escrito con los elogios merecidos que la han tributado varones ilustrados y piadosos, entre los que hay algunos que no solo la trataron en vida, sino que también fueron sus padres espirituales.

«Santa Teresa de Jesus, como la define perfectamente el R. P. Fr. Nicolás de Jesus Maria, general de los Carmelitas descalzos, en la dedicatoria de las preciosas obras de la Santa, que en nombre de su comunidad hizo á la majestad de Fernando el VI, rey de las Españas, en 1752, es honor de España, lustre de los siglos, lumbrera de la Iglesia y doctora de teología mística. Sus obras, segun este religioso, son el mejor jugo de nuestra católica religion, el óleo más precioso de las virtudes, y el más saludable bálsamo de la mística teología. Hállanse en estas producciones toda la valentía de la naturaleza y todos los desempeños de la gracia. No hay en su maravilloso contexto, añade, expresion alguna que no sea un rayo de luz, templado en la fragua del increado amor. Aun en las materias al parecer triviales, presiente el espíritu, luego que se acerca á su lectura, cierto género de sublimidad, que sale á la excelencia del purísimo origen de donde se derivan.» Esto dice de la gloriosísima Sta. Teresa el General expresado de su Orden, y ciertamente que el que lea con la debida meditacion sus obras, encontrará que no se excedió en el elogio; ántes bien le parecerá muy amenaguado, puesto que son de tal naturaleza sus ideas y conceptos, que sólo no saliendo de la boca de Dios pueden emanar de aquel á quien su divina gracia haya inspirado.

Fr. Diego de Yepes, á quien tantas veces hemos citado, dice: «que juntó Dios en la santa madre Teresa muchas de las gracias y dones que suele repartir entre grandes Santos, para que fuese singular entre muchos.»

Tomás Bosio, en las obras que escribió de las *Señales de la Iglesia*, dice: «Teresa, española, virgen de admirable santidad, floreció con increíble paciencia, humildad y prudencia, y que el modo de vida que instituyó en sus monasterios sobrepuja la condicion humana.»

El P. Mtro. Fr. Domingo Bañes, catedrático de la universidad de Salamanca, que fué confesor de la Santa, dice que en los muchos años que la trató jamás vió en ella cosa contraria á virtud, sino la mayor sencillez y virtud que jamás vió en otra persona. Y por último, que su oracion y mortificacion fué cosa rara.

El R. P. Fr. Pedro Ibañez, rector del colegio de S. Gregorio de Valladolid, dice entre otras alabanzas de la Santa: «La pureza de la conciencia de esta religiosa es tan grande, que nos admira á los que la confesamos y comunicamos, y á sus compañeras, porque se puede decir que todo es Dios lo que ella piensa y trata: todo va enderezado á la honra de Dios y aprovechamiento espiritual de las almas.»

El P. doctor Enrique Enriquez, de la orden jesuítica: «Tuvo la Madre admirable don en los grados de oracion que los Santos enseñan. Resplandecía en los actos de caridad y de las otras virtudes, y á los que trataba inflamaba y movía en sus actos. Tuvo gran mortificacion y penitencia, y en las persecuciones un ánimo invencible y constante, con grande y admirable paciencia y confianza en Dios.»

El P. Gil Gonzalez, visitador de la Compañía de Jesus: «Fué la madre Teresa de Jesus mujer de grande espíritu y trato con nuestro Señor.»

El P. Bartolomé Perez, provincial de la Compañía de Jesus: «Con el trato que tuve con la santa Madre, conocí que fué dotada de fe, esperanza y caridad en grado heróico, en especial de un grande amor de Dios y de su gloria y del bien de las almas, y de una gran constancia varonil para proseguir las obras del servicio de nuestro Señor que comenzaba, sin que persecuciones y contradicciones se lo impidiesen.»

El P. Mtro. Jerónimo de Ripalda, rector de Salamanca y de la Compañía de Jesus: «Fué mujer de grande humildad y de ejemplar paciencia.»

El vicario de Malagon Gaspar de Villanueva: «Era humildisima, muy obediente y de gran castidad, y aventajadisima en otras virtudes..... creí que era una de las cosas raras que Dios tenia en la tierra para que fuese glorificado en ella.»

El Mtro. Cristóbal Colon, visitador general del arzobispado de Valencia, dice: «Yo tengo á la madre Teresa de Jesus por una de las mujeres de más singular espíritu que he visto en la tierra..... huía de todo favor y loor humano..... Su recato y honestidad era de manera, que parece había alcanzado del Señor este don, que cuantos la miraban se les pegaba un no sé qué de honestidad, que parecia como imposible poderla amar con amor desordenado.»

El P. Mtro. Avila aseguó en una consulta que le hizo la Santa, que «entendiese que no habia en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios.»

El P. Julian de Avila, capellan mayor de las monjas descalzas de Avila, que fué confesor suyo, dice de la Santa entre otras muchas cosas: «Tuvo la fe muy viva y la esperanza tan clara y rara como se ha podido ver en otros Santos, y la caridad tan ferviente, que ni los trabajos, ni las contra-

dicciones, ni los desvíos.... la resfriaban en la caridad ni amor de Dios que en todo mostraba.»

El P. doctor D. Francisco de Rivera, de la Compañía de Jesus, hace la historia cronológica de sus obras, y dice de la Santa con relacion á ellas, «que trata cosas altas y delicadas y de tal manera, que áun hombres muy letrados, si no son juntamente muy espirituales, podrán más admirarse de ellos que entenderlos.»

El P. Antonio Possevino, jesuita, da gracias á Dios porque se le mandase examinar los libros de Sta. Teresa de Jesus, por lo mucho que en ello habia ganado y gozado su alma.

El santo pontífice Urbano VIII epilógó todos los elogios hechos á la Santa por los que la conocieron y trataron, y por los que leyeron sus obras, en la siguiente oracion que hizo y mandó se dijese en su oficio propio, la cual vertida al castellano dice así: *Oyenos, Señor Salvador nuestro, para que así como nos regocijamos con la fiesta de tu santa virgen Teresa, del mismo modo nos sustentemos con el mantenimiento de su celestial doctrina, y seamos enseñados con el afecto de su devocion piadosa.* Este Papa la reconoce en esta oracion por doctora, título que hasta entónces no se habia concedido ni dado en los divinos oficios á ninguna santa. Muchisimos mas elogios de varones piadosos y de distinguidos hombres de letras podriamos citar si no temiéramos hacernos demasiado pesados.

SANTA TERESA fué, como hemos dicho, una poetisa inspirada de la divina gracia, y sus versos nacia en el fuego del amor de Dios que en si tenia; sirvan de muestra la glosa siguiente, que puede leer el curioso y devoto entera en la pág. 577 del tomo II de las obras y vida escrita por la misma Santa, ó en la pág. 508 del tomo I de la edicion de 1861 por el Sr. La Fuente.

Vivo sin vivir en mí,

Y tan alta vida espero,

Que muero porque no muero.

Aquesta divina union,

Del amor con que yo vivo,

Hace á Dios ser mi cautivo,

Y libre mi corazon ;

Mas causa en mí tal pasion

Ver á Dios mi prisionero,

Solo con la confianza

Vivo de que he de morir ;

Porque muriendo el vivir

Me asegura mi esperanza.

Muerte do el vivir se alcanza,

No te tardes, que te espero,

Que muero porque no muero.

¿Qué más inspirada de Dios puede considerarse á la gloriosa Santa Teresa que en las anteriores estrofas, y que cuando en el capítulo XXV de su vida, CAMINO DE LA PERFECCION, nos habla de la oracion? Cuando se refiere á la vocal, nos dice entre otras cosas, que cuando es perfecta, *gozan los que la hacen sin entender como gozan; está el alma abrasándose en amor, y no entiende cómo ama, conoce que goza de lo que ama y no sabe cómo lo goza; bien entiende que no es gozo que alcanza el entendimiento á desearle, abráscase la voluntad sin entender cómo, mas es pudiendo entender algo; ve que no es este bien que se puede merecer con todos los trabajos que se pasasen juntos para ganarle en la tierra; es dar del Señor de ella y del cielo, que en fin da, como quien es; esta es contemplacion perfecta.* Y al hablar de la oracion mental dice: *Es pensar y entender lo que hablamos, y con quien hablamos, y quien somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto, y otras cosas semejantes de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados á servir, es oracion mental.*

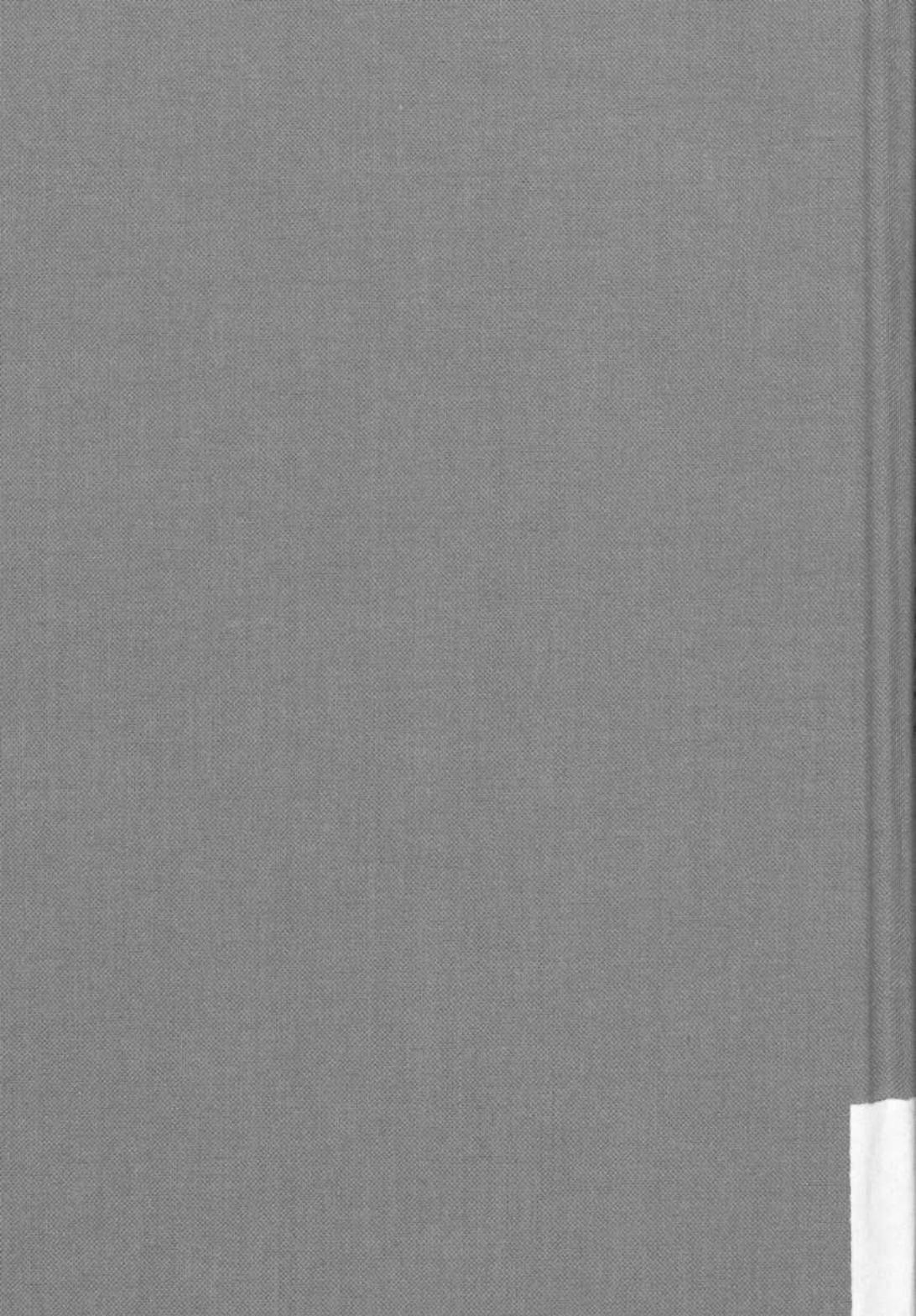
Nos hemos detenido tanto, que no nos atrevemos á continuar copiando algunas lecciones más de la Santa, de las que más caracterizan su piedad é ilustracion, y encomendando á los lectores que no conozcan sus obras que las lean con atencion y en especial en la edicion citada del Sr. La Fuente, vamos á terminar nuestra tarea diciendo algo sobre el patronato de Santa Teresa en España, en lo cual copiaremos á este último autor, porque es el que mejor y con más datos verdaderos lo consigna. «Urbano VIII reservó á la Santa Sede la declaracion de estos patronatos, tanto por la declaracion de la festividad consiguiente á ellos, como para evitar ciertas exageraciones indiscretas en este punto. Los reyes últimos de la casa de Austria, en union de las Córtes, declararon á Santa Teresa compatrona de España en 1617, y el papa Urbano VIII lo ratificó en 1627. Alborotóse con esto el quijotismo del siglo XVII, y como si los santos del cielo tuvieran las miserias de los hombres, se quiso suponer á Santiago perjudicado en sus derechos y descomponer á entrambos; lo mismo hubiera podido descomponerse contra la Purísima Concepcion, S. José y S. Jorge.» Como vemos, fué nombrada Santa Teresa uno de los santos protectores de nuestra España, dándosele la parte en el patronato, y las Córtes de Cádiz, en su sesion de 30 de Junio de 1812, ratificaron este patronato en virtud de los acuerdos y concesiones pontificias de

1817 y 1827, siendo de notar que á pesar de tener la corona de Aragon por patron á S. Jorge, el Ayuntamiento de la ciudad de Calatayud proclamó por su patrona á *Santa Teresa de Jesus*. Desde la canonizacion de Sta. Teresa, todos los pueblos de España la veneran como á compatrona gloriosa con la Purísima Concepcion y Santiago, patronos de nuestra pátria, y apénas se encontrará iglesia en la que no se vea su imágen de algun modo sobre los altares, estándola tambien dedicados muchos templos y monasterios de monjas Carmelitas descalzas. La ilustre Orden del Cármen llenó á España de sus conventos en los desiertos, como el de Bolarque en la Alcarria, y en las poblaciones, y sólo en Madrid tuvo dos de frailes, cuyas espaciosas iglesias aún se conservan para el culto, y tres de religiosas, cuyas comunidades subsisten todavia en sus respectivos conventos, y las de Sta. Ana en el monasterio de las Comendadoras de Santiago por haberse derribado el suyo, y tanto en estas iglesias como en todas las de esta corte, se celebra con ostentacion la fiesta de Sta. Teresa todos los años el dia 15 de Octubre, en que nos la recuerda la Iglesia Católica.

Perdónenos la gloriosa SANTA TERESA DE JESUS, si al escribir la presente biografía, tomada en parte de lo que ella escribió de sí misma por obediencia, y de sus mejores historiadores y biógrafos, no hemos acertado á interpretarles; y si en lo poco que hemos puesto de nuestra parte, no hemos conseguido pintar su retrato con sus verdaderos colores, en lo que habrá tenido mucha parte nuestra ignorancia y ninguna nuestra voluntad y deseo de salir airosos en tan colosal empresa para nuestras débiles fuerzas. Hemos hecho este trabajo en honra y gloria de Dios y en obsequio de la Santa, y por lo tanto cumple á nuestra piedad y devocion á Sta. Teresa, declarar que si en algo hemos faltado ú ofendido á la fe, á nuestra sacrosanta religion ó á la verdad que exige la historia, suplicamos á Dios y la Santa nos lo perdonen, y á los lectores que lo den por no escrito y borren, en la persuasion de que será el mayor bien que en este sentido podrán hacer á nuestra alma.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.





G 43056

SAVANA

FRANCE

1852